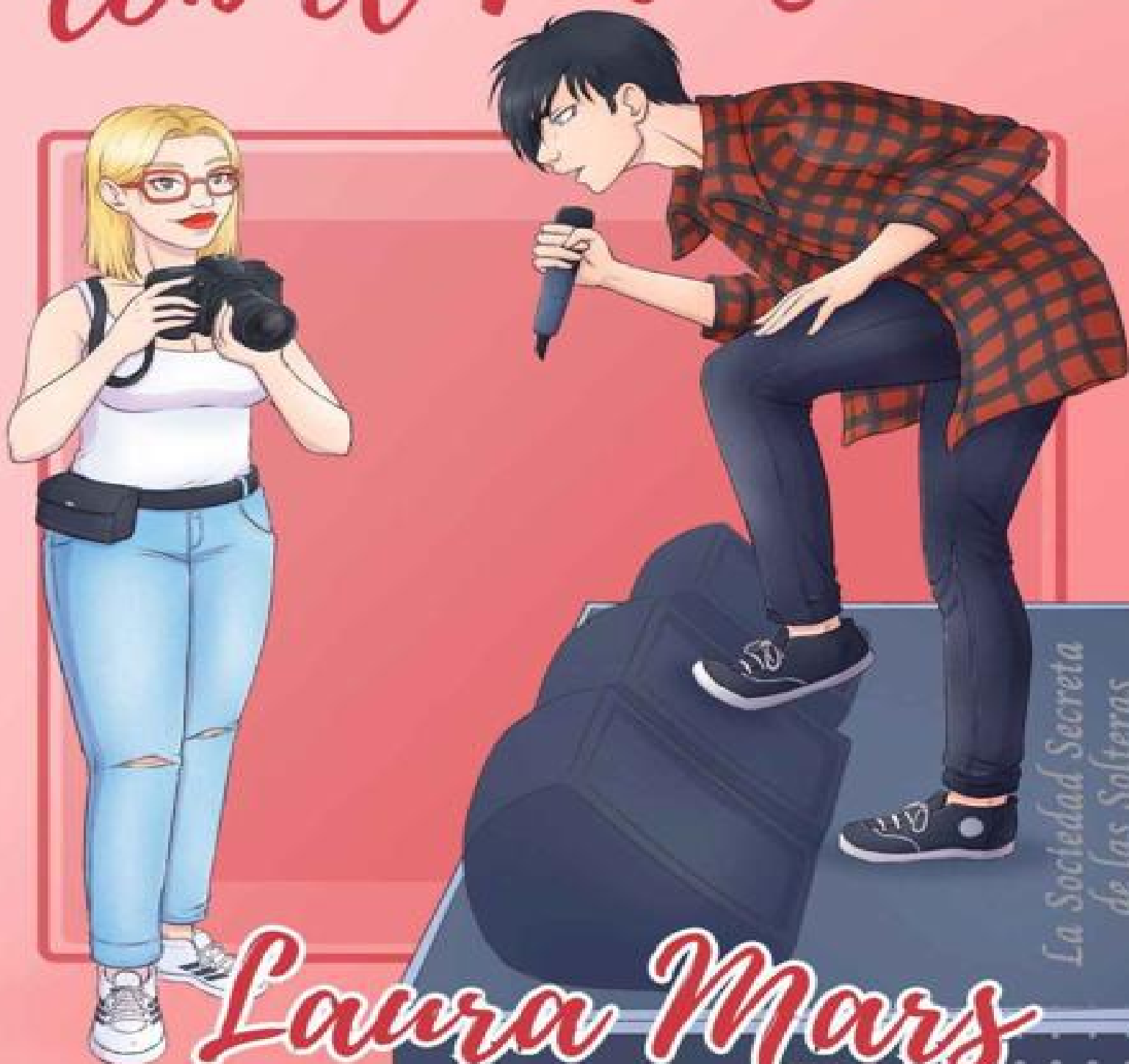


Regla n°3

Nada de SEXO con el FAMOSO



La Sociedad Secreta
de las Solteras

Laura Mars

REGLA nº3:
NADA DE SEXO CON EL FAMOSO

SERIE: La Sociedad Secreta de las Solteras

LAURA MARS

Laura Mars 2024
Todos los derechos reservados
Safecreative: 2406208337975
ISBN: 9798329106169
Ilustración de cubierta: Karu Kiburedo
Maquetación interior y diseño cubierta: Laura Mars
Kindle Direct Publishing

Capítulo 1: Un arbusto

La mano de Eloy descendió por mi espalda hasta esa zona misteriosa, a punto de ser estudiada por los expertos del ocultismo, que no se sabe si es espalda o culo. Esa zona que te pone en alerta porque *casi* te están tocando el trasero.

Y más alerta aún si es el maldito Eloy Santana, el famoso al que tenía que sacar fotos de manera secreta. Lo que implicaba algo muy obvio: sin que se diese cuenta. Labor fundamental de una fotógrafa de prensa o, como a mi amiga Teresa le gusta llamarme, *paparazzi*.

Estaba bastante segura de que eso era el (casi) culo. Algo del todo inapropiado para dos personas que acababan de conocerse, discutir con fiereza y, contrario al sentido común, ahora fingían lo que no eran.

Déjame retroceder un poco en la historia para que entremos en materia y nos enteremos de qué demonios hago con la mano del famosísimo Eloy Santana en mi (casi) culo. Ese cantante por el que suspiran las adolescentes —y no tan adolescentes—, miembro del dúo de moda: Eloy y Raúl. Imparables. Súper ventas. Revienta estadios. Coleccionistas de bragas. Y todo lo que queráis añadir.

El resumen corto es que soy idiota. Y el largo que también, pero con matices. Esa mañana, como los demás días de la semana, estábamos varios fotógrafos y periodistas apostados frente a la casa de Eloy. Algunos tenían los micrófonos preparados para estampárselos en la cara al cantante en cuanto se atreviese a salir de su chalet de lujo, que tiene dos piscinas, una dentro y otra fuera. Asco de ricos. (Ojalá ser rica).

Yo fui sola con mi cámara fotográfica. Mi tarea era conseguir las mejores imágenes y cuánto más sugerentes, mejor. ¿Le pillas justo rascándose el paquete mientras habla con alguien? «Exclusiva: ¿Estará Eloy enamorado?». ¿Una foto con cara triste momentánea (que igual tenía un aire, vete tú a saber)? «Exclusiva: Te contamos las razones por las que Eloy Santana puede estar triste».

Los artículos no los escribo yo, por suerte, pero el material lo tengo que proporcionar jugoso, como siempre me pide Matilde. La redactora tiene un arte para la inventiva que debería haber sido guionista.

El asunto era que yo estaba bordeando el chalet cuando vi que por la puerta de servicio salía su mayordomo. Vale, no era un mayordomo, era el asistente que le limpia la casa y le hace la comida, pero en mi cabeza me gustaba llamarlo así.

Su mayordomo, de unos cincuenta y tantos años de edad, llevaba grandes bolsas de basura. Observé los cubos en la zona exterior. El hombre tendría que cruzar la calle y andar unos cuantos metros. Corrí agazapada hacia la puertecita. Llevaba toda la mañana intentando hacer una foto a Eloy sin éxito. Entre que el chalet estaba alejado y las malditas cortinas, no había manera. Ni siquiera había salido a correr como habituaba, lo que nos solía dejar unas imágenes estupendas (para publicar, no para otra cosa).

El mayordomo cruzó la calle y lo perdí de vista. Corrí hacia la puerta de servicio y me asomé, solo un poco, que no quería allanar y meterme en un lío. Estiré la cabeza cual suricata y entonces lo vi: Eloy estaba en una habitación de pie, hablando por teléfono, y paseándose de un lado a otro. Lo perdí de vista, solo veía una ranura del cuarto y él no dejaba de moverse. Di un paso más y enfoqué la cámara. En cuanto pasase de nuevo hacia el otro lado de la habitación, lo

tendría.

¡Clic, clic! Eloy captado hablando por teléfono bastante afectado. Lo perdí de vista. Unos segundos más tarde. ¡Clic, clic! Eloy llorando. ¡Llorando! ¡Con lágrimas! ¡Clic, clic, clic!

Escuché algo a mi espalda. Un coche pitando al mayordomo por cruzar mal. Me di cuenta de que yo ya tenía más de medio cuerpo dentro de la parcela de Eloy. No podía ir hacia fuera, me toparía con el asistente de frente. Entré en pánico y la única y maravillosa idea que se le ocurrió a mi cerebro fue dar un paso más dentro de la parcela y tirarme en plancha a los arbustos. Auch. Rosas.

Aguanté el gritito de dolor justo a tiempo de escuchar la puerta de servicio cerrarse. Me quedé en una postura muy extraña, esperando estar bien escondida. Contuve la respiración. Oí los pasos alejándose en dirección a la casa. Había estado cerca.

Esperé unos segundos hasta que oí otra puerta, la del chalet. El mayordomo estaba dentro y yo a salvo. Más o menos. Intenté ponerme en pie y me clavé más las espinas de los rosales, rasgándome la piel de los brazos y pinchándome el culo. Mi pelo decidió llevarse consigo algunas ramitas. Todo muy lamentable.

Para cuando conseguí salir de los matorrales, me choqué de frente con unos pectorales firmes. Solo fue un segundo de choque, pero eran tan duros que reboté y casi me caí otra vez.

—¿Sabes que te puedo denunciar?

«Joder, joder, joder. El maldito Eloy Santana mirándome fijamente, di algo».

—Eh...

—Anda, dame la cámara y quedamos en paz.

Me di cuenta de que yo sujetaba el arma del delito de forma bastante evidente. Me dije que si la hubiese dejado entre las rosas, no la habría pillado y así todavía tendría las imágenes en exclusiva del famoso cantante llorando. En su rostro ahora no había rastro de lágrimas, solo furia.

—No te la puedo dar. No es mía. Técnicamente es del periódico.

—Y esto es oficialmente mi casa. Estás allanando.

—Borraré las fotos.

Empecé a trastear con la cámara. Pensaba enviarme las imágenes a mí misma antes de borrarlas, que no era mi primer encontronazo con un famoso. Un par de clics y estarían a salvo en mi nube.

Antes de que pudiese hacerlo, Eloy me quitó la cámara de las manos y la tiró al suelo con fuerza y la empezó a pisotear.

—Pero ¡¿qué haces?! ¡Qué cuesta una pasta!

Me miró con gesto de chulería y dijo:

—Denúnciame.

—Lo haré —dije dando un paso hacia adelante, sin amedrentarme.

—Mi duda es dónde habrá que soltar más «pasta» —dijo haciendo comillas en el aire—, si por romper una cámara, o por allanamiento de morada.

—Pero...

Me callé. No se me ocurría qué argumentar. Tendría que hablar con los de legal de mi periódico. Valoré la posibilidad de sacar mi móvil personal y grabarle, narrando lo sucedido.

Podía decir que entré en la parcela de su chalet porque había escuchado a un gatito en apuros o algo parecido, y que luego él se puso como loco con mi cámara.

Antes de que pudiese pensar ninguna idea (todavía) peor, la expresión de su rostro cambió por completo.

—Oh, no. No, no, no —susurró.

—¿Qué pasa? ¿Te acaba de nacer una conciencia y te sientes mal por romper mi cámara?

—¿Qué?

Reparó de nuevo en mí, como si se hubiese olvidado de mi presencia en tan solo unos segundos. Malditos famosos engreídos y egocéntricos. Se creen el centro del mundo solo porque el trabajo de algunos de nosotros sea seguirlos. Que no se equivoque, yo trabajo por dinero. Me podría importar menos su vida.

—Sígueme la corriente, por favor. Y te compraré otra cámara.

Eloy Santana cortó la distancia que nos separaba. El flequillo le caía sobre los ojos, tapándolos parcialmente, sin poder ocultar ese azul tan característico. Su proximidad me hizo oler su colonia, ¡y qué bien olía el condenado! Acercó su mano a mi rostro. Me quedé paralizada sin entender lo que estaba pasando. ¿Pretendía besarme, así, sin ningún preámbulo? Miles de pensamientos pasaron por mi mente, haciendo una batalla campal en mis emociones.

Se organizaron en dos bandos; por un lado me visualicé dándole un manotazo y mandándole a paseo, por otro lo recibía con los brazos abiertos. Balbuceé:

—¿Qué haces?

Su mano llegó hasta mi rostro y lo dejó pasar de largo hasta llegar a mi pelo. Me quitó dos ramitas que habían quedado enganchadas.

—Tendrá que valer. Sígueme la corriente.

Entonces la vi: Olaia, su exnovia, venía por el camino principal. Ella no nos había divisado aún. Caminaba con prisa y con confianza. Se escuchaban fuera los gritos de los periodistas:

—¡Olaia! ¡¿Vienes para reconciliarte?!

—¡Olaia, solo será un momento!

—¡Olaia! ¿Por qué dejaste la relación?

—¿Es cierto que saldrás en una campaña de ropa interior?

—¡Olaia! ¡Olaia!

La modelo estaba ahí mismo y yo con la cámara rota. La rabia me recorrió el cuerpo. Me estaba perdiendo unas tomas buenísimas. Ser fotógrafa me hace ver la vida en fotogramas en muchas ocasiones, en instantes, en fijarme en la luz adecuada golpeando el suelo de la manera perfecta. Olaia, con su metro ochenta y dos, sus tacones repiqueteando, la melena larga azotando su espalda con la misma intensidad que su seguridad; todo hablaba de poder y seducción. De la foto perfecta desde mi ángulo, siendo desperdiciada, tirada a la basura. Un instante que se escapaba.

—Está bien, te compraré una cámara el triple de buena.

—¿Eh?

El cantante debía pensar que me había quedado callada como táctica de negociación, cuando solo estaba absorta en la oportunidad que se me escurría entre los dedos.

Eloy empujó los restos de mi cámara hacia el arbusto para esconderlos y me pasó su mano por la cintura, dejándola apoyada en la cadera y utilizándola para dirigirme. Antes de que pudiese protestar, recorriamos el camino hacia el chalet. Íbamos directos a la entrada principal, al igual que Olaia.

—No, no, no —dije esta vez yo.

Llevábamos varias semanas detrás de Eloy en busca de fotos que nos hablasen de cómo llevaba la ruptura. Me sabía a la perfección los ángulos fotografiables, y la entrada de su casa era uno de ellos.

—Solo será un momento, por favor, sígueme el rollo.

—Lo que tú quieras, pero en la entrada no, o saldremos en todas las revistas del corazón.

Él cayó en la cuenta de lo que quería decir y nos detuvimos de golpe. Fue Olaia la que tuvo que cortar la distancia hacia nosotros. Quedó bastante raro, la verdad.

—¡Eloy! Tenemos que hablar. No puedes seguir... ¿y esta quién es?

El cantante me lanzó una mirada significativa. Obviamente, él no sabía mi nombre.

—¡Ah! Esto, soy María —dije.

Al instante me arrepentí de no haber dicho un nombre falso. Paca. Juliana. Jacinta. Cualquier nombre habría sido mejor que el mío.

Olaia me caía bien. Manejaba sus redes con buen gusto, subía fotos de viajes, comidas con amistades, paseando con su perro gigante. Cuando estuvo con Eloy subieron muchas fotos juntos.

En ese momento, sin embargo, no parecía recíproco. Olaia me dio un repaso con la mirada por mi metro sesenta y ocho, mi talla 44 a 48 (según la tienda, ya sabes), y mis zapatillas deportivas del 37. Mis vaqueros desgastados, mi camiseta verde con un logo publicitario. Mi pelo rubio, revuelto por mi batalla con el rosál. Todo esto decorado con mis dos accesorios preferidos: mis gafas de pasta y mi riñonera.

—¿Querías algo? —Fue Eloy el que rompió el silencio.

—Me ha llamado Raúl. Me ha dicho que estabas tan deprimido que no querías coger un concierto por el que os van a pagar muy bien.

Había chispas en las miradas que se intercambiaban. Se estaban diciendo mucho sin yo enterarme de nada.

—No es cierto —dijo él, unos segundos demasiado tarde—. De hecho, ya estoy rehaciendo mi vida. María es mi novia.

Aquí pasaron varias cosas. La primera, que la mano de (el maldito) Eloy Santana bajó hasta mi (casi) culo y me apretó un poco hacia él.

La segunda, que a Olaia se le quedó la boca abierta y por un segundo la que parecía idiota no era yo.

Y tercero, que sentí el calor que desprendía Eloy, mi cuerpo pegado al suyo, y resultó que no me desagradaba.

—Pero... —intentó articular la modelo.

—Así es —afirmó Eloy—. Y a Raúl le iba a llamar justo ahora mismo para aceptar ese concierto. Solo me estaba asegurando de que no teníamos demasiados seguidos.

—Muchos conciertos a la vez cansan mucho y te pueden estresar y eso. O dar ansiedad. A mí me daría —me escuché decir y enseguida sentí una vergüenza ajena por mí misma tremenda. ¿Esa era mi grandiosa manera de intervenir? ¿Balbucear sobre la ansiedad? No contenta con mi intervención, rematé con gran seriedad—. Cuidar la salud mental es muy importante.

—Eso es —asintió Eloy con fervor—. La salud mental. Bueno, tenemos cosas que hacer. Adiós, Olaia.

Capítulo 2: Chalet de ricos

La modelo murmuró una despedida mientras observaba cómo Eloy me guiaba hacia la puerta principal del chalet.

—Nos van a hacer fotos —le susurré.

—Pues esconde la cara.

Aunque había quedado extraño mi balbuceo antes sobre la salud mental, era algo que pensaba en realidad. Mi psicóloga no estaría muy contenta cuando le dijese que en vez de ser firme y decir «No, Eloy, no voy a pasar por esa puerta porque me van a fotografiar», me dejase llevar con tal de no montar una escena.

—¡Eloy! ¡Eloy! ¿Quién es esa chica?

—¡Eloy! ¿Dónde está Olaia?

—¡Olaia! ¡Olaia!

En ese momento la modelo debió aparecer en el camino principal y dirigirse hacia los periodistas porque enloquecieron. Gritaron como posesos y sentí una ola de *flashes* y clics encima de nosotros. Los periodistas estaban tan confusos como emocionados. Imaginé lo que ellos fotografiaban: en el camino principal una Olaia tensa, de cara a ellos. En el fondo, cerca de la puerta, Eloy de espaldas llevando de la cintura a una mujer desconocida.

Dejé de poder distinguir las palabras, solo eran una algarabía. Mi corazón latía descontrolado. Según atravesamos la puerta y estuvimos a salvo de las cámaras, me separé de él.

—¡Pero tú de qué vas! —Ahora sí podría contarle a mi psicóloga que me defendí, al menos cuando pude—. ¡Vaya caradura! ¿Qué esconde la cara? ¿Y qué novia ni que historias? ¿Estás mal de la cabeza? ¿Quieres que te comparta el número de mi psicóloga? ¿Acaso piensas antes de hablar? ¿Sabes en el lío que me has metido como me haya reconocido alguno de mis compañeros? ¡Y mi cámara está rota! ¡Es del periódico! ¡No es mía! ¡Y vale una pasta!

—¿Has acabado?

—¿Qué?

—Que si has acabado de estar enfadada.

—Métete la condescendencia por donde te quepa. —Él me miró con una ceja arqueada—. Sí, he acabado.

—Gracias.

Dicho esto, se fue hacia otra estancia, un salón enorme decorado con modernidad y una gran chimenea blanca. Se sentó en el sofá y sacó su móvil.

—¿Hola? Sigo aquí —le dije alucinada al ver que me estaba ignorando.

—Si quieres irte, eres libre, pero es probable que te fotografíen la cara. A no ser que deshagas todo el camino de espaldas.

Entonces Eloy se rio. ¡Se rio! Yo parpadeé entre furiosa e incrédula. No estaba para bromas.

—Mira, ya estamos en redes —dijo él.

—¿Cómo que «estamos»?

Me puse blanca y me dirigí temblando hacia el sofá, con la angustia apretando el pecho. Me senté a su lado.

—No te han reconocido, tranquila.

Me enseñó el móvil. Alabaría la velocidad de mis compañeros si no me estuviesen colapsando

los pensamientos. Habían publicado numerosas fotos tal y como yo las había imaginado. El camino principal del chalet, Olaia con el rostro serio, nosotros al fondo de espaldas. No se me veía la cara en ningún momento. Lo peor eran los titulares que acompañaban las imágenes.

EXCLUSIVA: ¡Eloy pillado con una rubia!

¡NOTICIÓN!! Eloy Santana rehace su vida DELANTE de su exnovia Olaia.

¡ÚLTIMA HORA! ¡El cantante Eloy Santana agarrando del culo a una mujer!

—¡Es el casi culo! —exclamé sulfurada—. ¿Y tú por qué estás sonriendo?

—Eres bastante graciosa.

—¿Te parece gracioso todo esto?

—Un poco sí. Estás recibiendo de tu propia medicina. ¿Qué tal se siente?

Antes de que pudiese responder, recibí un mensaje en el móvil. Era de Matilde.

«María, se están filtrando las imágenes de Eloy con una mujer. Mándame las tuyas YA».

—Joder. ¿Y ahora qué hago? Qué mal, qué mal...

Me levanté y anduve por la sala. Él seguía mirándome con diversión. Resoplé, bufé e hice diversos sonidos animales nada sexys. Necesitaba organizar mis pensamientos. Me giré hacia las cortinas con paranoia y me aseguré de que estaban bien cerradas.

—Bienvenida a mi mundo —dijo él.

—¿Quieres dejar de sonreír?

—Poco probable.

—Al menos ayúdame —dije y sonó como una súplica.

Su sonrisa cambió. Seguía creando ese hoyuelo que enamoraba a sus fans, pero reflejaba amabilidad.

—Está bien, dime qué necesitas.

—Mi compañera me acaba de pedir la foto. Como comprenderás, es imposible que me haya fotografiado a mí misma. ¿No te parece?

—Cierto —dijo él, pensativo.

El móvil de Eloy vibró revelando una llamada insistente. Lo observó y se rio.

—Es Olaia —dijo y lo dejó en la mesita.

—¿No lo vas a coger?

—No. De hecho, voy a hacer lo que he dicho.

Esperó a que la llamada se acabase y llamó a otro número.

—¿Raúl? Sí, olvida lo que te he dicho antes. Dí que sí al concierto. Sí, todo bien. ¿La chica de la foto? Mi novia, sí. Se llama María. —Eloy me guiñó un ojo—. Ya te contaré en otro momento cómo nos conocimos, que ahora estoy con ella y es de mala educación estar aquí hablando contigo. Que sí, que todo bien. Venga, tío. Sí, que te den a ti también.

Mientras Eloy acababa su conversación, yo recibí otro mensaje de Matilde. Sabía que mi compañera se estaba poniendo de los nervios.

«María, las fotos. No podemos ser los únicos que no las pongamos. Sé que me has leído. Contéstame».

Escondí mi rostro entre las manos. Estaba a punto de echarme a llorar. Estaba atrapada en casa de Eloy Santana, sin poder dar la exclusiva, porque YO era la exclusiva. No tenía ni idea de cómo iba a justificar esto en el trabajo. Ni cómo iba a salir de la casa. ¿Y si me escondía en una bolsa de basura de esas gigantes y me sacaba el mayordomo?

Como si lo hubiese invocado con la mente, el asistente entró en el salón. Dejó una bandeja con un montón de comida delante nuestro y varias latas de refresco distintas. Había suficiente para ocho personas, como poco.

—Gracias, Segismundo.

—Sin problema, señor Eloy.

El mayordomo se marchó. Eloy se sentó en el borde del sofá y se intentó colocar el flequillo con poco éxito. Lo llevaba largo y despeinado encima de la frente, casi hasta los ojos. Su corte de pelo era desigual, en la parte de la nuca lo tenía mucho más corto. Cogió un sándwich y se giró hacia mí. Me observó con esos ojos azules por los que las fans gritaban y decían que se habían quedado preñadas con solo una mirada.

—¿Quieres?

—Vale.

Empecé a comerme los sándwiches, las patatas, las aceitunas y también mi ansiedad. Era un alivio temporal, lo sabía, pero lo necesitaba.

Mi móvil vibró de nuevo. Lo ignoré. Sería Matilde y no podía enfrentarme a más mensajes suyos hasta que tuviese un plan. El teléfono de Eloy hizo lo mismo. Vi las notificaciones que dejaban los mensajes de Olaia y Raúl en la pantalla, junto con una tal «Marta *Manager*».

—Ya he pensado un plan —dijo él cuando acabamos de comer—. Te diré lo que vamos a hacer.

«Ojalá tener la seguridad de este chico», pensé. ¿Ser un superventas le haría sentirse así o le venía de serie?

—Lo primero, no te preocupes por la cámara. Te compraré otra. Dile a Segismundo cuál quieres y él te la conseguirá. Lo segundo, tampoco te preocupes por lo de la foto. Te daré algo mejor. Una entrevista.

No le interrumpí para decirle que yo soy fotógrafa, que no hago entrevistas, ni mucho menos las escribo.

—En la entrevista afirmaré que tengo una novia que se llama María, pero no te preocupes porque no tienes que hacer nada más. Ya has salido de espaldas en una imagen, con eso estarán distraídos lo suficiente y me dejarán tranquilo.

—¿Tranquilo? Te vamos a seguir muchísimo más; intentando pillarte cenando con ella, paseando de la mano, cualquier cosa.

—Ese no es mi problema. —Se encogió de hombros.

Levanté el dedo como si estuviese dispuesta a poner alguna pega. Lo bajé. Abrí la boca, la cerré. Lo que Eloy planteaba eran todo ventajas, en realidad. Cámara nueva. Una entrevista exclusiva.

—Vale. Pero yo no soy redactora. Te pasaré el contacto de...

—Ah, igual no me he explicado bien. La entrevista la escribiré junto a mi *manager*, no me la tienes que hacer tú. Luego te la paso y la publicas como si me la hubieses hecho.

—Eh...

—Es la mejor forma de controlar lo que se publica. Si la entrevista me la haces tú o cualquier otra persona podéis hacerme preguntas trampa, tergiversar mis palabras o, lo más probable, que yo diga alguna estupidez. Voy a llamar a mi *manager*.

—No te he dicho que sí.

Él se quedó quieto, con el teléfono en la mano e interrogándome con esos ojos azules.

—Está bien —acepté.

Mientras él hablaba con su representante, yo escribí a Matilde y le dije que había conseguido

una entrevista exclusiva con Eloy Santana. Me mandó tantos emoticonos de excitación que me hizo reír. Quizá todo podía salir bien.

Aunque, al parecer, lo primero que tenía que salir era yo por una ventana del chalet.

Capítulo 3: Salto de ventana

Podría ser más humillante, pero no demasiado.

—Levanta más la pierna —me dijo él.

—¡Lo estoy intentando!

—Espera, que te ayudo.

—¡No, no!

Lo siguiente que se escuchó fue un golpe seco; yo cayendo como un saco al suelo.

—¿Estás bien? ¿Bajo a ayudarte?

—Déjalo, da igual.

Esperé a que mi cara dejase de estar roja por el esfuerzo y por la vergüenza antes de girarme hacia Eloy. El muy maldito me había prometido que esa era la mejor manera de salir de su casa de manera discreta. No lo tenía yo tan claro. En ese momento, con el culo dolorido por la caída y la sensación de humillación, me sentí insegura. ¿Y si me había dicho lo de la exclusiva para mantenerme callada?

—Mándame la entrevista cuánto antes —le pedí.

—Claro. Y no te olvides de decirle a Segismundo la cámara que quieres.

—Ya le escribiré.

Yo le había dado mi correo electrónico del trabajo y mi número de teléfono personal. A cambio, el muy idiota solo me había dado el *e-mail* de su mayordomo. ¿Quién hace eso? Podía estarse bien tranquilo, que yo no pensaba acosarle de ninguna manera. Más allá de sacarle las fotos requeridas para mi trabajo, claro.

—En fin, adiós —le dije, seca.

—Adiós. Y cuidado con los rosales.

Le hice un corte de mangas y me marché por el camino de servicio, ese que había recorrido el mayordomo hacía una eternidad para echar la basura.

Con la paranoia activada al máximo, anduve agazapada. Cuando llegué a la puerta me asomé por encima de esta. No había periodistas al otro lado. Me giré y vi a Eloy en la ventana, riéndose. Le hice otro corte de mangas y él me saludó con la mano con efusividad.

Negué con la cabeza enfadada y, gracias a este gesto, vi los restos de mi cámara bajo los rosales. Miré a Eloy, de nuevo a la cámara. Me agaché y fingí atarme los cordones. Trasteé entre los restos y localicé la tarjeta micro SD. Parecía en buen estado. Me la metí en el bolsillo.

Me levanté y esta vez fui yo la que saludé a Eloy con energía y una sonrisa a modo de despedida final. Abrí la puerta y me marché.

No me arriesgué a volver con mis colegas fotógrafos, no quería que se diesen cuenta de que mi atuendo coincidía con el de la mujer a la que habían fotografiado hacía un rato.

«Reunión urgente, necesito consejo», escribí en el grupo de la Sociedad Secreta de las Solteras. Dani preguntó si podían ir también las exintegrantes. Dije que sí. Cuantas más amigas, mejor.

Pasé por casa. Me duché y me lavé bien los arañazos de mi batalla con los rosales. En el culo me había salido un moratón de la caída. Estaba claro que espiar a famosos era nocivo para la salud.

Llamé a Matilde para asegurarle que tendríamos la entrevista. Le dije (mentí) que Eloy había puesto como condición que la entrevista la hiciera yo. Mi compañera no tenía razones para dudar

de mí, así que simplemente se alegró, me dio un montón de consejos y empezó a crear expectativas en redes para que la gente estuviera pendiente.

Fui la primera en llegar al restaurante que había propuesto a mis amigas, uno barato y con música ambiente para poder charlar tranquilas.

Al poco llegaron las integrantes en activo de la Sociedad Secreta de las Solteras; Teresa y Helena. La catedrática me dio un abrazo breve y seco, como era ella. Helena me dio dos besos.

—Mientras llegan las demás, contadme, ¿qué tal os va? —les pregunté.

—La investigación va bien —dijo Teresa, la catedrática ingeniera de la energía—. Borja sigue siendo una persona no deseable, pero su trabajo es impecable.

El año anterior, Teresa consiguió que su compañero aceptase a regañadientes ser el segundo de abordó en su investigación. El tipo era un engréido.

—Cuando tengáis resultados preliminares, me avisáis y os hacemos un hueco en el periódico —dijo Helena.

Helena, la pelirroja del grupo, trabajaba en el mismo periódico que yo, El Contemporáneo, solo que ella estaba en la sección Internacional y ganaba premios. Yo estaba en Sociedad, apartado que cada vez se veía más reducido en la versión impresa y más ampliado en Internet. Todo se contabilizaba en *likes*.

Era curioso. Los de Internacional tenían muy buena fama, eran respetados. Sin embargo, la realidad era que las mayores lecturas estaban en Sociedad. A la gente le interesaba más conocer qué había pasado con Eloy y Olaia, o la última cita en un yate de Stavros y Gabriella, que un problema sucedido a miles de kilómetros de distancia.

Abril, la cardiocirujana, y Dani, la inspectora de policía, llegaron con pocos minutos de diferencia y con distintas disculpas por llegar tarde. Dani por trabajo, Abril porque no encontraba lo que quería ponerse.

Las dos eran exintegrantes de la Sociedad Secreta de las Solteras. Ambas incumplieron varias de nuestras reglas hasta lograr la expulsión. Dani tenía pareja y Abril, la muy descarada, ¡se había casado!

La otra exintegrante que se casó, Karen, andaba muy liada y solía venir poco. A veces sabía más cosas a través de mi primo Vicente, su marido, que de ella.

—¡Bueno! ¡Me alegro mucho de veros a todas! —exclamé—. Os he llamado porque necesito ayuda. Me ha pasado una cosa muy surrealista.

Saqué el móvil y les enseñé las redes sociales y noticias que hablaban de Eloy y «la rubia».

—Ah, sí, ya me he enterado —dijo Helena—. ¿No lo había dejado hacía poco con su novia?

—Eso da igual. Lo importante es que esa rubia soy yo.

—¿Qué?! —exclamó Abril.

—¿Y por qué te está tocando el culo? —preguntó Helena.

—¡Es el casi culo! —exclamé nerviosa.

Les conté de forma atropellada lo sucedido, sintiendo de nuevo la ansiedad y angustia del momento. Las muy indecentes no hicieron más que reírse todo el rato.

Al final, me tuve que unir a sus risas. Debía reconocer que había sido cómico. La presión que me apretaba el pecho se fue disipando, aunque no por completo.

—No he incumplido ninguna regla —dije mirando a Teresa. Para mi sorpresa, ella se rio.

—La verdad es que no. Caerse en los matorrales de un famoso no atenta contra las normas.

—Ni tirarse por la ventana —añadió Abril.

—No me tiré, me caí. ¡Y mirad qué moratón!

Me puse de pie y me bajé el pantalón lo suficiente para enseñarles el moratón del culo. Abril

acercó un dedo y lo apretó.

—¡Ay! Quita.

—No me he podido resistir.

—Oye, que eres médica, ¿no tienes que velar por mi salud?

Ella se encogió de hombros e intentó volver a apretarme el moratón. Bromeamos un rato más hasta que pude sacar lo que me preocupaba a colación.

—No sé si me mandará o no la entrevista. Tampoco si me comprará una cámara nueva, aunque esto tengo la sensación de que sí. Y lo más importante: tengo que decidir qué hacer con esto.

Saqué de la riñonera la tarjeta micro SD y la dejé con solemnidad en la mesa.

—¿Qué contiene? —preguntó Helena cogiendo la tarjeta.

—No puede ser otra cosa que las imágenes de Eloy llorando antes de que todo sucediera —dedujo Dani correctamente, que para algo se gana la vida investigando cosas.

—Eso es —dije.

—¿Tienes un dilema moral con respecto a qué hacer con esas fotografías? —preguntó Teresa. Su intervención habría estado bien si no añadiese—: Creía que la base de tu trabajo era no tener moral a la hora de publicar las imágenes.

—No es así —negué con la cabeza—, hay ciertas cosas que no publicamos. Aunque a día de hoy cada vez hay menos temas que se quedan de puertas para adentro. Siempre hay alguien que publica, que se adelanta, que no muestra escrúpulos. Pero en este caso... estoy segura de que solo yo tengo estas imágenes. Nadie me va a adelantar.

—Si publicases esas fotos, no le ayudaría con la narrativa de la novia rubia que se ha inventado —dijo Teresa.

—Precisamente por eso conseguiríamos más interacción que cualquier otro periódico. Tendríamos la exclusiva.

—Ya la tendrás con la entrevista, yo no sería avariciosa.

—Supongo. ¿Qué pensáis?

—Estoy con Teresa —dijo Dani.

—Yo esperaré unos días —dijo Abril—. Y si no te da la entrevista, ¡bam! Publicas las fotos.

—Yo la publicaría después de conseguir la entrevista. No le debes nada a ese chico —dijo Helena.

—¡Guau, qué fría! —exclamé.

La pelirroja sonrió.

—El trabajo es el trabajo.

Debatimos un rato más y luego cambiamos de tema y nos pusimos al día con nuestras vidas.

Lo último que tratamos fue la preocupación que tenía Teresa por el futuro de la Sociedad Secreta de las Solteras.

—Sabéis que me ha costado llegar a aceptar esta situación —señaló a las dos exintegrantes—, entiendo vuestro punto de vista, el que podáis seguir viniendo, aportando, y que el apoyo no se acaba una vez que tenéis pareja. Aun así, considero que tenemos que ir al corazón de la Sociedad y construir desde ahí. Ahora mismo solo somos tres integrantes las que estamos comprometidas con nuestras reglas. Las que realmente vivimos por el mantenernos solteras y apoyarnos en todo. Es por esto, que me gustaría que buscásemos a nuevas integrantes de manera activa. Siempre de forma adecuada y siguiendo bien el proceso. No quiero que por nuestra necesidad introduzcamos a gente que saldrá más rápido que ha entrado. ¿Qué os parece?

En ese instante me di cuenta de que Teresa estaba nerviosa. Debía llevar un tiempo dándole

vueltas a esto. Seguramente había repetido esa conversación de manera imaginaria y obsesiva en su cabeza.

—¡Claro que sí! —exclamé con entusiasmo—. Estaré pendiente de las mujeres de mi alrededor, a ver si alguien cumple los criterios.

—Yo también voto que sí —dijo Helena.

Dani y Abril no votaron, no tenían derecho a ello, pero sí dijeron que si conocían a alguien que pudiese cuadrar nos avisarían.

Con esto dimos fin a la velada. Fui a casa. Tenía un correo electrónico que escribir.

Capítulo 4: Músculos en movimiento

Tardé horas en mandar el *e-mail* a Segismundo. El primer pozo de tiempo fue buscar qué cámara elegir. Entre las descripciones del producto, las opiniones de los usuarios y expertos, los tutoriales donde veía cómo podría usar las cámaras... Horas.

También tenía claro que esa cámara sería mía, no del periódico. Si alguna vez me echaban o yo cambiaba de trabajo y me pedían que les devolviese la cámara, compraría el modelo que tenía antes (de segunda mano, además) y la entregaría.

El segundo sitio donde perdí mucho tiempo fue en redactar el correo electrónico para el mayordomo. Por lo poco que había visto, era un hombre de más de cincuenta años, de pelo cano corto, y rostro serio pero amable. A decir verdad, me imponía un poco. Probé muchos inicios distintos:

«Estimado señor Segismundo».

«Apreciado Segismundo».

«A quien corresponda».

«¡Buenas, Segis! ¿Qué tal?».

«A la atención de Segismundo».

Nunca se me había dado bien ser formal, hablar de usted, hacer la rosca. Después de mucho borrar y escribir, decidí ser yo misma:

«Buenas noches, Segis,

Soy María, la periodista que ha estado en casa esta mañana. Tal y como hablé con Eloy, aquí te envío las referencias de la cámara que me gustaría.

Espero que todo vaya bien.

Un abrazo,

María».

Apreté el botón de enviar antes de arrepentirme. Los siguientes días fueron un calco el uno del otro. A primera hora tenía que estar enfrente de la casa de Eloy para hacerle fotos en su carrera de la mañana. Lo mejor era la vuelta: sin camiseta, sudando, los pectorales marcados. Después debía quedarme apostada en la entrada por si volvía la rubia. Algo un tanto complicado contando con que era yo.

Matilde se fue impacientando con los días. No dejaba de preguntarme dónde estaba la entrevista exclusiva. Mi compañera tenía razón. Yo también me estaba poniendo nerviosa y lo único que obtenía de Eloy era un sonrisita suficiente cuando salía a correr.

Recordé la conversación con mis amigas. Al final tendría que hacer caso a Abril y publicar las fotos del cantante llorando. Algo dentro de mí, esa cosa llamada conciencia, no me lo permitía. Decidí hacer un último intento.

Ese día, en vez de esperarle junto a su casa con los demás periodistas, anduve por la calle por la que siempre lo veíamos desaparecer cuando corría. Un poco más adelante había un parque con senderos de tierra. Supuse que iría por ahí.

En cuanto lo vi aparecer le hice fotos, que una es profesional ante todo, y cuando estuvo suficientemente cerca de mí le hablé.

—Eh, Eloy.

—Hola, María.

—¿Acaso te acuerdas de quién soy? Como me has estado ignorando.

Eloy no me debió de escuchar, porque siguió corriendo.

—¡Eh! —le increpé.

Él se giró y me sonrió.

—Si quieres hablar conmigo, vas a tener que seguirme el ritmo.

Miré mis vaqueros, mis deportivas y mis cero ganas de correr. Gruñí y fui tras él.

—¿Qué pasa, no te gusta correr? —me preguntó cuando lo alcancé.

—La verdad es que no. Soy más de tomar algo con mis amigas.

—Está bien saberlo.

—Oye, no me has mandado la entrevista.

—Ya, mi *manager* está trabajando en ella. Nos queda poco.

—Ha pasado más de una semana. La necesito ya.

—Cuando esté lista.

—¿Y la cámara?

—No sé, pregúntale a Segismundo.

—¿No sabes cómo va la compra?

Eloy se encogió de hombros y me dieron ganas de ponerle la zancadilla. Llevábamos tres minutos corriendo y yo ya estaba resollando.

—¿Puedes ir más despacio? —le pedí.

Él se giró y me miró de forma traviesa.

—Podría. Pero estropearía mi entrenamiento.

En ese momento el destino puso una rama de árbol delante de su pie y tropezó. En vez de caerse de bruces como habría hecho yo, Eloy dio una elegante zancada y siguió corriendo.

Cierto. Eloy Santana era conocido por practicar artes marciales y tenía buen equilibrio. Lo oí un poquito más.

—Bueno, pues nada. Mándame la entrevista o...

—¿O qué?

—O te enterarás.

Frené en seco y dejé que él siguiese corriendo. Giró su rostro hacia mí y me miró entre divertido y confuso. Ya era bastante humillante tener que hacerle fotos todos los días, como para que encima me pusiese a sudar a su lado y se riese en mi cara.

Lo decidí. Si para el día siguiente no me había mandado la entrevista, publicaría las fotos. Dicho y no hecho. Dejé pasar no solo un día, sino tres. No quería publicar ese momento tan bajo de él, pero se lo había ganado a pulso. Llamé a Matilde por teléfono a primera hora:

—¿Tienes ya la entrevista? —me preguntó sin saludarme.

—No.

—Nos estamos quedando atrás con respecto a los demás, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Pero eso se acaba hoy. Nos vamos a poner las primeras. Resulta que tengo algo que confesarte.

Le conté una visión (muy) distorsionada de lo ocurrido. Le dije que hice esas fotos a Eloy llorando (cierto), que él me pilló (también cierto) y de ahí en adelante todo mentira: que él me intentó sobornar con dinero para que no publicase las imágenes y yo le dije que no estoicamente (qué honorable soy). Incluso que me invitó a sus conciertos.

Al final, lo único que le valió para convencerme de que no publicase las fotos fue ofrecerme una entrevista exclusiva. Ahí dije que sí, pensando en el periódico. ¡La salvadora de la sección de Sociedad! ¡Soy yo! (todo falso).

Sea como sea, Matilde me creyó. Lo que no esperaba era que se enfadase tanto con él.

—Menudo idiota el cantante este. ¿Quién se habrá creído? Ofrecerte dinero o entradas fue estúpido, pero más intentar engañarte. ¿Sabes que te está tratando como si fueras una niña? Te promete algo y luego nada. Se va a enterar. Pásame esas fotos ya. Y, por supuesto, estate hoy delante de su casa pendiente de cuando salga a correr. Quiero que fotografíes la cara de idiota que se le va a quedar. Intentar engañarte a ti y al periódico. ¡Estúpido!

—Vale, sí. Te las mando ahora.

Después de despotricar un poco más, Matilde colgó. Yo entré al ordenador e hice los clics necesarios. Fotos enviadas. Me vestí y salí directa a la casa de Eloy. No podía perderme esa instantánea.

Cuando llegué, ya había algunos periodistas en la zona. Estaban más calmados, desde esa emocionante foto de Olaia con cara tensa y Eloy y la rubia de espaldas, no habían conseguido nada más. Solo fotos de Eloy corriendo. Yo sabía que ese día sería distinto así que sonreí. Esta vez ganaría yo.

A su hora habitual, Eloy Santana salió a correr. Llevaba unos pantalones negros cortos ceñidos y una camiseta de correr de marca (uno de sus patrocinadores). Las zapatillas verde lima a juego. Vi cómo su vista oteaba entre los profesionales. Me estaba buscando, lo sabía. Su mirada se quedó fija en mí unos segundos y me hizo un gesto con las cejas. Parecía contento. ¿Qué significaba eso?

Media hora después, hicimos las consiguientes fotografías de vuelta, las de Eloy con la camiseta enganchada en el pantalón, el sudor descendiendo por sus abdominales al descubierto. Las fans tenían razón, el chico estaba muy bueno.

Entró en la casa y yo me quedé confusa. No parecía nada afectado. Los periodistas a mi alrededor sacaron bocatas y charlaron de manera distendida. Nadie estaba comentando las fotos de Eloy llorando. Miré mi móvil y entendí el porqué: Matilde me había escrito que iba con retraso.

En ese momento sonó mi teléfono. Apareció un número que no reconocí en la pantalla. Descolgué a la defensiva, esperando a algún teleoperador deseoso de venderme algo.

—¿Señorita María?

—¿Quién es?

—Soy Segismundo, el ayudante del señor Eloy.

—¡Ah! ¡Hola! —Me alejé del grupo de periodistas.

—¿Le importaría entrar por la puerta de servicio? El señor Eloy desea hablar con usted.

—¿Y no podría el *señor* —dije con retintín— haberme llamado él por teléfono?

—No sabría qué decirle, señorita.

—No me llames señorita, que no estamos en el siglo quince. Me llamo María.

—Entendido, María. ¿Le importaría acudir a la entrada de servicio? Le esperaré ahí.

—También preferiría que me llames de tú.

¿Estaba tocándole un poco las narices al mayordomo sin razón alguna? Probablemente.

—Entendido, María. ¿Podrías venir a la puerta lateral? Le... te esperaré ahí.

—Dime para qué quiere verme Eloy, y me lo pienso.

—Se supone que es una sorpresa, señ... María.

—Vale, Segis. Enseguida.

¡La cámara fotográfica! ¡Debía ser la cámara! Recordé las maravillosas características que tenía y no me lo pensé dos veces. Bordeé el chalet con rapidez y acudí a esa puerta que traspasé la última vez. Allí me esperaba el mayordomo.

—Buenas, Segis. ¿Cómo te va?

—Eh, bien, muchas gracias, María. ¿Y a ust... a ti?

Al igual que a mí me costaba hablar de usted, se notaba que al señor le costaba hablar de tú.

Me parecía de una pomposidad tremenda que este señor hecho y derecho se viese obligado a tratar con tanta formalidad a Eloy o a mí misma, que estábamos a un par de generaciones de distancia de él.

Seguro que eran complejos de famosos para sentirse importantes.

—Yo estoy muy bien, gracias.

Me acompañó hacia la parte trasera del chalet. Pude ver la piscina exterior en todo su esplendor. También los cuidados jardines y flores. Todo estaba pensado al detalle. Al fondo había una zona estilo jardín japonés, muy zen.

—Muy bonito, vaya curro habéis metido aquí —le dije al mayordomo un tanto absorta.

—Le pasaré tus felicitaciones a los jardineros, les agradecerá saberlo.

—Estupendo.

Pensé cuánta gente tendría Eloy trabajando para él. El mayordomo, la representante, jardineros (en plural, al parecer), limpieza, quizá algún conductor. Seguridad. Abogado. Alguien que le llevase las cuentas. Eloy en sí mismo era como una empresa pequeña.

Segismundo me llevó hasta una puerta trasera del chalet que nunca había visto. Observé esa entrada con sospecha.

—¿Por qué no salí por aquí el otro día? ¿Por qué me hizo Eloy salir por la ventana?

—Oh, eso deberías preguntarle al señor.

—¡Será...! Así que podría haber salido por aquí. Segis, dime la verdad. —El asistente me escuchó con la máxima atención—. ¿Es Eloy un idiota?

El mayordomo contuvo una sonrisa con la mayor de las profesionalidades.

—No, señ... María. Diría que no lo es.

—Qué vas a decir, seguro que no puedes hablar mal de él por contrato o algo así.

Él se limitó a sonreír con amabilidad y acompañarme a una gran sala, distinta de la del otro día. En cada esquina había una estantería con toda la pinta de ser por encargo. La madera oscura acogía libros y distintos adornos. Una de ellas estaba repleta de discos y parafernalia del dúo Eloy y Raúl, junto con algunos premios. Uno de ellos era una clave de sol rodeada por un círculo, era bonito.

En uno de los sofás color mostaza estaba sentado Eloy (el *señor* Eloy) con un paquete de regalo entre las manos.

—¿No has entendido el gesto que te he hecho esta mañana con las cejas para que me siguieras?

—Pues no. Creí que estabas siendo el engreído habitual.

—Yo no soy nada creído.

—¡Ja! —me reí con sarcasmo.

—Ríete menos que tengo regalos para ti. Uno es este que ves y el otro —se paró a hacer algo en el móvil— ya lo tienes en el *e-mail*.

Miré el teléfono con rapidez. El título del correo era: «Entrevista exclusiva a Eloy Santana: Nos cuenta toda la verdad».

Capítulo 5: Regalos

Me puse blanca. Pálida. Entré rápido al correo y descargué la entrevista. Era real. Eloy había cumplido con su parte. Debía frenar a Matilde antes de que subiese las imágenes del chico llorando. Abrí un mensaje directo con ella.

—¿Qué pasa, no es lo que esperabas?

—¿Por qué me hiciste salir el otro día por la ventana? —desvié la conversación mientras tecleaba para ganar tiempo.

Se rio con suavidad y dejó el otro regalo en una mesilla de madera con centro de cristal. Se acercó a mí.

—¿Estás enfadada?

—Pues sí.

—Me pareció gracioso. Y lo fue, ¿verdad?

—No lo creo.

Seguí tecleando con rapidez: «Matilde, por favor, no publiques las fotos de Eloy llorando. Ya tenemos la entrevista».

—¿Tanto te has enfadado que haces como que tu móvil es lo más interesante de esta sala?

—No eres el centro del universo.

Escribí un par de ruegos más en el mensaje a mi compañera. Listo. Enviar. Esperaba llegar a tiempo. Quizá debería llamarle para asegurarme, pero Eloy no me dejaba tranquila.

—Oye, en serio, lo siento si te molestó. Me pareció divertido, nada más. —Se colocó el flequillo y pude ver sus ojos azules arrepentidos—. Toma, abre tu regalo.

Guardé el móvil en mi riñonera con resignación y cogí el paquete. Me senté en uno de los sofás mostaza y desgarré el papel. Ahí estaba, la cámara exacta que le pedí a Segismundo. Valía algo más de mil quinientos euros.

—Oh, vaya. Gracias. Muchas gracias. Espera, tengo que hacer una llamada para asegurarme de... una cosa.

Saqué el móvil y supe que no había llegado a tiempo. Matilde respondió a mi mensaje con un «Tarde» y los enlaces directos a dónde estaba publicado. Sentí el remordimiento apretándome la tripa. El titular que ella había puesto era todo lo que se necesitaba para hacerlo viral.

*¡ÚLTIMA HORA! Eloy pillado llorando al
teléfono. ¿Con quién habla?*

—¿Estás bien?

Eloy Santana, ese al que acababa de traicionar, me miraba con preocupación. Había perdido el tono jocoso. Intenté pensar en cómo decírselo: «Verás, te vas a reír, pero...». «¡Ha sido cosa de la redactora, no he sido yo!». «Mi perro le dio al botón de enviar, yo no quería».

Los dos estábamos sentados en el sofá. Yo todavía tenía el móvil apretado en la mano con fuerza y la cámara de fotos encima del regazo. Él me quitó ambas cosas.

—Ahora, dime, ¿qué te pasa?

Se me hacía raro verlo tan serio. Conocía su faceta de cantante seductor, ese que guiñaba un ojo a la cámara, el que arqueaba una ceja cuando salía a correr, el que sonreía en una entrevista mientras se apartaba el flequillo de la cara solo para que volviese a caer al mismo sitio. Ese que

hacía bromas, era ácido y se salía con la suya. En el dúo hacía el papel de travieso. Raúl era el romántico. Por eso había tenido tanto éxito la historia de Eloy con Olaia. Por fin parecía que podía tener una relación estable con alguien. Estuvieron dos años juntos.

—Yo... es que... la cámara es demasiado cara, no puedo aceptarla.

—No te preocupes por eso, para mí no es nada.— Me vio poner los ojos en blanco—. No lo quería decir por ser... ¿cómo me has llamado antes?

—Engreído.

—Eso. Lo digo como una realidad.

¿Por qué estaba yo preocupada por este idiota? ¿Y por qué me estaba cogiendo la mano? Su mano estaba apoyada en la mía con naturalidad y, como efecto secundario, ambas reposaban en mi muslo y lo llenaban de calor. Mal momento para sentirme atraída por él. Tenía que ser clara.

—Hablando de realidades, la verdad es que...

El móvil de Eloy vibró en la mesa de cristal. Una notificación de «Marta *Manager*» apareció en la pantalla. No pude distinguir desde mi sitio lo que ponía, pero sí que adjuntaba un enlace. Estaba segura de que le acababa de enviar la noticia escrita por Matilde.

Lo siguiente pasó a cámara lenta, a excepción de mis pensamientos, que tomaron la decisión a toda prisa. Eloy empezó a girar el cuerpo hacia el móvil, que vibraba de nuevo. Antes de que su mirada alcanzase tan siquiera la pantalla, lancé la mano que tenía libre contra su rostro y lo obligué a centrar sus ojos en los míos.

Bajé la mirada a sus labios y después a sus ojos. De nuevo a sus labios, que se humedecieron. Su mano seguía entrelazada con la mía encima de mi muslo, haciendo que ese contacto pareciese imprescindible.

Me quité las gafas rojas de pasta con estudiada lentitud y las dejé en la mesilla sin cortar el contacto con él, acercándome más en el proceso. Recuerdo que lo último que pensé antes de besarlo fue: «Espero que no me denuncie por acoso».

Sus labios me recibieron con calidez. Nos tanteamos el uno al otro hasta que nuestras lenguas se encontraron. Su mano soltó la mía y se dedicó a pasearse por mi muslo. Yo acaricié su nuca para controlar el ritmo de lo que hacíamos.

Su móvil pasó de las vibraciones cortas de mensajes a llamada. Una vibración continua, insistente e irritante.

—¿Quieres apagar eso? —le susurré en la boca.

Sin decir nada, él apretó el botón lateral de su móvil hasta que este entendió que debía apagarse. Cuando volvió hacia mí, lo hizo con más fuerza. Se tumbó sobre mí, recostándose en el sofá.

Me desabroché la (nada sexy) riñonera y la dejé caer a un lado. Eloy movió su cuerpo encima de mí como si no tuviésemos ropa. Aproveché la postura para deleitarme con su cuerpo. Primero fui a por el culo (soy de culos) y lo apreté. Por haberle fotografiado en tantas ocasiones tenía una idea bastante aproximada de cómo era su cuerpo. Tocar y sentirlo era otra cosa. Él gimió sobre mi boca y bajó su mano hacia mi trasero.

Varias preguntas asaltaron mi mente: «¿Le dejo tocarme? ¿Debería parar? ¿Estoy saltándome alguna norma?».

Me pareció que no estaba incumpliendo nada. Eloy sería un arcoíris estupendo. Así era como llamábamos en la Sociedad Secreta de las Solteras a los líos de una noche, o de una mañana, como era el caso. Y menuda mañana.

Nos dedicamos a besarnos y acariciarnos hasta que tuvimos que cambiar de postura, nos iba a dar tortícolis. Me senté a horcajadas sobre él y me quité la camiseta sin ninguna vergüenza. Le

iba a enseñar mi punto fuerte, o al menos con el que más se obsesionaban los tíos. Debajo de la camiseta llevaba una camiseta interior a rayas y bajo esta asomaba el sujetador blanco y de tirantes gruesos para darme soporte. Pude ver cómo se le abrían los ojos de forma desmesurada al ver lo que escondía bajo esa camiseta ancha.

Le bajé la cara a mis pechos y mi mirada vagó por la estancia. Ahí estaban colocados en la estantería los discos de platino, o como se llamasen los premios esos que se daban cuando la gente escuchaba mucho a un cantante.

Mi mente se dio cuenta de que no era un simple arcoíris, no solo me estaba liando con un tío. Me estaba enrollando con el famoso cantante Eloy Santana. Al que había traicionado y se me había ocurrido entretener con mis labios (y mis pechos, en ese instante).

Empecé a agobiarme. No porque no quisiera seguir con él, si solo fuésemos él y yo, un hombre y una mujer, un engreído y una torpe, no pasaría nada. Seguiría. Pero la había cagado y él se daría cuenta.

Enmarqué su rostro con las manos y lo enfrenté con la intención de decirle: «Para, me he equivocado. Esto va a salir fatal». Pero me encontré con su mirada, lasciva, rendido a mí, necesitado de más. Lo besé con más fuerza, con más ganas, bebiéndome el aire entre los dos. La atracción ganó.

Capítulo 6: Nombre común

Cosas que no pensarías que te pasarían hoy:

1. Liarte con un famoso cantante *sex symbol*.
2. Que aún después del sexo, siga acariciándote el cuello, la parte interna del brazo y en general.
3. Que su mayordomo te traiga un aperitivo.

—Gracias, Segis, no hacía falta —dije poniéndome roja, y eso que ya estaba vestida.

—No hay de qué, María —dijo el mayordomo dejando una bandeja gigante en la mesilla de cristal, apartando antes el móvil del cantante.

—¿Segis? —preguntó Eloy—. Nadie te llama así.

—Solo la señorita —dijo el mayordomo y se fue.

Observé la bandeja de comida excesiva que nos había dejado. Había varios primeros y segundos platos. Era como un pequeño *buffet* a domicilio.

—Tienes que valorar más a Segis.

—Ya lo valoro —dijo Eloy, algo ofendido.

—No sé yo. ¿Por qué le haces llamarte de usted?

—Nadie le obliga, le sale solo.

—A mí eso me parece muy elitista, para sentirte tú más importante.

—Siempre dices lo que piensas, ¿verdad?

—Claro.

Eloy dejó un cuenco con pasta delante de sí mismo y me miró. No supe descifrar qué quería decir con eso, así que le di un beso corto antes de empezar a comer.

—Me pido los rollitos de primavera.

—Lo que quieras —dijo él.

—¿Y qué hacéis con la comida que sobra?

—¿Qué?

—Lo que sobra, ¿qué hacéis?

—No sé, la verdad —dijo Eloy.

—Luego le preguntaré a Segis.

—No lo dudo —dijo y se rio con suavidad.

Comimos con buen apetito y hablamos de temas inocentes, sin mucha sustancia. Fue agradable charlar con él como si fuera una persona normal y no un tipo subido en un pedestal al que las fans le tiraban su ropa interior.

Me gustaría decir que ahí terminó la cosa, que acabamos de comer, nos despedimos como dos adultos, y me marché a mi casa. No fue así. Él me propuso una ducha y, como hay que ser higiénica, acepté.

Su ducha no era como la de los mortales. Era como un pequeño vestuario, con sitio para sentarse, con hidromasaje, chorros. Había un banco estupendo en el que pudimos disfrutar el uno del otro de nuevo. Y nos volvimos a duchar.

No se sabe muy bien cómo, pero ya era la hora de cenar. Así que comimos, esta vez en una mesa de comedor grande como las de las películas, en las que la mujer y el marido se sientan en puntas opuestas. Nosotros nos sentamos al lado y nos metimos mano un poquito, de manera juguetona. Estaba siendo un arcoíris muy largo.

Ya caída la noche, le dije que debía marcharme. Por un momento me había dissociado y hecho como que no había sucedido esa publicación por parte de Matilde. Como si no estuvieran las fotos de Eloy inundando Internet.

Si hubiese sido un día normal, quedarían pocos periodistas apostados en la entrada, apenas un puñado se quedaban a cubrir la noche. Pero no había sido un día normal. Los periódicos estarían pagando horas extra a los *paparazzis* para obtener la siguiente imagen del cantante.

El resumen: debía salir por la parte trasera del chalet.

—Hoy no me voy por la ventana.

—No habría estado mal. Salir por ahí me deja tu culo muy a mano.

—Sí, para darme un empujón y tirarme a las zarzas.

Nos reímos mientras no dejábamos de mirarnos, conectados por el magnetismo de quienes se habían pasado el día entre las sábanas.

—Me marcho ya.

—No te acompaño hasta la puerta, ya sabes lo insistentes que pueden ser los fotógrafos. El otro día había uno subido a un árbol.

Me reí porque sabía exactamente qué compañero había sido, de un periódico rival. No era muy ágil, pero sí tenaz.

—No te preocupes, ya me sé el camino de memoria.

—Oye, ¿cuáles son tus apellidos?

Esa pregunta me desconcertó. Hasta que entendí lo que quería.

—¿Pretendes buscarme en Internet? ¿Hacer una búsqueda a ver qué tengo en redes?

—No es justo. Tú sabes mucho de mí y yo apenas nada de ti.

—Yo solo conocía tu imagen, no a ti.

Él se quedó pensativo ante la frase.

—Tienes razón.

—Te daré mi primer apellido.

Me acerqué a él, le di un beso (otro más) de despedida y acerqué mis labios a su oído. Sus brazos me envolvieron. Eran cálidos y me hacían querer quedarme a dormir con él.

—Me llamo María Pérez. Buena suerte buscándome en Internet.

Me separé y emprendí el camino hacia fuera de la casa.

—¿En serio? —me gritó.

—Totalmente. Te prometo que es mi apellido.

—¡No es justo! —exclamó.

Me encogí de hombros y llegué hasta la puerta de servicio, al lado de los rosales. Asomé la cabeza y vi que estaba despejado. Me fui.

El retumbar de mis pisadas en la noche me trajo de vuelta a la realidad. La burbuja de sexo, risas e intimidad en la que había estado se rompió. ¿Qué había hecho? ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Contaba Eloy como «gente del trabajo»?

Llamé directamente a Teresa, ella lo sabría.

—Oye, mi profe favorita, ¿me resuelves una duda teórica sobre las reglas de la Sociedad?

—Claro, dime. Y soy catedrática.

—Lo sé. —Picar un poco a Teresa siempre era divertido—. El caso es que he tenido un arcoíris y no sé si lo he hecho bien.

—¿Cuál es la duda?

—Es sobre la regla nº 5: «Nada de gente del trabajo». ¿Cuentan en esta categoría los famosos a los que sigo?

Esperaba que Teresa dijese algo rotundo, suele ser así. Se lo pensó.

—Técnicamente esta categoría está integrada por tus compañeros de trabajo, jefes y otras personas con las que has de relacionarte de manera asidua. Aun así, mi instinto me dice que las personas a las que sigues también entran en tu ámbito laboral.

—Pero no existe el riesgo de vernos mucho, como dices. Es algo temporal. La regla está ahí para protegernos de tener que ver todos los días a alguien que te has tirado. Muy incómodo, ¿verdad?

—Cierto. Pero ante la duda, no.

—Como siempre. Gracias.

—¿Me quieres contar qué ha pasado?

—Hoy no, estoy muy cansada. Mañana os pongo al día.

Nos dimos las buenas noches y me pasé el resto del camino pensando en lo sucedido. ¿Había llamado a Teresa para que me prohibiese ver más a Eloy? La tentación era buena, había sido un arcoíris tremendo. Todavía me venían imágenes suyas, como *flashes* breves y calentorros. Sonreí.

Cuando llegué a casa me di cuenta de que se me había olvidado la cámara nueva en casa de Eloy. Teniendo en cuenta que ya habría encendido el teléfono y descubierto mi traición, podía darla por perdida. Fue bonito mientras duró tener semejante cacharro en las manos (la cámara, digo).

Me puse el pijama antes de enfrentar lo que llevaba evitando todo el día. Mi móvil. Los mensajes de Matilde. Internet en general.

Era tan malo como esperaba. Las fotos de Eloy invadían las redes. El artículo escrito por mi compañera redactora era terriblemente atrayente. Daba muchas razones por las que él podía estar llorando. Las soltaba como teorías, pero algunas daban la sensación de ser ciertas. Así de bien escribía la muy jodida.

Las redes sociales reventaban con el *hashtag* #EloyLlora. Me dolió entrar y encontrármelo lleno de teorías absurdas y modificaciones de imágenes. La gente empezó a utilizarlo como un *meme*. Lo usaban a la hora de responder a otras cosas. Por ejemplo, había uno que se quejaba de que se le había rayado su coche, uno de gama alta. Otro le respondía con una imagen de Eloy llorando y le decía: «Pues ya sabes, a llorar». Y de ahí esa frase se extendió por las distintas redes, saltando de una a otra.

Cualquier motivo era buena ocasión para mandar a la gente a llorar. Lejos de insensibilizarme al ver la fotografía, cada vez le veía más matices. Cuando tomé esas fotos no conocía a Eloy. No sabía cómo eran sus gestos, su forma de hablar, su manera de sentir.

Ahora, al verlo llorar en las imágenes, se me encogía algo dentro.

La había cagado pero bien. Me extrañaba que no me hubiese llamado increpándome, enfadado. Algo al estilo de: «¿¿Cómo has podido hacerme esto?! ¿Me has utilizado?».

La tripa se me revolvió aún más al darme cuenta de que él podía pensar que todo formaba parte de un plan maquiavélico por mi parte. Cuando en realidad fue surgiendo de manera natural. Deseaba poder explicárselo. Pero para eso necesitaba que él me llamase, que me pidiese cuentas.

¿Y si no le importaba? ¿Y si ya le habían hecho esto en más ocasiones? ¿Y si llovía sobre mojado? ¿Y si soy una mala persona?

Pensé en escribir al correo electrónico de su mayordomo, o llamar a ese número desconocido; que con toda probabilidad también sería del asistente.

Aunque, ¿qué le iba a decir? ¿Dile a Eloy que no lo he hecho a malas? ¡Vaya desastre!

—Estoy entrando en bucle —me dije en alto para salir de él—. Voy a hacer mis estrategias.

Fui a mi cuaderno de terapia, ese que iba llenando de apuntes cada vez que estaba con la psicóloga. Busqué qué me podía ayudar. Decidí hacer una meditación de *mindfulness* centrada en la autocompasión y la amabilidad, que así dicho puede sonar extraño, pero es bastante relajante.

Al inicio pareció que no iba a hacer efecto; los pensamientos catastrofistas poblaban mi mente. Tras veinte minutos, caí rendida.

Capítulo 7: Consecuencias

Cuando me desperté lo primero que hice fue coger el móvil y comprobar los mensajes. Nada de Eloy, mucho de Matilde. Me pedía que le enviase la entrevista cuanto antes. No podíamos perder la cima de la ola. Al parecer, nuestras páginas de Sociedad, tanto en la web del propio periódico como en nuestras redes, estaban a reventar de visitas. Debíamos aprovechar el momento.

Aunque sonase irracional, estaba enfadada con Eloy. ¿Por qué no me escribía o llamaba? Debía echarme la bronca, ¡qué menos! Era como si no fuese digna de su atención. Como si fuese una mota de polvo que podía eliminarse con un gesto.

Le mandé la entrevista a Matilde. La leí por encima antes. Eloy se inventaba que tenía una novia llamada María, que estaba siendo su salvación en todo esto. Que cada vez que la miraba su corazón se paraba y demás memeces. Ni siquiera dijo ese tipo de cosas cuando estaba con Olaia. Seguro que solo lo hacía para picarle y darle celos.

Que la modelo Olaia fuese a tener celos de mí era muy de ciencia ficción. Aunque la de la entrevista no era yo; era lo que Eloy inventó sobre nosotros.

«Nosotros». ¡Qué cabreo tenía! No me lo podía quitar de encima. Para colmo, Matilde me instaba a ir pronto a casa de Eloy; no podía perderme su deporte de la mañana. La gente ya estaba especulando. ¿Saldrá a correr después del #EloyLlora?

Llegué sin ganas al chalet. Los periodistas ya estaban ahí. Unos incluso retransmitían en directo para una sobremesa de la mañana. Iba a ser el tema del día.

Matilde me escribió el plan: quería que hiciese la foto de Eloy corriendo por la mañana, como los demás medios. Dada una media hora de cortesía para que se moviesen las imágenes, ¡bam! Publicaría la entrevista. De nuevo la atención volvería a nuestro periódico.

Eloy salió a su hora habitual. Camiseta sin mangas transpirable negra, pantalones cortos rojos y zapatillas con cordones fosforescentes. Llevaba una bolsa de cartón en la mano, algo poco habitual. Un nudo me atenazó el estómago. Nervios, culpa, enfado. Temía que su expresión fuese triste o de decepción. Que me buscase con la mirada como los últimos días, pero para mostrarme su desprecio.

Los periodistas se le echaron encima. Yo mientras hacía fotos con una de mis cámaras. Clic, clic.

—¡Eloy! ¿Nos puedes decir el motivo de tus lágrimas?

—¿Quién es la chica rubia?

—¡Eloy! ¿Vas a volver con Olaia?

—¿Es cierto que fue ella quién te dejó y que estás hundido?

Eloy no echó a correr de inmediato como solía hacer, pudiendo así dejar atrás las preguntas. En vez de eso, caminó despacio entre nosotros y se cubrió los ojos con una mano para que los *flashes* no lo cegasen. Me estaba buscando. Ahora sí que me iba a caer una bronca. ¿Pensaba hacerlo delante de todo el mundo? ¿Iba a aprovechar que lo estaban grabando para humillarme? Quizá era más retorcido de lo que pensaba. Aunque me lo tenía bien merecido. Después de estar ayer todo el día juntos, no me podía ni imaginar cómo se tuvo que sentir cuando encendió el teléfono y se encontró con los mil mensajes que tendría.

No sabía qué habría pensado del *hastagh*, de los *memes*, de todo lo que habían escrito y mentido sobre él. De las teorías locas, de la gente que lo apoyaba y la que no.

Al igual que cuando me guió hasta su casa agarrándome por el (casi) culo, el pico de ansiedad me impidió entender la algarabía de preguntas que le lanzaban. Sí capté una cosa de la situación: Eloy me había localizado y andaba con paso seguro hacia mí.

Debería huir. Correr. Me daba igual lo ridículo que quedase. Girarme y correr con todas mis fuerzas. Mis piernas se limitaron a temblar. «Fantástica decisión, cuerpo», atiné a pensar.

—María —me llamó él—. Anoche te dejaste esto en mi casa.

Mis compañeros periodistas me incluyeron en la escena. Me observaron con curiosidad. Me conocían. Sabían de sobra quién era yo. En teoría podíamos ser de periódicos y noticiarios rivales, en realidad comíamos bocatas juntos mientras esperábamos a los famosos. Había mucha camaradería de la que pudiese parecer.

—Eh, esto, gracias.

Alargué la mano para coger la bolsa que él me tendía. La mayoría de compañeros dejaron de hacer fotos, no pensaban que eso fuese relevante. Hasta que Eloy tiró de la mano que yo extendía y, en vez de darme la bolsa, me acercó a él y me besó. Así, sin más.

¡Clic, clic, clic, clic, clic, clic!

Paralizada, recibí el beso, que fue un pico de lo más casto. Él se separó, me guiñó un ojo (¡me guiñó un ojo, señoras!), me dio la bolsa que cogí por mero reflejo y se fue.

¡Clic, clic, clic, clic, clic, clic!

Eloy corriendo, desapareciendo por la cuesta. Yo pasmada.

—¡Qué fuerte, María! ¡La rubia eres tú! —gritó uno de los compañeros.

—¡Ya decía yo que me sonaba! —dijo otra.

Y, de repente, dejaron de ser mis compañeros.

¡Clic, clic, clic!

—¿Desde cuándo sales con Eloy?

—¿Qué hay en la bolsa?

—¿Pasaste la noche con él?

—¿Has tenido algo que ver en la ruptura con Olaia?

—En directo desde la casa de Eloy Santana tenemos a la rubia que nos tenía intrigados a todos. María, cuéntanos, ¿cómo ha sido vuestra historia?

¡Clic, clic, clic, clic!

Ya ni me temblaban las piernas. Estaba rígida por la ansiedad. Tenía varios micrófonos delante. Apenas entendía lo que me estaban diciendo.

Sentí que alguien me agarraba del brazo derecho y tiraba de mí. Estuve a punto de zafarme, cuando me di cuenta de quién se trataba.

—¿Segis? —balbuceé.

—Venga conmigo, señorita.

—Trátame de tú —le recordé, absorta.

Él asintió y me sacó de ahí. Me metió en la casa por la puerta principal. El ruido de las cámaras, los gritos de los periodistas. Era horrible. Según crucé la puerta me agaché y me eché a llorar.

—¿Le... te traigo algo de beber? ¿Un té?

—Yo... por qué... Eloy...

—Lo siento mucho, María.

Segismundo me hizo levantar y me llevó al primer salón en el que estuve, el de la chimenea. Me sentó en el sofá y me dejó ahí balbuceando. Mi teléfono no dejaba de vibrar en la riñonera. Debería apagarlo, pero el cuerpo no me respondía.

El mayordomo me dio un pañuelo de tela para que limpiase mis lágrimas y me sonase la nariz. Trajo una bandeja con té, zumo y unas galletas.

—¿Qué hacéis con la comida que sobra? —le pregunté.

—No te preocupes por eso ahora.

—Me preocupa mucho. No tiraréis la comida, ¿verdad?

—Algunas cosas sí. —Ante mi cara dramática se apresuró a contestar—. Intentamos aprovechar lo posible los del servicio.

—Mejor, sí, eso está mejor.

—Bebe algo, te ayudará.

—Gracias.

El mayordomo desapareció y me quedé a solas con mi angustia. El té estaba demasiado caliente así que le eché zumo. Seguramente eso escandalizaría a los más *snobs*, pero así es la vida. La mezcla estaba buena. Me ayudó a centrarme lo suficiente para sacar el móvil y ponerlo en modo silencio. Tenía demasiadas notificaciones de demasiada gente.

No solo era Matilde. Tenía mensajes y llamadas de mis amigas. De algunos compañeros periodistas que estaban ahí mismo fuera de la casa. Y lo peor: de Genaro, osea, el jefe de redacción. Mi jefe. ¿Y si perdía mi trabajo por todo este lío?

Un portazo me sacó de las elucubraciones. Eloy había vuelto, lo que significaba que había estado media hora llorando sumida en mis pensamientos. Escuché cómo Eloy se encontraba con Segismundo.

—Eso ha estado muy feo, señor Eloy.

—¿Feo? ¡Si le he dado un regalo y un beso! Nada más bonito, ¿no crees? —El tono de Eloy decía todo lo contrario, era afilado, irónico.

—Menos mal que me he dado cuenta de que la señorita María estaba ahí fuera.

—Y ahí tendría que seguir. Parece mentira que te pongas de su parte después de lo que me ha hecho.

Ahí estaba, la punzada de culpa retorciéndome el estómago. Claro que Eloy estaba enfadado. Solo que su forma de expresarlo había sido distinta a la que esperaba.

—Quizá debería moderar sus palabras. La he traído a casa.

—¡¿Cómo?! ¿Dónde está?

Segismundo debió hacerle un gesto señalando dónde estaba porque al poco apareció Eloy en el salón. Noté su mirada sobre mí. Encogida, hecha una bola e intentando desaparecer de la faz de la tierra. No me atreví a mirarlo.

—¿Has estado llorando?

No sé para qué lo preguntaba. Debía ser bastante evidente. Todavía agarraba el pañuelo de tela que me había ofrecido Segis y mis ojos estaban hinchados. Los segundos se extendieron. No sé por qué no me decía que me largase de su casa.

—Me voy a duchar.

Cuando se giró para marcharse me atreví a levantar la mirada. Me dio tiempo a ver su espalda desnuda, húmeda por el sudor. Se había quitado la camiseta y enganchado en el pantalón como solía hacer cuando salía a correr. Aparté la vista y me volví a centrar en mi desgracia. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a salir de esa casa con todos esos periodistas fuera?

Saqué el teléfono. No sabía ni por dónde empezar. Tenía ya seis llamadas perdidas de Genaro y siete de Matilde. Decidí leer el mensaje que menos daño me pudiese hacer, uno de mi amiga Helena.

«Tienes la redacción del periódico alterada. ¿Qué haces besándote con el cantante ese?

¿Necesitas una reunión?». Le contesté que sí, que preparase algo para esta noche, que avisase a las demás.

Al segundo de darle a enviar apareció en la pantalla el nombre de mi jefe en grande. Si me iba a echar, lo mejor era saberlo ya. Quizá tendría que aprovechar mi efímera fama y dedicarme a ser tertuliana en algún programa. Un escalofrío de terror me recorrió el cuerpo. Jamás podría hacer eso. Yo estaba hecha para estar detrás de las cámaras.

—¿Sí?

—¡María! ¡María!

—Sí, soy yo —dije, aunque era evidente si me había llamado él.

—¡Eres la rubia!

—Sí.

—¡Eso es genial!

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto. Lo mejor que nos podía pasar. Matilde ya está escribiendo un artículo sobre ti. Haz el favor de cogerle el teléfono que no quiere inventarse mucho, por respeto, ¿de acuerdo?

—Dile que se espere.

—¿Sigues en la casa de Eloy?

—Sí.

Debían de estar retransmitiéndolo en los programas del corazón de la mañana. Imaginarles hablando de mí me puso más nerviosa.

—Perfecto. Qué bien. Genial Excelente. Dice Matilde que le mandes una foto, espera, que te la paso.

—¡María! ¿Cómo me has podido esconder esto?

—Yo...

—Mándame una foto vuestra YA.

—Es que...

—Y cuanto más juntos, mejor.

—Pero...

—Estoy haciendo un artículo y quedará genial.

—No puedo. Está en la ducha. E igual cortamos, no sé.

No tenía ni idea de qué decir, de qué inventarme.

—¿Qué dices? ¡De eso nada! Aguanta, que nos forramos. ¡Tenemos la exclusiva! ¡TÚ eres la exclusiva!

Escuché un cambio de interlocutor, mi jefe había recuperado el teléfono.

—¿María?

—¿Sí?

—Ya has oído a Matilde. Confiamos en ti.

Y colgó.

Capítulo 8: El poder del pelo mojado

Para cuando Eloy salió de la ducha, yo estaba algo más tranquila. Quizá Segismundo puso ansiolíticos en mi zumo.

Eloy entró en la sala con una camiseta azul marino ceñida, vaqueros y el pelo mojado. Lo primero que pensé fue que no era justo que estuviese tan guapo con el pelo húmedo. Mi futuro laboral, personal y básicamente mi vida entera estaba en arenas movedizas, y yo pensando en lo guapo que estaba. Los nervios pueden ser muy traicioneros.

—Me alegro de que sigas aquí —dijo él.

—¿Sí? —pregunté, incrédula.

—Siento haber sido un idiota antes.

—Ah.

—¿No te tienes que disculpar tú también?

—Ah, sí. Siento lo de las fotos. —Intenté organizar lo que le quería decir—. Se las mandé a mi compañera antes de saber que habías hecho la entrevista. Pensé que me estabas tomando el pelo y que nunca me la ibas a dar. Incluso le escribí y le llamé para que no subiese las fotos, pero ya era demasiado tarde.

—Entiendo.

Me sorprendía que me estuviese escuchando tan calmado cuando antes parecía darle urticaria haberme encontrado en su casa. Pronto averigüé el porqué.

—He hablado con mi *manager*. Dice que me viene bien el arco de nuestra historia y que le demos más protagonismo. ¿Te vienes a cenar hoy?

—He quedado —dije de inmediato. Me salió como una mentira rápida, aunque me di cuenta de que era verdad, luego vería a las chicas.

—¿Mañana?

—También he quedado.

—A ver, que tengo que decirlo todo. ¿Te parece bien que nos hagan unas fotos aquí y allá de vez en cuando? No tienes que besarme ni nada, solo que nos vean por ahí. Quizá pasear de la mano. Algo sencillo, simple, puro. Me ha dicho mi *manager* que un perfil como el tuyo me va a ayudar mucho.

Parpadeé varias veces seguidas. El enfado crecía en mi interior.

—Dame un segundo a ver si lo estoy entendiendo. ¿Me estás ofreciendo fingir que salimos?

—A cambio de dinero, para ser más exacto. Considera la cámara como un adelanto.

—¡No quiero tu dinero! —exclamé furiosa y, con mucho dolor—. ¡Ni tu cámara! ¿Y qué demonios significa alguien de «mi perfil»?

—Eres la chica más... real con la que he salido.

—¿Te estás metiendo con mi talla?

—No, de verdad. Me encanta tu cuerpo. Creo que ayer lo dejé claro. Es solo que... en el mundo en el que me muevo la gente tiende a ser... no sé cómo explicarlo.

—¿Muy delgada?

—Artificial. Esa sería una mejor palabra. Pero tú dices lo que piensas.

—¡Qué mínimo!

Me giré hacia la puerta trasera. Quería marcharme cuanto antes.

—¡Espera!

Se puso delante de mí, con su maldito pelo mojado.

—Lo siento, esta vez de verdad. No tenía ningún derecho a exponerte así ante las cámaras.

—Pues no.

—Yo he aceptado tus disculpas. ¿Aceptas las mías?

—Claro. ¿Me dejas pasar?

Puse mis manos en su pecho para apartarlo. Él las cogió.

—Proponerte ese trato ha sido de capullo, ¿verdad?

—Sí.

—Discúlpame por eso también. Y llévate la cámara.

—¿Para qué? Mañana no puedo venir aquí a hacerte fotos. Has invalidado mi trabajo. Si vengo, seré yo la que acabe en los periódicos.

Eloy se llevó la mano al pelo en un gesto nervioso. Se mordió el labio. Su rostro empezaba a reflejar que entendía lo que suponían sus actos.

—Sí que la he cagado.

Me liberé del agarre de sus manos y lo examiné con ojo crítico. Por culpa de este cantante acababa de perder mi sustento. ¿Qué iba a hacer ahora?

Recordé la conversación con Matilde y Genaro. No distaría mucho de lo que le habría dicho a Eloy su representante. Querían que siguiésemos juntos, al menos de cara a la gente. La palabra «seguir» era muy osada. Solo habíamos estado un día juntos. Uno. Lo demás era humo.

—Me voy.

—Llévate la cámara. Es lo mínimo que puedo hacer.

Negué con la cabeza. Tener dignidad me iba a salir muy caro (exactamente mil seiscientos euros). Fui a la puerta trasera del chalet y miré la piscina exterior como si perteneciese a otro planeta. Eloy vivía en otro planeta, uno que yo no quería visitar.

En el patio esperaba el mayordomo, dispuesto a acompañarme hasta la puerta exterior. No me despedí de Eloy. Anduve el camino seguida en silencio por Segismundo.

Tampoco me quise girar al llegar a la puerta, como hice en las dos últimas ocasiones que estuve ahí.

—Adiós, Segis. Gracias por tu amabilidad.

—No hay de qué, María. Y lo siento mucho. El señor Eloy ha actuado de manera impulsiva, pero está arrepentido.

—Yo tampoco he sido una santa. Será mejor que me marche ya.

Abrí la puerta y vi a un grupo de periodistas en la intersección de la carretera. Intentaban cubrir tanto la entrada principal como la de servicio. Debían haber caído en la cuenta de que nadie me vio salir anoche, y Eloy había mencionado que estuve en el chalet. Me vieron enseguida. ¡Clic, clic, clic!

—¡María, María!

—¡Espera, María!

Eché a correr hasta perderme en las calles de la ciudad. Cogí un taxi para volver a casa. En el trayecto llamé a Helena y le pedí un cambio de planes; que viniesen a mi casa a cenar. No quería salir. Solo hacerme una bola en el sofá y desaparecer.

Cuando llegué a mi barrio respiré algo más tranquila. Edificios desiguales, tiendas pequeñas. Un callejón con una rata negra. Espera, ¿una rata?

El animal venía directo hacia mí. Parpadeé varias veces. Tal vez Segismundo me había drogado (poco probable) o yo había perdido la cabeza (más probable).

—¡Cui, cui, cui! —gritó la rata.

Di un paso hacia atrás y grité. ¿Por qué venía hacia mí? Aunque, espera, ¿acaso era eso una rata? Parecía otro tipo de roedor. Lo observé mientras esquivaba sus avances hacia mí, estaba claro que quería venir conmigo.

—¿Eres una cobaya? —le pregunté. Una señora mayor pasó a nuestro lado con el carro de la compra—. ¿Le parece a usted una cobaya?

La señora miró al animal con repugnancia y apretó el paso.

—Yo creo que sí —contesté—. Vale, espera.

Miré en derredor y localicé una caja de cartón. La acerqué al roedor que, para mi sorpresa, entró con gusto.

—Bien. Vale. ¿Y ahora qué?

No estaba segura de si en el veterinario del barrio atenderían animales exóticos. ¿Era una cobaya exótica? Llamé antes por si acaso. No me atrevía a tocar al bicho sin algún tipo de examen previo.

La veterinaria me dijo que sí atendían cobayas, aunque el precio era algo superior. Me dirigí allí sin dudar.

De repente, atender a ese roedor se convirtió en el nuevo propósito de mi vida. Lo demás no importaba. No pensaría en nada más. Ni en cantantes, ni en entrevistas, ni en fotografías de prensa. Anduve los diez minutos que me separaban de la clínica veterinaria con paso firme, segura de mí misma.

—Yo te cuidaré —le dije al roedor.

—¡Cui, cui!

Tomé eso como un «¡Gracias, eres mi salvadora!». En el veterinario tuve que esperar a que pasasen antes dos perros y un gato que tenían cita. Después me llegó el turno.

La veterinaria, una mujer muy afable, y el auxiliar de veterinaria, un joven tímido, examinaron al animal.

—A ver qué tenemos aquí —dijo la veterinaria.

Se puso guantes y examinó al roedor, que se acercó a olisquear su mano y le hizo unos cuantos «cui, cui» muy felices.

—Es una cobaya. Parece una americana de pelo corto, pero primero habremos de lavarla. A saber dónde ha estado para ponerse tan negra.

—¿No es de ese color entonces?

—No, aquí hay unos mechones blancos. Su piel parece en buen estado. Vamos a lavarla.

La veterinaria y el auxiliar la llevaron al fregadero y allí prepararon una bañera pequeña con apenas un centímetro de agua. Metieron a la cobaya y empezaron a frotar su pelo con champú especial.

—Esta cobaya es casera —dijo la veterinaria—. Es muy sociable y está bien entrenada. Las cobayas de por sí son muy tímidas y huidizas, así que lo más seguro es que se haya escapado de alguna casa.

—Vaya. Pondré carteles. ¿La gente pone carteles por las cobayas?

—Sí, claro. Y a veces nos preguntan a nosotros, así que luego te abrimos ficha. —Dirigió de nuevo su atención a la cobaya—. Qué bien te portas, lo estás haciendo genial. Mira, si ya sabía yo. Aquí tienes blanco, aquí negro y aquí naranja. Es una bonita cobaya tricolor. Es chico.

Como para apuntar sus palabras, la cobaya hizo su sonido feliz.

—Vamos a darle algo de comer. ¿Le quieres dar tú, y así te va cogiendo confianza?

—Vale.

Me acerqué a la cobaya y la observé. Tenía el pelo mojado y era preciosa. ¿Desde cuando un roedor podía ser tan bonito? Le dimos comida y agua, algo que aceptó con ansia. Pobrecito, a saber dónde había estado.

—¿Es seguro tocarlo? —le pregunté.

—Sí, puedes tocarlo con tranquilidad. Las cobayas no transmiten enfermedades al ser humano, quitando un par de la piel, y él la tiene en perfecto estado.

—Si me muerde no me contagiará la rabia ni nada de eso, ¿no?

—No tienen rabia.

—¿Y vacunas?

—Tampoco necesita. Lo que si le voy a dar es un tratamiento desparasitador.

—Gracias.

—Por cierto, no bañes a la cobaya en casa, los roedores se lavan solos. Hoy ha sido una excepción para poder quitarle la suciedad y examinarle bien.

La veterinaria fue muy amable, estuvo casi una hora explicándome como cuidar a la cobaya. También me vendió una jaula muy grande con dos pisos, comida y un montón de cosas más. Rellenamos la ficha, que iría a nombre de la cobaya y no al mío, lo cual me pareció muy divertido.

—Solo nos falta una cosa. El nombre. ¿Cómo se va a llamar?

Capítulo 9: Rodolfo

Imagina la escena: tres mujeres brillantes y bellas sentadas en mi sofá. A un lado, Helena, la periodista de Internacional, con una trenza pelirroja reposando en su pecho. En el medio, Abril, la cardiocirujana, con un mono vaporoso. Cerrando la comitiva, Teresa, la ingeniera, con una camisa blanca y pantalones de tiro alto. Todas escuchándome a mí, de pie, en chándal y con una cobaya en las manos.

—Además, Rodolfo es súper cariñoso, mira, ¿queréis cogerlo?

—Quita esa rata de mi cara —dijo Teresa.

—Es una cobaya, ya os lo he explicado siete veces.

—Lo que sea.

—Yo... prefiero no cogerla, tengo que cuidar mis manos —dijo Abril.

Helena se limitó a negar con la cabeza.

—Bueno, no pasa nada. Mirad lo que sabe hacer. Es muy listo.

Dejé a Rodolfo en el suelo y mis amigas, como si hubiesen practicado natación sincronizada juntas, subieron las piernas al sofá a la vez.

—¡No lo sueltes! —exclamó Teresa.

—Esperad, dadle una oportunidad. Rodolfo, ven aquí, gordito. Mira, toma.

Le ofrecí un aperitivo de manzana hecho para roedores que le encantaba. En vez de dárselo directamente, hice un giro encima de él. Rodolfo giró.

—¡Guau! —exclamó Abril—. ¿Le has enseñado a hacer eso?

—No, ya lo sabía. He estado investigando mucho en Internet. He visto algunos trucos que se les enseñan y este es el único que he averiguado que sabe.

—Lo que da más peso a la teoría de que es un animal casero que se ha escapado —apuntó Teresa sin dejar de vigilar a la cobaya.

—¡Eso es! Mañana mismo prepararé carteles. Le tengo que sacar una buena foto, no os creáis que es tan fácil. Y si nadie lo reclama seguramente me coja otra cobaya.

—¡¿Otra?! —exclamó Teresa horrorizada.

—Sí, he leído que son muy sociables y que se necesitan al menos dos. He visto una chica en Internet que tiene montado un recinto muy chulo con espacio para cinco cobayas.

—¡¿Cinco?! —

—Tranquila, Teresa, no cogería cinco. Al menos de momento.

—María, ¿puedes guardar un momento a la cobaya? —me preguntó Helena.

—Rodolfo. Se llama Rodolfo.

—Está bien. ¿Te importaría guardar a Rodolfo un momento?

—Sí, claro, luego lo soltaré de nuevo. Os habréis fijado en que he asegurado el salón. Mañana quiero ampliar a otra estancia más para que pueda correr mejor. ¿Y sabéis qué es hacer *zoom*?

En cuanto dejé a Rodolfo en su jaula, Helena se levantó y me cogió por los hombros. Hizo que su mirada coincidiese con la mía.

—María. Para. Deja de hablar de la cob... de Rodolfo por un momento. Llevas —miró el reloj— una hora y cuarto sin parar de hablar.

—¿Sí? —pregunté contrariada, no me había parecido tanto tiempo.

—Hemos visto las imágenes del cantante besándote y dejándote plantada. Y cómo fue su

asistente a recogerte y meterte en el chalet del cantante.

Sus palabras fueron como una bofetada de realidad, una a la que no quería regresar.

—¿Fue con él con quien tuviste un arcoíris de una noche? —preguntó Teresa.

—¡¿Que te has acostado con Eloy Santana?! —gritó Abril.

Cerré los ojos y asentí. Solo quería entrar en Internet y seguir buscando vídeos de cobayas y sus dueños. Había un canal con más de cien mil suscriptores donde daban muy buenos consejos.

—María, ¿qué ha pasado? Cuéntanos —insistió Helena.

—No me apetece hablar de ello.

—Pero nos has convocado a tu casa —dijo Abril.

—Ya, porque necesitaba ayuda. Ahora que tengo a Rodolfo, estoy bien.

Me miraron como si me hubiese vuelto loca. Quizá había sucedido ya, no lo niego.

—A decir verdad, Matilde me ha pedido que hable contigo —dijo Helena.

Aunque la pelirroja trabajaba en Internacional, nos conocíamos todos. Matilde sabía de sobra que Helena y yo éramos amigas y quedábamos fuera de la oficina.

—Me ha dicho que te insista para que le mandes una foto de Eloy y tuya.

—¡No hay ninguna foto! —grité volviendo a sentir toda la angustia—. ¡No hay nada! ¿Sabéis que me ha ofrecido dinero por fingir que salía con él?

—Menudo asqueroso. ¿Le pinchamos las ruedas?

—¡Abril! —regañó Teresa a la cardiocirujana—. Lo que hay que hacer es pensar un plan de contingencias. Dinos exactamente cuál es la situación y planificaremos. Si hace falta, haré un excel.

—Nunca hace falta un excel —se quejó Abril.

Helena me cogió del brazo y me instó a sentarme en el sofá.

—Venga, cuéntanos.

Suspiré y dejé caer la cabeza.

—En realidad, no hay mucho que contar. Lo sabéis casi todo. Ya os conté el momento en el que casi me tocó el culo, lo que salió en redes. Luego me invitó a su casa para darme la cámara. Yo para entonces ya le había mandado las fotos a Matilde. Y justo él me pasó la entrevista. Quise frenar la publicación de sus fotos llorando, pero era demasiado tarde. Su móvil empezó a vibrar con notificaciones de su representante. ¡Tenía que distraerlo de alguna manera!

—¿Acostándote con él? —preguntó Teresa.

—¡Pues sí! Es que... había mucha tensión, ya me entendéis. De la buena, de la que te incita a repetir. Al final, una cosa llevó a la otra. No sé, no pensé con claridad.

—Eso seguro —dijo Teresa, que recibió un codazo de Abril para que se moderase.

—El caso es que estuvo muy bien. Un pedazo de arcoíris en toda regla. Ahí es cuando te llamé agobiada.

—Sí, lo recuerdo. También mi consejo, ¿verdad?

—Sí. Pero vio las fotos que publicamos de él llorando y decidió vengarse. Ya sabéis como lo ha hecho, simplemente salió y me besó delante de todo el mundo.

—¿No era algo acordado? —preguntó Helena. Negué con la cabeza—. Pues se le puede caer el pelo por eso.

—No quiero meterme en más líos... os recuerdo que primero me colé *un poquito* en su chalet. Él me dijo que podía denunciarme por allanamiento de morada.

—Te rompió la cámara.

—Pero me compró otra.

¿Por qué estaba defendiéndolo?

—Déjame dibujar una línea de sucesos.

Teresa cogió un folio en blanco y fue poniendo los datos importantes. A ella le ayudaría a pensar, a mí me agobiaba.

—¿Qué voy a hacer?

—Yo iría a trabajar como si no hubiera pasado nada —propuso Abril—. Cuando vean que lo único que haces es mirar al frente y sacar fotos, te dejarán en paz.

—No funciona así —le dije—. Me agobiarán. Me harán preguntas e interpretarán mi silencio o cualquier gesto que haga como una respuesta.

—Cierto —me apoyó Helena—. Creo que lo mejor que puedes hacer es ir a la redacción y hablar con Matilde y Genaro. Diles que ha sido una pequeña venganza por poner sus fotos llorando, pero que no hay nada entre vosotros.

—No les cuentes que te has acostado con él —añadió Abril.

—Se sobreentiende —dijo Helena.

Estuvieron discutiendo sobre cómo debía hablar con Matilde y Genaro. Escuché con atención y tomé todas las notas mentales que pude. El plan tomaba forma. Podría hacer un comunicado diciendo que fue una broma del cantante, nada más.

Hicimos unos macarrones con tomate a las once de la noche y los devoramos. Hacer planes de contingencia era agotador. Todas teníamos trabajo al día siguiente, pero ninguna se quejó. Me alegré mucho por pertenecer a la Sociedad Secreta de las Solteras.

Cuando me acosté esa noche pensé que, con el apoyo de ellas, y el de Rodolfo, podría con todo.

Capítulo 10: El Contemporáneo

La redacción del periódico El Contemporáneo cumplía con las expectativas. Salas amplias y de concepto abierto. Esos cubículos de trabajo de los que tanto se quejaban los americanos habrían sido el culmen de la intimidad comparado con las líneas de mesas que conformaban la oficina.

En todo momento alguien podía ver tu pantalla. Por suerte para mí, pasaba poco por la oficina. El trabajo de campo me mantenía activa y, gracias a Internet, solo tenía que apretar unas cuantas teclas para que mis fotografías llegasen a mis compañeros.

Siguiendo el consejo de Helena, llevaba un *power outfit*; lo que significaba vestirme muy bien para destilar poder. Era una combinación de traje y chaqueta elegante y unos tacones clásicos. Me había recogido el lado derecho del pelo, dejando que mi media melena rubia cayese por el otro lado. Mis gafas rojas de pasta completaban la imagen. Estaba lista.

En cuanto entré en la redacción sentí como si estuviese en el instituto. Una ola de susurros y comentarios recorrieron las filas. Un par de idiotas incluso aplaudieron.

Matilde se levantó para llegar a mi encuentro. Su rostro estaba tenso y emocionado a la vez.

—¡Qué bien que has venido! —exclamó, aunque sonó a «Si no hubieses venido, te habría traído yo de los pelos»—. Vamos, Genaro te está esperando en su despacho.

Fuimos a la oficina del jefe de redacción. Esta sí tenía paredes, aunque eran de cristal. La pantalla de su ordenador quedaba oculta a los demás, el lujo de ser un jefe.

—¡María! ¡Qué alegría! —exclamó Genaro y avanzó a darme dos besos.

Yo solía ser bastante efusiva al saludar. No en ese momento, que sentí cada contacto como una intrusión.

—¡Estamos en la ola! ¡En la cúspide! —exclamó el jefe—. ¿Nos has traído las fotos?

—No hay fotos de Eloy y mías. No somos pareja. No somos nada —dije tajante, tal y como planeé con mis amigas.

—¿Cómo? ¡Si te besó delante de todo el mundo!

—Y te agarró del culo —añadió Matilde.

Me contuve de corregirle: no era el culo, era el casi culo. Seguí mi guion:

—Ha sido un malentendido, una broma del cantante, en realidad. Se enfadó mucho porque saliesen las fotos de él llorando y decidió vengarse así, poniéndome en el punto de mira.

Pude ver la confusión y decepción inundando sus rostros. El de Matilde se recuperó antes.

—Eso no importa. Nosotros controlaremos la narrativa como queramos.

Para qué tener enemigos, pudiendo tener a Matilde de compañera.

—La historia que yo quiero contar es la que me permita volver a mi trabajo con normalidad —dije firme, recordando las palabras de Teresa. De hecho, me imaginé que era Teresa—. No toleraré otra cosa.

Clavé el tono de voz de catedrática listísima que está harta de hablar con gente idiota. Continué.

—Haremos un comunicado diciendo que fue una broma de Eloy y rogaremos que me dejen en paz.

Genaro se sentó en su silla de jefe (grande, negra, acolchada), y se quedó pensativo.

—Eso reduciría las visitas que tenemos.

—Es más, ni siquiera las fomentaría —dijo Matilde—. Ya sabéis que una noticia falsa tiene

una penetración increíble, mientras que el comunicado desmintiéndola apenas llega a la población. No interesa. Y no queremos publicar cosas que no interesen, ¿no creéis?

El plan. ¿Cuál era el plan? Mantenerme en lo mío. Disco rayado.

—Es mi vida la que está en juego. Soy una profesional y debo seguir trabajando. Para ello, tengo que poder estar en las sombras, no ser el foco. Y más por algo que es falso. No hay nada entre ese cantante y yo.

—¡Pero lo parece! —exclamó Matilde—. Tenemos al cantante cogiéndote el culo, besándote y, publicada ayer mismo, la entrevista diciendo lo mucho que te adora y cómo conocerte le ha sacado del pozo.

—¡Es mentira! ¡Y es mi vida! No toleraré otra cosa —repetí, a ver si tenía efecto.

—No nos alteremos —medió Genaro—. Dejadme pensar en los siguientes pasos. María, vuelve a tu puesto de trabajo.

Observé a Matilde. ¿Se iba a quedar ella a pensar con Genaro lo siguiente que hacer conmigo, pero sin mí?

Asertividad: hacer valer tus derechos sin aplastar los del otro. Debía ser asertiva. Y quizá lo hubiese conseguido si no hubiese tenido unas tremendas ganas de llorar. Dejé el despacho en silencio y fui al baño a paso rápido. Cerré con pestillo y dejé que las lágrimas cayesen. Quería gritar de frustración, pero temía que me oyesen desde fuera.

Saqué el teléfono con manos temblorosas. Helena, que habitualmente estaba a una planta de distancia, estaba fuera haciendo una entrevista a alguien. Escribí en el chat grupal de la Sociedad Secreta de las Solteras en busca de consejo. No todas me leyeron al instante, pero las que sí lo tenían claro: debía mantenerme firme. Incluso les podía denunciar si decían cosas sobre mí que no eran ciertas. Logré coger algo de energía y tranquilizarme.

Fui a mi puesto de trabajo, abrí la sesión en mi ordenador y busqué cómo funcionaban las denuncias por difamación.

Cuando Matilde me pidió que regresase al despacho de Genaro, estaba lista. El jefe de redacción llevó la voz cantante.

—María, ya hemos decidido lo que vamos a hacer. Lo primero, ¿te niegas a que publiquemos tu historia con Eloy Santana?

—Me niego.

—En ese caso, no podemos obligarte, nos lo han dejado claro los de recursos humanos. Lo que hagan otros periódicos es cosa de ellos, pero en el nuestro, siendo tú nuestra empleada, no te haremos dar esos pasos.

Suspiré aliviada. Quizá las cosas podían salir bien.

—Lo que sí podemos hacer es mandarte a trabajar con normalidad, esto es, que continúes haciendo lo que ya hacías. Cubre a Eloy Santana. ¿Que sale a correr? Queremos esas fotos. ¿Que va a cenar por ahí? Las fotos. ¿Su próximo concierto? Irás a cubrirlo.

—Pero si voy los demás periodistas no me dejarán trabajar, me acosarán.

Genaro se encogió de hombros. Matilde estaba apoyada en su mesa con los brazos cruzados y una sonrisa compasiva. Habló ella.

—A no ser que quieras reconsiderar la oferta y dejarnos publicar tu historia con Eloy Santana. No tendrías que cubrirle más, como es lógico. Escribiría un artículo de muy buen gusto.

—¡Que no hay historia con Eloy! Y esto que estáis haciendo es chantaje.

—¿Mandarte a tu puesto de trabajo habitual? —preguntó él—. No lo creo.

Las lágrimas volvieron a acudir a mis ojos, esta vez de rabia. Apreté los puños con fuerza.

—Eso es todo, gracias. Volved al trabajo —dijo Genaro y miró su pantalla como si ya nos

hubiésemos ido.

Cuando salimos de ahí, Matilde se puso a mi lado y me habló con tono amistoso.

—María, no te lo tomes a mal. No podemos desaprovechar esta oportunidad. Y piénsate lo de la historia con el cantante, sea verdad o no. No sabes el empujón que nos puede dar. Podemos tener un buen bonus a fin de mes.

—Matilde, no quiero hablar contigo ahora. Me voy a trabajar.

Fui educada y tajante. Creo que contaba como ser asertiva, y más después de lo que había soportado en ese despacho.

Fui a mi ordenador y abrí los periódicos y redes sociales de la competencia. Mi pantalla se inundó del beso entre Eloy yo, rodeados de *paparazzis* sorprendidos y que jaleaban. Una de las imágenes era muy buena, se veía el agarre que me había hecho Eloy en la muñeca para acercarme a él. Su brazo estaba tensionado, marcando los músculos. Captaba el dinamismo y emoción del momento. Me recordó a esa famosa foto del soldado al regresar de la guerra.

Ordené la cronología por lo más reciente, intentando apartar ese beso de mi cabeza. Lo que necesitaba era saber dónde estaba Eloy en ese instante. ¿Querían que hiciese mi trabajo? Lo haría. Era una auténtica profesional.

Las últimas imágenes lo ubicaban en una cafetería del centro a no mucha distancia de donde se encontraba la redacción. En quince minutos andando podría estar allí. Cogí una de mis cámaras y me fui.

Por el camino fui consciente de que no llevaba mi atuendo de trabajo habitual, esto era, vaqueros, camiseta, deportivas, cosas cómodas. Iba «disfrazada» como una alta ejecutiva. Los tacones me empezaron a rozar.

Cuando llegué al sitio en cuestión, vi a la prensa apostada a unos metros de la cafetería, en la valla que delimitaba el inicio de la terraza.

Me vieron enseguida, hicieron un giro y corrieron hacia mí.

¡Clic, clic, clic!

—¡María! ¿Has quedado con Eloy?

—¿Por eso te has arreglado tanto?

—¡María! ¿Qué piensas de lo que ha dicho de ti en la entrevista?

—¡María! ¿Tú también estás enamorada?

¡Clic, clic, clic!

«No reaccionar, no reaccionar», me dije. Me abrí paso entre los *flashes*, los micrófonos y las preguntas. Mantener una cara neutra era de lo más difícil, así que el resultado fue tener cara de mala hostia.

Llegué a la valla de la terraza y saqué mi cámara. Empecé a hacer fotos a Eloy. Intenté abstraerme, como si no me estuviesen fotografiando a mí.

Clic, clic. Eloy sentado en una terraza, dando un sorbo a una bebida. Clic, clic. Eloy mirando su teléfono. Clic, clic. Eloy levantando la mirada hacia mí, con el ceño fruncido. Después, una sonrisa. Eloy escribiendo algo en su teléfono. Clic, clic.

Me vibró el móvil. Era de un número desconocido: «Te he echado de menos esta mañana acechando entre los rosales».

Miré el mensaje con enfado. ¿A qué estaba jugando?

Mis compañeros seguían haciéndome preguntas y fotos. Mientras, yo intentaba dissociarme. Tecleé con rapidez: «No acecho, hago mi trabajo».

Él me respondió enseguida: «¿Tienes sed? ¿Te pido algo?».

Negué con la cabeza. Estaría buscando la manera de que nos sacasen otra foto juntos. Menudo

idiota. No me pensé la contestación: «No me acerco a ti ni loca».

En ese instante recibí un mensaje de Matilde preguntándome si había llegado ya y pidiéndome que le mandase las fotos cuanto antes. Se las mandé sin revisar. Normalmente le hacía una pre-selección con las más interesantes. En esta ocasión sentía demasiada rabia como para trabajar para ella. Que se dejase Matilde los ojos para elegir entre las más de cien fotos que había (es lo que tiene el modo ráfaga).

Otra vibración, otro mensaje de Eloy. «No decías eso el otro día».

Me alegró tener ya puesta la cara de mala hostia, porque pegaba muchísimo con lo que sentía en el momento.

«¿Te ha poseído hoy un idiota engreído? Ah, no, que ya eres así».

A través del objetivo de mi cámara pude ver que no le había hecho gracia mi respuesta. Su sonrisa era más tensa, menos segura. Estuvo un rato sin contestarme. Se comió un pincho.

Lo bueno fue que mis compañeros empezaron a cansarse. Una hora de acoso les fue suficiente. Redirigieron la mayor parte de su atención hacia el que era realmente famoso.

Al poco, recibí dos enlaces del cantante. Uno era de un periódico rival. Salía una fotografía de la escena actual: yo con traje y tacones haciéndole fotos a Eloy.

El otro enlace era a mi propio periódico. La redactora era Matilde.

*EXCLUSIVA: ¿Quieres ver qué foto le ha
hecho hoy María a Eloy?*

Eligió una de las fotos en las que Eloy miraba directamente a cámara (a mí) y sonreía. Matilde hablaba de sonrisa cómplice. Quise estrangularla.

También hablaba muy bien de mí, de la gran ética de trabajo que tenía por seguir cumpliendo mis funciones.

Cuando por fin Eloy se levantó y se marchó a casa fue un alivio. La jornada de trabajo fue dura.

Capítulo 11: El camino difícil

Que no iba a dormir bien era algo que sabía con antelación antes de acostarme. Lo que no imaginaba era la razón de esto. No fue el lío en el que andaba metida, o mis anticipaciones ansiosas de todos los escenarios desastrosos que podían suceder.

La razón fue un apuesto roedor que disfrutaba de la nocturnidad. Se tiró toda la noche hablando (gritando) en su propio idioma y royendo todo lo que podía en la jaula.

No le gustaba estar encerrado. Estaba tan desesperada escuchándole rascar y roer que pensé en dejarlo suelto por la sala, al fin y al cabo, estaba preparada para él.

Una idea llegó a mi mente con simpleza y arrasadores tintes de realidad: de quien fuera la cobaya, la dejó libre por la noche. En la jaula era insoportable. Por eso se escaparía.

Me pasé la madrugada imaginando cómo podría acondicionar mi sala para que fuese segura para Rodolfo. ¿Podía roer a través del sofá? ¿Escalar sobre él y marcharse? Quizá era mejor el baño. Pero ¿y si se colaba bajo la taza y se ahogaba?

Cuando me sonó el despertador, estaba más agotada que cuando fui a la cama.

Esa mañana sí me vestí con mi ropa habitual; vaqueros, camiseta azul algo ancha y zapatillas deportivas.

Me dirigí a mi trabajo de las últimas semanas, esto es, la casa de Eloy. No quise ir a la zona de la entrada y que me fotografiasen, así que se me ocurrió ir al camino de tierra por donde sabía que Eloy correría.

Mientras esperaba, recibí sendos mensajes de Matilde y Genaro recordándome que tenía que hacer mi trabajo. Les respondí con un icono de una mano haciendo el símbolo de OK, aunque con gusto les hubiese mandado el que sacaba el dedo del medio.

Los minutos pasaban y yo no hacía más que comprobar el reloj. Se estaba retrasando su hora de salida habitual. ¿Y si hoy no salía a correr? No podría tener fotos y no quería que las cosas se pusiesen peor en el trabajo.

Me entretuve fotografiando a los árboles y probando distintos enfoques. Debía confesar que estaba estrenando la nueva cámara. Me la había ganado y era una auténtica pasada. Al final me concentré tanto en esto, que casi me perdí la aparición de Eloy.

Corría con unos pantalones cortos negros, camiseta azul eléctrico, zapatillas horteras.

Clic, clic, clic.

Dejé el enfoque en automático, todavía no controlaba el modo manual de la nueva cámara. Observé un segundo las imágenes que estaba tomando y sonreí. La luz que se colaba entre los árboles era muy buena. Clic, clic, clic.

Eloy pasó a dos metros de mí.

—¡Buenos días, María!

Clic, clic. Seguí haciendo mi trabajo. Ignorándolo. Desapareció por el parque. Suspiré y me senté. Levanté la mirada y entonces vi lo que sucedía: unos *paparazzis* me fotografiaban desde el final de la calle.

Un pico de ansiedad retumbó en mi pecho. Recogí mi cámara y me escapé callejeando, aunque lo cierto era que no me seguían. Tener fotos solo mías no les interesaba en exceso, solo si interaccionaba de alguna manera con Eloy.

Me paré en una cafetería a tranquilizarme y tomar algo. Pedí un té y lo acompañé con unas

magdalenas. Mientras hacía esto, recibí un mensaje en el móvil. Era mi casera. Era esa época del año en la que tenía que subir el alquiler. A partir del próximo mes tendría que pagar cincuenta euros más. Podía no parecer demasiado, pero para alguien que vive justa, de factura a factura, que compra en rebajas no solo porque le guste sino porque es la única manera de tener ropa nueva, era un golpe bajo. Suspiré y me llevé las manos a la cara. Contuve el llanto.

Todo se había ido al traste en pocas semanas. Mi trabajo estaba invalidado. Mi privacidad era expuesta. Mis fotografías inundaban las redes, junto con muchos artículos inventados al respecto.

Y ahora lo del alquiler. Quizá debía rendirme y volver a un piso compartido. Me dio urticaria solo de pensar en ello. Estaba en otra etapa de mi vida, o eso creía. Pensé en distintas formas de conseguir más dinero. Miré la cámara nueva, la que me regaló Eloy. Visualicé con claridad el mensaje que pondría en Internet: «un solo uso».

Pensar en esa opción me dio más ganas de llorar. Pagué con prisa y me marché a casa. Ahí sí pude dar rienda suelta a mi tristeza. La realidad era que me daba mucha pena a mí misma. ¿Cómo me podían suceder estas cosas?

Varias notificaciones me sacaron del estado autocompasivo. Mis amigas me preguntaban qué tal estaba después de lo nuevo de hoy. Parpadeé varias veces al leerlas. ¿Qué era lo nuevo? Entré a redes.

Mis compañeros. Malditos. Qué buenos eran. Habían captado una fotografía que parecía otra cosa. Por un lado, Eloy corriendo delante de mí, por otro, yo sonriendo como una alelada mientras miraba mi cámara.

*NO TE LO PIERDAS: El rostro de
una enamorada*

¡NOTICIÓN! María pillada poniendo ojitos a Eloy

7 razones por las que María podría estar escondiéndose para fotografiar a Eloy

Lo que no entendían era que mi sonrisa desvelaba otra cosa, que mis pensamientos eran otros. Estaba contenta por ver la calidad de la imagen, lo bien que captaba el contraste de luces y sombras que se formaban entre las ramas de los árboles. Esa sonrisa traslucía el ensimismamiento que produce captar un buen instante.

Nada que ver con el amor.

Respondí con brevedad a mis amigas y después fui a jugar un rato con Rodolfo. No estaba muy animado.

—Claro, como te has pasado la noche jugando, ahora tienes sueño.

—Cui, cui.

—No te justifiques con que eres nocturno, eso no te da permiso para roer absolutamente todo. Te has pasado mucho.

—¡Cui! ¡Cui!

—Esta bien. Toma, aquí tienes manzana. Me vas a salir un malcriado.

Estuve conversando con mi cobaya un poco. Teresa me preguntó si ya había puesto carteles. La verdad era que no había tenido tiempo. Intenté sacarle alguna foto para el cartel, pero ninguna me convencía. Era más difícil de lo que parecía.

—No eres muy fotogénico.

Como si me entendiera y se hubiese sentido ofendido, se metió en su túnel de juguete.

Un rato después, y tras una ducha relajante, salí hacia la consulta de mi psicóloga. Llevaba con

ella poco más de medio año y estaba muy contenta. Desde el inicio me sentí cómoda con ella. Tenía una presencia tranquila y me ayudaba mucho a pensar.

Le puse al día de todo.

—Encima con la subida del alquiler voy a ir más justa aún.

—¿Qué opciones has barajado?

Esto era algo que hacía mucho mi psicóloga, intentaba que se me ocurriesen las ideas a mí. En otras ocasiones ella me daba algunas.

—Un poco de todo. Rebajar gastos yendo a un piso compartido, vender la cámara de Eloy, pedir un aumento, que ya te digo que eso ahora es imposible, y...

—¿Y?

El elefante en la habitación lo llaman.

—Hacer el trato con Eloy y mi jefe para sacar tajada de lo que está pasando.

—¿Estás percibiendo ahora algún dinero por estas fotos?

—¡Que va! Solo por mi trabajo normal. ¿Qué debería hacer?

—Ya sabes que esa decisión es tuya. De los caminos que has planteado, hay más fáciles y más difíciles. ¿Quieres que veamos ventajas y desventajas de cada uno?

Pasamos media sesión analizando cada camino, incluido el de no hacer nada y seguir así.

—Ahora que conoces más en profundidad las opciones, ¿te llama alguna la atención?

—No. No sé. Helena me diría que hiciese el trato. Teresa quizá iría a cantarle las cuarenta al jefe, a recursos humanos e incluso iría por la vía legal con mi propio periódico. ¡Pero eso sería un jaleo! Y Abril —sonreí al pensar en ella—, quizá le pintaría un pene gigante con spray en el coche a Eloy.

—Esa opción no la habíamos valorado —se rio la psicóloga. Después se puso seria de nuevo—. Para ti es muy importante lo que piensen tus amigas, ¿verdad?

—Sí.

—Pero esta decisión es tuya.

—Lo sé, lo sé.

—Y no hace falta que la tomes ahora, solo estábamos pensando.

—Sí, gracias.

Acabamos la sesión haciendo una meditación breve de *mindfulness* de conciencia de sonidos. Puede que todavía no me hubiese decidido, pero al menos sabía ya la dificultad de cada camino.

Capítulo 12: ¿El camino fácil?

A pesar de haber trabajado con mi psicóloga las distintas opciones y haberlas hablado con mis amigas, me quedé en la inactividad, sin decantarme por una u otra cosa. Lo que estaba lleno de desventajas, como ya sabía.

Mis días fueron espantosos. Los compañeros no dejaban de sacarme fotos y los redactores de hacer titulares cada vez peores.

Ante la falta de avances, esto es, de vernos a Eloy y a mí interactuar, se lo inventaban. Buscaban ángulos desde los que parecía que estábamos más cerca de la realidad y tiraban de imaginación para rellenar el titular.

El viernes fue el día en el que llegué a mi límite. Después de las fotos corriendo a Eloy, Genaro me llamó por teléfono.

—Buenos días, María.

—Buenos días.

—Ya he visto las fotos que le has pasado a Matilde, no están mal, pero queremos las de vuelta a casa.

—Ya se las haré —dije.

—Las queremos en su casa, entrando a su chalet.

—Allí están el resto de periodistas. No me van a dejar trabajar.

—¿Has reconsiderado nuestra idea?

—No.

—En ese caso, respetamos tu decisión de seguir haciendo tu trabajo con normalidad. Esto es, hacer la foto que corresponde del cantante regresando a su casa.

Me quedé en silencio. Un nudo me llegó a la garganta. Aunque yo estaba en uno de los caminos de tierra, cualquier fotógrafo podía estar acechándome. No podía echarme a llorar o saldría en prensa. El jefe se encargó de llenar el silencio.

—He hablado con el director del periódico, con personal, con financiero... bueno, con muchas personas. Quizá quieras saber que estamos dispuestos a comprar la exclusiva. Una sola foto tuya con Eloy serían cinco mil euros.

—¿Perdona? —Tosí, atragantándome con la cantidad.

—Si además aceptas una entrevista, serían diez mil. Y si la entrevista es conjunta con Eloy y contigo el periódico está dispuesto a subir a los quince mil —pausa dramática—: para cada uno.

Como si fuera una alumna del colegio sumé: quince más quince treinta. Se pensaban gastar treinta mil euros en una entrevista que sabían que era falsa. Si ofrecían esas cantidades era porque estaban seguros de que recuperarían la inversión en poco tiempo.

—Por cierto, supongo que eres consciente de que la gira de Eloy y Raúl comienza mañana por la noche y tienes que ir a cubrirla.

—Y eso haré —contesté con una seguridad que no sentía.

Entonces me imaginé en el concierto. En la zona de prensa, rodeada de mis compañeros haciéndome fotos sin censar, preguntándome cosas que no respondería y publicando mi reacción (o no reacción) como si fuera una respuesta. Los titulares. El precio del alquiler. Todo esto desaparecería a cambio de una foto. El camino fácil se acababa de abrir ante mí.

—Espera.

—¿Sí? —respondió el jefe de redacción expectante.

—Lo haré.

—¡Excelente! Has elegido muy bien, María, no te arrepentirás.

No sé por qué su frase me sonó a «Te vas a arrepentir y mucho».

—Matilde te enviará ahora el modelo de entrevista que ha preparado. En unos minutos lo tienes en tu correo electrónico.

—Ah, en principio había aceptado a la foto, lo de la entrevista...

—Veinte.

—¿Qué?

—Que subimos a veinte mil. Más no podría ser. No seas avariciosa.

—Yo... esto... no lo decía por... vale. Sí. Haré la entrevista —contesté en un impulso.

—¡Increíble! ¡Genial! Cuanto antes, mejor, ¿vale? Y quedas exenta de seguir cubriéndole, por supuesto. Ah, y también te mandarán ahora de personal el contrato con todo esto. Cuando hables con Eloy Santana, avísanos y se lo mandamos a él también. Necesitaremos el contacto de su representante.

Veinte mil euros. Veinte mil euros. Veinte. Mil Euros. De camino a casa, sincronice cada paso que daba con la canción del dinero: un paso (veinte), otro (mil), otro (euros).

Regresé como una sonámbula hasta que desperté del trance al darme cuenta de que estaba en mi portal.

Ahora solo debía hablar con Eloy y decirle... ¿qué, exactamente? «Vamos a vender una mentira por un dineral». «¿Quieres veinte mil euros? ¡Solo tienes que soportar la tortura de hablar conmigo!». «Al final me lo he pensado, y oye, que me gusta mucho comer y tener un techo sobre mí todas las noches, así que vamos a vender una exclusiva».

El miedo me entró en ese momento. No por la repercusión que podía tener la entrevista y la foto, eso todavía estaba reprimido y muy al fondo. Sino por la respuesta de Eloy. ¿Y si me decía que no?

Entre tanto pensamiento llegué a mi casa. Fui recibida por los alegres chillidos de mi cobaya. Hice un poco de caso a Rodolfo y luego cogí el móvil. Tenía que hacerlo. Llamarle me pareció demasiado personal. Le mandé un mensaje, que escribí y reescribí muchas veces, hasta que lo dejé en un: «Necesito verte».

Contestó casi al instante. «¿Dónde?».

No me preguntaba por qué ni para qué, simplemente estaba dispuesto a verme. El estómago me dio un vuelco. La ansiedad me empezó a repiquetear en el interior. No podíamos vernos en ningún sitio público y de seguro no pensaba colarme en su chalet por ningún lado. Solo se me ocurrió una opción lógica, le escribí: «En mi casa». Le añadí la dirección y luego, muy dramática: «Que no te sigan». Unos segundos después: «No pienses cosas raras».

Me arrepentí de eso último, pero pensé que era necesario que no creyese que esto era lo que no era. Él contestó con un «Vale» y dos caritas sonrientes.

Entonces caí en la cuenta. Eloy Santana, cantante famoso, revienta estadios, al que tiraban ropa interior en los conciertos, venía a mi casa. Me levanté y me puse a limpiar frenética. La ventaja de vivir en un apartamento de pocos metros cuadrados era que se ordenaba y limpiaba relativamente rápido. Cuando acabé, me duché con prisa. Mientras me secaba, escuché el timbre. También la vibración de mi móvil. Llegué primero al teléfono.

—¿Sí?

—Estoy aquí. ¿Me abres? Llevo un rato llamando.

—¡Ah! ¡Sí! Perdona, estaba en la ducha. ¡No pienses cosas raras!

La melodía de su risa traspasó la línea.

—Claro. ¿Abres o no?

—Voy.

Accioné la tecla del telefonillo que abría el portal y corrí a mi cuarto. Bragas. Lo primero era ponerme unas bragas. Escogí unas negras, limpias y bastante nuevas. El timbre de casa sonó.

—¡Ahora voy!

Cogí un sujetador negro, me peleé con los tirantes, que iban cruzados a la espalda, y me enrosqué la toalla al cuerpo. Abrí la puerta tal cual. Me comporté como si todo fuera normal, la perfecta anfitriona.

—Pasa y siéntate en el sofá, ahora estoy contigo.

—¿Te vas a cambiar? La toalla te queda muy bien.

Gruñí como toda respuesta y me metí en la habitación. Saqué del armario una de mis muchas camisetas anchas y unos pantalones cortos vaqueros que usaba para estar por casa. Me puse las chanclas.

Escuché a la cobaya hacer sus grititos emocionados. Salí de la habitación y me encontré a Eloy hablándole. La escena me resultó surrealista. ¿Estaba Eloy Santana en mi casa para fingir una exclusiva por la que ganaríamos veinte mil euros (cada uno) y además hablando con mi cobaya?

—Se llama Rodolfo.

Eloy se giró hacia mí. Me fijé en que llevaba unos vaqueros pitillo, una camiseta blanca ajustada y sobre esta una camisa tipo leñador abierta. Cuando se giró, sonreía.

—Le pega el nombre. ¿Desde cuándo lo tienes?

Así empezó una conversación, con toda probabilidad demasiado larga, sobre mi historia con la cobaya. Para mi sorpresa, Eloy me habló de Black, el perro que adoptaron Olaia y él juntos. Ahora peleaban por su custodia, de tal manera que estaban a punto de meter a abogados de por medio. Me asombré de que esto no fuese algo de conocimiento público; nadie sabíamos de esta trifulca silenciosa.

—Llevo sin verlo un mes y medio y me estoy volviendo loco. Ella dice que puedo ir a verlo cuando quiera a su casa, pero ya sabes el tipo de mensaje que eso mandaría. Tampoco pienso quedar con ella en la calle.

—¿Y por qué no lo saca a pasear su mayordomo y se lo da al tuyo?

—¿Mayordomo? —se rio.

—Ya sabes, tu Segis y su Segis.

—Me parto contigo —se rio Eloy—. Y, a decir verdad, es una idea buena.

Un atisbo de reflexión pasó por sus ojos.

—¿De verdad no se os había ocurrido utilizar un intermediario?

—Sí, tiene contratada a una chica que pasea a Black, pero la prensa sabe quién es y podrían empezar a hacer sus conjeturas.

—¡Pues que las hagan!

—Hablas como si no fueras tú parte de la prensa.

—Bueno...

La conversación había ido fluyendo con tanta naturalidad como con la que nos habíamos sentado en mi sofá biplaza, de tamaño tan pequeño que me suponía esfuerzos no rozarle con ninguna parte de mi cuerpo. El ambiente se resquebrajó para mí al mencionar la prensa. Trajo de lleno mi propósito a la mente.

—Te has puesto serio.

—Ya, perdona, estaba pensando en lo que tenía que decirte.

—Te escucho.

Su rostro mostraba preocupación. Hizo ese gesto tan suyo de apartarse el pelo sin ningún éxito, dejando que sus ojos azules me taladrasen. El corazón se me aceleró. Imágenes de lo que hicimos en su casa ese día asaltaron la mente; el roce de sus manos en mi piel, su boca sobre la mía, el peso de su cuerpo contra el mío. Entreabrí los labios y me los humedecí.

—Esto...

—Puedes decirme lo que sea.

Lo que quería decirle (hacerle) en ese momento estaba muy en conflicto con lo que *debía* decirle. Se suponía que estaba tomando el camino fácil, el de coger el dinero. ¿Por qué me resultaba tan complicado?

Cogí aire y lo solté con lentitud. Ordené mis ideas y traté de explicarme bien, razonarlo de tal manera que no pareciese una locura.

—Mi jefe me ha dado dos opciones. Una sería continuar como hasta ahora, me mandan a trabajar en estas condiciones, donde mis propios compañeros me atosigan. Pretendía que cubriese el concierto que dais mañana. Por cierto, ¿no tendrías que estar ensayando o algo?

—Raúl ha estado en el estudio de mi casa esta mañana. Lo sabríais si hicieseis tu trabajo de seguirme un poco mejor.

Le di un golpe amistoso en el hombro.

—¡Oye! Que yo también tengo vida y otras cosas que hacer.

—Le he dado plantón por ti, así que no te quejes.

—¿Cómo? ¿Has dejado el ensayo?

—Nos sabemos todo a la perfección desde hace meses. La coreógrafa también ha venido.

Otra persona más contratada en la mini empresa que constituía Eloy Santana.

—¿Y cómo se te ocurre darles plantón?

—Has dicho que necesitabas verme. Con hincapié en el necesitar.

—Yo no he hecho hincapié en nada.

—A mí me lo ha parecido. ¿Y cuál es la segunda opción que te ha dado tu jefe?

Al decir esto, echó su cuerpo hacia delante y su rodilla hizo contacto con la mía. Me puse de pie como si me hubiese dado un calambre.

—¡Es una tontería! Ahora que lo pienso.

«De veinte mil euros», me recordó mi mente.

—Cuéntamela.

—Puedes decir que no.

—Ya lo sé.

Puse los ojos en blanco ante su tono de creído y se me fueron las reticencias.

—Mi periódico quiere una exclusiva nuestra, consistiría en una foto y una entrevista.

—Vale.

Me quedé paralizada a medio paso.

—¿Vale? ¿Cómo que vale? Todavía no te he dicho lo que nos van a pagar.

—Dímelo entonces.

—Veinte mil euros. ¡A cada uno!

—De acuerdo.

—¿Por qué estás tan tranquilo?! Esta entrevista no la vas a redactar tú con tu representante y controlar la narrativa y no sé qué historias. La ha escrito Matilde.

—¿Quién era Matilde?

—¡Mi compañera de trabajo! ¡La redactora!

—¿Las preguntas me pueden perjudicar?

—Sería fingir que somos una pareja feliz.

—Sin ningún problema.

—¿No te importa mentir?

—¿A la prensa, que busca siempre mis momentos más bajos? No tengo ningún reparo. Además, es cierto que estoy feliz.

Solté un gruñido de desesperación. Casi parecía que era él el que me tenía que convencer a mí. Seguimos un rato más hablando. Le enseñé la entrevista y se la mandó a su representante, que la aceptó con un par de modificaciones y dijo que se pondría ella en contacto con mi periódico. En apenas una hora, teníamos los contratos firmados y el visto bueno para empezar a trabajar.

—¿Qué prefieres hacer primero, la foto o la entrevista?

—Lo que tu quieras, María.

Capítulo 13: Deseos

Hoy tenemos la suerte de tener con nosotros a la pareja del momento, Eloy Santana y María Pérez. El famoso cantante con tres discos de platino nos ha sorprendido con su nueva conquista, la periodista que le ha rescatado y a su vez robado el corazón. Los tengo a los dos hoy aquí conmigo.

ENTREVISTADORA: Contadme. ¿Cómo fue vuestra primera cita?

ELOY: Lo cierto es que todavía no hemos podido tener una cita en condiciones. Al inicio eran encuentros fortuitos y, por culpa de la prensa, nos hemos tenido que ver a escondidas.

MARÍA: Ahora con el inicio de su gira lo tendremos más difícil todavía. Va a viajar por treinta ciudades distintas.

ENTREVISTADORA: María, espero no ponerte en un aprieto preguntándote esto, pero ¿te gusta la música de Eloy y Raúl?

MARÍA: ¡Por supuesto! Les sigo desde hace años (se ríen). ¡No en el sentido paparazzi! Las voces de ambos son muy especiales. Raúl tiene una tonalidad muy bonita, pero la que más me ha gustado siempre es la de Eloy, ese tono rasgado es el que te hace poner la misma canción una y otra vez.

ENTREVISTADORA: ¿Cómo estáis llevando que María sea de la prensa?

ELOY: Tenemos que ser sinceros en esto. Mal. Nos cuesta mucho poder vernos con tranquilidad.

MARÍA: Para mí está siendo muy agobiante.

ENTREVISTADORA: ¿Ha hecho esto que os replanteéis vuestra relación?

ELOY: Nunca.

MARÍA: Yo... (se miran. Ella parece algo insegura antes de añadir) está siendo muy duro para mí, pero voy a luchar por él.

ENTREVISTADORA: Lo vuestro parece un amor trágico, como Romeo y Julieta. ¿Os merece la pena?

ELOY: Por supuesto, sin ninguna duda.

MARÍA: Sí.

(...)

ENTREVISTADORA: Contadnos algo sobre vuestra química. Por lo poco que hemos podido ver, es explosiva.

(Risas cómplices de ambos, se miran)

MARÍA: Me temo que eso es algo de nuestra intimidad.

ELOY: Yo solo diré que María tiene una personalidad única. Nunca he conocido a nadie como ella.

(...)

Cuando terminamos de contestar la entrevista, él se la mandó a su representante y a su gestor de relaciones públicas (más gente en Empresas Eloy).

Yo debía esperar a que su gente editase la versión antes de mandarla a mi trabajo.

—Ha sido agotador —le dije a Eloy dejando escurrir mi espalda por el sofá.

—Ya ves. No todo es tan fácil como parece, ¿verdad?

Pensé en el camino difícil y el fácil. Había vivido ya un poco de ambos y debía confesar que,

aunque supuso mucho trabajo, al menos estaba en la tranquilidad de mi casa y cobraría un dineral por ello.

—¿Nos hacemos la foto? —preguntó él.

—¿Ahora? Vamos a salir con cara de cansancio. —Lo observé bien—. Quizá tú no. Tú sigues estando muy bien.

Él se rio y se recostó a mi lado en el sofá.

—Tú también estás muy bien.

—Seguro que tengo el pelo revuelto.

—Comparado con el día en que te tiraste a mi rosál, está en perfecto estado.

Le di un golpe amistoso en el hombro.

—Un día te voy a tirar a los arbustos, vas a ver qué venganza más buena.

—Ahora que me has avisado, no me acercaré nunca a un rosál y así no podrás cumplir tus palabras.

—Entonces compraré un rosál y lo llevaré en su maceta. Lo pondré detrás de ti y...

—Planificas como una villana de cuento.

Nos reímos. Nos miramos. Estaba guapísimo. Sus ojos en los míos. Su boca, que se humedecía. No podría asegurar si fue él, si fui yo, o quizás fuimos los dos, pero nos besamos. Sus labios se entrelazaron con los míos con lentitud. Llevó su mano a mi rostro y me acercó a él. Sentí su respiración acelerada. Casi diría que su mano temblaba ligeramente. Era un momento íntimo y excitante a la vez.

La postura me resultaba incómoda así que me moví y me senté a horcajadas encima de él; quizá fui demasiado brusca al hacerlo, pero no pareció importarle. La tela de su vaquero estaba prieta, lo que me hizo arquear una ceja y a su vez acelerar el ritmo de nuestros besos. Dejé que mis manos recorrieran su pecho y sacasen con lentitud esa camisa a cuadros, deleitándome con el contorno de sus brazos. La camiseta blanca que llevaba debajo no molestaba demasiado, era fina, ajustada, dejaba sentir todo.

Me asusté un segundo por lo que podía significar lo que estábamos haciendo, así que por si acaso le susurré al oído:

—Que conste que no me gustas.

Él se rio con ganas, echando la cabeza hacia atrás, como si fuera lo más gracioso que hubiese escuchado en mucho tiempo.

—¡Que es verdad! Eres muy creído...

—Será que me imagino cosas —dijo señalando la postura en la que estábamos.

—Anda, calla y sigue a lo tuyo.

Le besé en la boca para silenciar su posible respuesta. Parecía que la interacción, en vez de aplacar lo que estábamos haciendo, le echó fuego. Los dos ardíamos por dentro, por quitarnos la ropa, por sentirnos como la otra vez. Entre gemidos y caricias cada uno llegamos a la cima del placer a nuestro ritmo, sin dejar de observarnos, aprendiendo de cada gesto y estremecimiento.

En mi casa no había un mayordomo que preparase con discreción un pequeño *buffet*. Así que tras vestirme con la ropa interior, me levanté a preparar algo en mi cocina americana.

—¿Te ayudo?

Era la primera pregunta que no tenía que ver con «¿Te gusta así?», «Ay, cuidado que me clavas el codo», «Sigue, sigue».

A veces me parecía que tener relaciones sexuales era como una especie de trance en el que dos cuerpos se fusionaban de la manera más primitiva. La personalidad, los trabajos, la vida en sí quedaba a un lado, y solo quedaban dos cuerpos, dándose placer el uno al otro, maximizando el

sentido del tacto a través de caricias y besos.

—Puedes ir poniendo la mesa —dije mientras le pasaba un pequeño mantel.

En ese apartamento no cabía una mesa de comedor, así que utilizaba la mesita pequeña que había frente al sofá. Me pregunté si le importaría que el tamaño de mi piso de alquiler fuera el mismo que el de uno de sus salones. No quise romper la atmósfera preguntando nada.

Nos aseamos y nos vestimos como si fuéramos dos compañeros de piso, sin mayor interacción. Empecé a repasar mentalmente las reglas de la Sociedad Secreta de las Solteras. Estaba segura de que había roto alguna. Las primeras parecían intactas, pero cuando llegué a la octava dejé escapar un suspiro: «Regla nº 8: No llevarás a un ligue a tu casa». Por lo menos no me había saltado la 10.

Cuando serví la comida, nos sentamos y nuestras miradas coincidieron. No sé por qué esto hizo que nos riéramos sin sentido. Así, como idiotas.

—¿Por qué está siendo raro? —preguntó él.

—Que preguntes eso no creo que ayude a hacerlo menos raro —dije, poniéndome roja sin saber por qué.

—Creo que ya lo sé, espera.

Se acercó a mí. Se había puesto la camiseta de leñador, abierta, sin ponerse la interior debajo. Cogió mi mano y la puso en su abdomen.

—Eh...

La confusión debió pasar por mi rostro. Él se acercó y me besó. Al principio estaba algo tensa, no entendía qué quería conseguir con eso. Él llevó su mano a mi cintura y me acercó a él. Dejó una ristra de besos por mi cuello mientras me agarraba por el pelo para posicionar mi cabeza como a él le apetecía. Bajó hasta mi pecho, tapado ahora con mi camiseta ancha. Mi cuerpo respondió. Lo empujé con suavidad y le planté un beso con cierta agresividad. Entonces él paró.

—Lo sabía.

—¿Qué?

—Era porque estábamos pensando demasiado. Ya me siento normal. ¿Tú no?

—Eh...

—¡Espera! No lo pienses, que se estropea. Qué buena pinta tiene la comida, gracias.

—De nada.

—Por cierto, ya sé que para la entrevista has inventado muchas cosas, pero me pica la curiosidad. Sé sincera, por favor.

—Claro.

—¿Te... —se le notaba inseguro— gusta nuestra música?

Una carcajada limpia y suave salió de mi pecho. Me causó mucha ternura ver el gesto preocupado que se le marcó en el rostro. Me apresuré a contestar.

—Sí, me gusta. En general prefiero estilos algo más fuertes, pero tenéis baladas muy bonitas.

—¿Lo dices por decir?

—¿Y esta inseguridad que te ha atacado de repente? No sueles ser así.

Había mucho contraste entre ese Eloy Santana pícaro que guiñaba el ojo a la cámara, y el de ahora, con la mirada caída y estrujándose las manos. Llevé mis manos a las suyas y le hice mirarme.

—Hacéis buena música.

—A veces pienso que la gente solo me sigue la corriente. De hecho, estoy seguro de que es así la mayor parte del tiempo. Todo el mundo a mi alrededor es tan... correcto, amable, falso. A diferencia de ti.

—¿Y con Olaia?

La pregunta se me escapó. La curiosidad era más fuerte que la mesura.

—Tenía la sensación de que ella siempre quería ser perfecta. Es una de las cosas por las que más discutíamos. Salía corriendo de la cama para maquillarse, antes de que yo la viera, por más que yo le decía que no hacía falta.

—Estaría acostumbrada —intenté empatizar con ella.

—Es un ejemplo, en todo era así. No podíamos salir de casa si no estaba segura de la ropa que llevaba. También me presionaba a mí para que vistiese mejor.

—Le horrorizaría vernos ahora mismo, ¿no? Entre la camiseta de leñador abierta que llevas y mi camiseta nada sexy, saldría corriendo —dije intentando poner algo de humor.

—Tu camiseta es muy sexy —dijo llevando la mirada a esta.

—¡Que va!

—Yo opino que sí.

Deslizó sus manos por mi espalda y me abrazó. Metió su cabeza en el hueco de mi hombro y suspiró. Me empezaron a saltar mil alarmas. Esta cercanía era demasiado íntima. No quería que él se hiciese ilusiones ni mucho menos.

Un pensamiento contrario surgió enseguida. ¿Acaso creía yo que el cantante podía querer algo conmigo? Podía tener a casi cualquiera mujer del planeta.

—Tú si estás en un concierto, ¿puedes señalar a una chica y liarte con ella?

—¿Qué?

Se despegó y me miró con la mayor de las confusiones.

—Estaba pensando que, al ser tan... conocido, puedes liarte con cuantas mujeres quieras. Me preguntaba cómo hacías en los conciertos. ¿Las señalas y les dices, «tú y yo, a mi camerino»?

—A los conciertos voy a cantar, no a ligar —dijo ofendido.

—¿Nunca has hecho eso?

Él se sentó erguido, sin hacer contacto conmigo. Temí haberlo enfadado.

—Al inicio, cuando Raúl y yo cantábamos en bares, no te voy a negar que eso nos ayudaba a ligar y algunas veces lo aceptaba. Pero desde que damos conciertos grandes, no solo no ligo, sino que huyo de esa situación. Lo más probable es que luego salgas en las redes de esa chica. No te puedes fiar de nadie.

Esa última frase caló en mí. Al inicio yo traicioné a Eloy vendiendo esas fotografías suyas llorando. Todavía algunas personas lo utilizaban como *meme*.

—Eloy, me gustaría pedirte disculpas. Por lo de las fotos.

—No me refería a ti en lo que he dicho ahora. Sé que hacías tu trabajo.

—Pensaba que me estabas engañando con lo de la entrevista. Estaba cabreada. Y me presionaban tanto...

—Está olvidado.

—Aún así, quería pedirte perdón de manera oficial. Si puedo hacer algo para compensarlo.

Él clavó sus ojos azules en los míos. No pude descifrar su mirada.

—Está bien. ¿Vendrás al concierto de mañana?

—¿Qué?

—Mañana. Inicio de gira. Me gustaría que vinieras.

—Ah, ya, pero, la idea de hacer la entrevista y la foto, ¡la foto! ¡Nos tenemos que hacer la foto! En fin, que la idea era hacer estas cosas para así no ir al concierto donde me estarían fotografiando.

—Ven al *backstage*. Ahí no te molestará nadie. Solo si te apetece, claro.

«¿Me apetece?», me pregunté. No estaba segura.
—Deja que me lo piense.

Capítulo 14: Concierto

Una chica con pelo moreno largo, con gafas de sol, con un pendiente en la nariz, con pulsera de pinchos en la muñeca, vestida con minifalda y camiseta negra ajustada miraba a Eloy desde el *backstage*. Estaba ensimismada y sobrecogida por la impresión del directo. Esa chica era yo.

Primera confesión del día: iba disfrazada. Acepté ir al concierto, pero luego le empecé a dar vueltas en la cabeza con que me iban a fotografiar y al final decidí ir camuflada. No quería salir en prensa por nada del mundo.

La segunda confesión del día era que la noche anterior nos acostamos otra vez. Fue sin querer, nos estábamos haciendo fotos, buscando seleccionar una en la que nos viésemos bien los dos, y una cosa llevó a la otra. Teníamos una química que no podíamos frenar. Parecía que su campo gravitacional llamaba al mío, se enredaban y no podíamos soltarnos.

En ese instante, Eloy y Raúl llenaban el escenario con su presencia. Raúl llevaba una camisa abullonada estilo romántico, que a mí me parecía de lo más ridícula (lo dice la que iba disfrazada). Eloy llevaba unos vaqueros rotos y una cazadora. Hay cantantes que ganan y otros que pierden en el concierto, en este caso, ambos ganaban.

La voz de Raúl sonaba más natural y el raspeo de la de Eloy hacía que mi pecho se llenase de sus vibraciones.

Lo observé sin poder apartar la mirada. Era increíble lo que transmitía. Por un segundo me emocioné y se me empañaron los ojos. A mi lado había ajeteo, personal trabajando, llevando ropa, guitarras, calculando tiempos. Bailarines cambiándose de ropa cada poco.

Saqué el móvil e hice varias fotos a Eloy. Intenté coordinarme con el juego de luces hasta conseguir una en el que el rojo hacía que su piel brillase y destacase sus perlas de sudor.

Al acabar la canción, alguien se apresuró a cambiarle la guitarra, y regresó por donde yo estaba. En ese instante Eloy me vio. No me reconoció. Quizá pensó que era una fan loca que se había colado en el *backstage*.

De hecho, llegué muy justa de tiempo y me costó convencer al equipo de seguridad de que, en efecto, yo era María Pérez, la invitada de Eloy. Tuve que quitarme la peluca y el pendiente falso para que me creyesen. Se rieron bastante, y me dejaron pasar.

Eloy siguió cantando. De vez en cuando miraba en mi dirección, pero ya no a mí. Parecía que estaba buscándome (a la María rubia). ¿Y si lo estaba desconcentrando? ¿Y si le empezaba a salir mal el concierto por mi culpa?

A mi lado trajeron unas alas en tonos rojizos y otras azuladas. Debían estar preparándose para la canción *Alas de fuego y alas de agua*. Raúl se pondría las azules y cantaría la parte suave de la canción y Eloy las rojas y haría del chico atormentado. Era mi canción favorita. La puesta en escena era buenísima. Los bailarines también tenían lista la ropa para el cambio.

Vi la oportunidad. Mientras acababan la última canción, me quité la peluca negra. Parecía ser que mi *look* favorito delante de Eloy era despeinado. Me pasé las manos por mi melena rubia y corta con apremio. Sustituí las gafas de sol por las de pasta roja. Ahora sí me tenía que reconocer.

El ajeteo a mi lado era tal que una de las bailarinas me pidió espacio y me tuve que desplazar un poco. Un técnico a su vez preparaba un aparato que echaría llamas o chispas.

Acabaron la canción. Ambos cantantes echaron un vistazo a la zona en la que se estaba

preparando todo. Alguien les hizo un gesto con un dedo en el aire «un minuto». Raúl tomó el micrófono y se dirigió al público con dulzura. Después le tocaba a Eloy decir algo, seguir en su papel de rebelde, pero no dijo nada porque no estaba atento a su compañero. Me estaba mirando a mí.

Le hice un gesto apremiante para que se dirigiera al público.

—Espero que esté siendo el mejor concierto de vuestras vidas. Está siendo el mío.

La gente enloqueció ante sus palabras. La luz se apagó de golpe y el escenario quedó a oscuras. Una música ambiente surgió mientras una voz en *off* hablaba sobre la pérdida de unas alas y la ganancia de otras.

Eloy y Raúl corrieron al *backstage*. Muchas manos cambiaron la camiseta a Raúl, le pusieron las alas azules, le maquillaron con pintura que brillaba en la oscuridad...

Eloy vino directo hacia mí. Con la oscuridad y la introducción de la voz de fondo, el corazón me latía con fuerza.

—¿Por qué has venido disfrazada de villana? —me preguntó con una sonrisa. Mientras decía eso, alguien le indicaba que tenía que cambiarse la camiseta. Eloy se dejó hacer mientras hablábamos.

—Es de gótica. Tuve mi fase de adolescente. Y la respuesta es obvia, para que nadie me reconociese.

—¡No es justo! Yo tampoco te había reconocido. Pensaba que no habías venido. —Le pusieron las alas rojas y le gritaron indicaciones.

—¡Diez segundos! —chilló la que llevaba la voz cantante tras el escenario.

Eloy me cogió el rostro con las dos manos y me plantó un beso. Por un segundo dejé de escuchar la voz en *off*, los gritos entusiasmados de la gente y los apresurados del *backstage*.

La oscuridad del escenario desapareció cuando empezó la introducción de la canción y un juego de luces estroboscópicas hizo paso. Raúl entró triunfal con sus alas, la gente gritó. Eloy me soltó y lo siguió. Más chillidos. Aunque ellos empezaron a cantar, se escuchaba casi más a la gente. Estaba claro que no solo era mi canción favorita.

Canté y bailé desde detrás del escenario, todavía aturdida, y en total conexión con las voces de Eloy, Raúl y la masa de gente. Por un segundo deseé estar en primera fila, acompañada del resto de asistentes que gritaban a pleno pulmón. Una masa latiendo al mismo ritmo. Hay personas que se agobian en esas situaciones, yo me vengo arriba.

Cuando acabó la canción, ambos se deshicieron de las alas y enlazaron con la siguiente. Los bailarines tenían gran protagonismo en esta otra, haciendo un espectáculo coordinado.

Saqué el móvil para captar el momento. Tenía muchos mensajes de Helena y varias llamadas tuyas. Miré rápido los mensajes: «Supongo que esto no forma parte de la exclusiva. Ten cuidado que te están viendo».

Había enlaces a redes sociales. Esta vez no había sido la prensa, sino algún fan. Alguien me había visto y fotografiado. Alguien que lo seguía haciendo. Había muchísimas fotos mías, de mala calidad. En una besaba a Eloy, parcialmente tapada por sus alas.

Estuve a punto de dejar caer el móvil de la impresión. ¿Qué demonios estaba haciendo ahí? Recogí la peluca negra del suelo y me la puse. Me cambié las gafas a las de sol y salí apresurada. Fui dejando atrás las voces y los gritos, hasta que solo quedaba el retumbar de los altavoces.

Una vez en la calle, cogí un taxi y fui directa a casa de Helena. Cuando llegué a su puerta, me di cuenta de que no le había avisado. Eran casi las doce de la noche, así que le llamé primero por teléfono.

—María, ¿estás bien? —preguntó ella al instante.

—¿Te pillo dormida?

—Aún no.

—Pues ábreme la puerta que estoy en tu casa.

—Ah.

Helena apareció al poco en pijama, era de esos que a mí me resultaban tan incómodos, de franela y botones.

—¿Cómo estás? —insistió ella.

—¿Cuántas fotos hay en Internet?

—Ven.

Helena me llevó a su ordenador. Tenía recopiladas varias redes sociales donde se estaba comentando mi aparición. Las fotos habían captado el momento en el que hablaba con Eloy y en el que me besaba.

—¿Quieres que avise a Teresa?

—La bronca mejor mañana.

—¿Cuántas reglas llevas incumplidas?

—Unas cuantas, supongo. Sé demasiado de él, esa es la 19. Y supongo que técnicamente la 22.

—¿Cuál era esa?

—«No vayas a su sitio de trabajo».

Helena asintió.

—¿Cuántas veces os habéis liado?

Tenía muy presente la regla número 10, aquella que hablaba de que no te liases más de tres veces con la misma persona.

—Realmente contaría dos. Un día en su casa, y ayer en la mía.

—¡Regla número 8! —me espetó

—Vino a mi casa a trabajar en la entrevista, ya sabes.

—¿Y el beso que te ha dado hoy?

—Eso no ha sido nada, no cuenta como liarse.

Helena frunció el ceño y dirigió su mirada al ordenador. Puso la foto en la que Eloy me besaba y la amplió. La calidad era mala así que no éramos más que un par de pixels entrelazados.

—¿Ves? Nada —dije.

—Por cierto, me ha llamado Matilde.

—¿A ti? ¿Para qué?

—Quería saber si realmente sales con el cantante o no.

—¡No! Ni pienso salir con él.

—Os habéis liado dos veces ya. Ha estado en tu casa y tú en su concierto. Has roto muchísimas reglas. Y sobre todo, ¡te ha besado hace media hora!

—Pareces Teresa.

—Es la voz de la cordura.

—De verdad que no quiero nada con él. Solo me atrae. Es algo instintivo, animal —dije y me reí.

Helena me miró con ternura y me abrazó.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

Capítulo 15: Lo que no he pedido

¡PILLADA! María se disfraza para el concierto de Eloy. El amor es más fuerte.

El beso de Eloy y María, análisis paso a paso

Alas de fuego y la mujer de negro, la pareja perfecta

*7 razones por las que María se puso
una peluca*

Observé con disgusto las noticias por la mañana. Al finalizar el concierto, muchos asistentes rebuscaron en sus fotografías y me encontraron. En algunas imágenes salía con la peluca. ¡Qué bochorno! Había un artículo en particular que barajaba que me había disfrazado como juego sexual.

—¿Qué voy a hacer, Rodolfo, qué voy a hacer?

La cobaya andaba suelta por el salón, ajena a mi sufrimiento. Le encantaba estar en libertad. Podía estar yo desangrándome, que si tenía espacio para correr, le daba igual.

Después de desayunar y perder una hora entera en el pozo de las redes sociales, me atreví a encender el móvil. Lo había apagado por la noche, del todo. Algo que no acostumbraba a hacer, normalmente lo dejaba en silencio. Sabía que estaría lleno de notificaciones.

Mientras se encendía, pensé quién me habría escrito. Del trabajo, seguro. Mis amigas, también. Y Eloy... no quería pensarlo. No quería pensar en él.

Cuando el móvil estuvo operativo, vi que había acertado. También tenía algunas llamadas de otros periodistas. Seguían intentándolo a pesar de que nunca les cogí el teléfono desde que empezó todo este jaleo. Fui leyendo los mensajes.

Matilde: «¡He visto todo! ¡Me alegro mucho! Llámame en cuanto puedas, o a Genaro. Tenemos más cosas que ofrecerte. No seas tonta, que esto puede solucionarte la vida».

Teresa: «He hablado con Helena. Dime cuándo nos reunimos. Lo de la peluca no me lo esperaba».

Helena: «¿Qué tal has dormido? Intenta desconectar de redes. ¿Quedamos? Tengo el domingo despejado».

Genaro: «María, pásate por la oficina mañana a primera hora y discutimos sobre el asunto. Vamos a poner nuevas ofertas sobre la mesa que te pueden interesar. Confírmame a qué hora vendrás, tengo que organizarme unas reuniones».

Desconocido: «María, soy de la revista *Mujeres Poderosas*, queríamos concertar una entrevista contigo. Llámame y hablamos de la remuneración».

Eloy: «¿Ha pasado algo? ¿Estas bien?

Eloy: «Ya me ha enseñado Marta las fotos que nos han hecho. ¡No te rayes, por favor! Sales genial, con o sin peluca».

Eloy: «Era broma, dime si estás bien.

(icono de una rosa) (foto de un rosal)

Espero que no estés planificando tu venganza de villana».

Sonreí al ver la foto del rosal. Le contesté de manera breve que me agobié, sin más. A los pocos segundos mi móvil vibró con su llamada entrante. Dudé si cogerlo. Observé a Rodolfo trepando por el sofá. Bajé la cobaya al suelo ignorando sus gritos disgustados, y respondí al teléfono.

—¿Sí?

—¡María! ¿Qué tal estás? Me quedé preocupado cuando te marchaste anoche sin despedirte.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Obviamente no me hacen gracia las fotos que hay, pero fui una idiota corriendo el riesgo. Además, ¿tú para qué me besas?

—Estaba contento.

—No quiero ser tu novia.

—No te lo he pedido.

Algo se resquebrajó en mí. Una antigua herida con el nombre de Samuel. Estuve dos años con él, y digo estuve y no la palabra «relación» porque él negó todo ese tiempo que mantuviésemos una. Solo éramos amigos, nos llevábamos muy bien, era algo casual. Él insistía en que no quería nada serio. Pero funcionábamos como una pareja. No veíamos a otras personas. Pasábamos los fines de semana juntos en su casa. Pero según él, no era una relación. Así que cuando rompimos, no fue una ruptura. Y yo fui una exagerada.

Me recordaba hablando de esto con la psicóloga, de cómo hacía relaciones dependientes con hombres emocionalmente no disponibles. Está fue una de las razones por las que me uní a la Sociedad Secreta de las Solteras. No podía aguantar el vaivén de los sentimientos de los demás. Por eso me protegía y no me permitía encapricharme de nadie. En ese instante era consciente de que no estaba enganchada a Eloy, tan solo era algo físico. Su frase era lo que había dolido.

—¿Estás ahí? No lo decía a malas, solo para que estés tranquila.

—Ya.

—No te enfades.

—No, claro que no. Oye, te tengo que dejar.

—Espera, quería hablar del siguiente contrato. —No contesté—. Sé que te incomoda el tema de las cámaras, pero con un par de apariciones en público, discretas, pactadas, puedes sacar mucho.

—Hablas como mi jefe. ¿Tú que sacas?

—El placer de tu presencia.

Tener esta conversación con Eloy por teléfono me estaba desquiciando. Seguía en *shock* con su frase repitiéndose sin parar en mi cabeza «No te lo he pedido».

—¿Qué ganas en realidad?

—Lo que te he dicho es lo principal. También me lo aconseja mi *manager*, pero eso es secundario. Nos lo podemos pasar muy bien.

Me alejé el teléfono de la cara como si no pudiese creer quién era esa persona con la que estaba hablando.

—Tengo que colgar, adiós.

Con la mano temblando, llamé a Helena y le pedí que viniese. Teresa también. Abril estaba de guardia y Dani de casa rural con Joel, así que seríamos solo las integrantes actuales de la Sociedad Secreta de las Solteras.

Pasaron el día en mi casa, comimos y cenamos juntas. Analizamos y sobreanalizamos la situación. No pudimos impedir que Teresa hiciese un excel. Yo les volví a hablar de Samuel.

Helena y Teresa estaban de acuerdo. Debía cortar ya esa relación medio falsa, medio real que me traía con Eloy.

—No es una relación —les respondí.

Eloy me escribió, pero no le contesté. Cuando mis amigas se marcharon y llegó la noche, me dormí con el eco de la frase.

Abracé con entusiasmo la llegada del lunes, no para ir a mi trabajo y escuchar generosas y horribles ofertas, sino por la cita que tenía con mi psicóloga.

La sala de espera tenía unos sofás cómodos y una mesilla con revistas de distintas temáticas, aventuras, ciencia, psicología, viajes. No había nada que tuviese que ver con el corazón ni la política. Una de las revistas era el último número de *Mujeres Poderosas*. Recordé que tenía un mensaje de ellas.

Cogí el ejemplar y leí el índice. Entrevistas a mujeres de distintos ámbitos y cómo era su ambiente profesional, había una jugadora de rugby, una directora de publicidad, la dueña de una funeraria y cerraba el ciclo una joven que había ganado una beca de investigación en biotecnología.

Otro apartado hablaba de mujeres importantes de la historia. Había un especial sobre Amelia Earhart.

La revista acababa con una sección de preguntas de las lectoras, que eran respondidas por una tal Pepa. Hablaban sobre temas muy variados, una se desahogaba sobre las dificultades de la conciliación familiar, otra hablaba del suelo pélvico, otra de rutinas de ejercicio, otra de la soledad tras la marcha de una amiga suya al extranjero...

Las respuestas de la consultora eran muy acertadas, llenas de información, sentido común y calidez.

Cuando terminé de ojear la revista me quedó claro que no era prensa del corazón. ¿Para qué me habían escrito entonces? Releí su mensaje. En efecto querían una entrevista, aunque no podía imaginar qué tenía yo interesante para decir.

No pude pensar más, una paciente salió de la consulta de la psicóloga y se despidió. Era mi turno.

La consulta era pequeña y acogedora. La decoración era minimalista, con una mesa de madera y un par de sillas con cojines mullidos. En las paredes había cuadros de paisajes donde podías relajar la mirada y evadirte un poco del dolor del momento.

Le conté todo de carrerilla, trabándome, parando a sonarme los mocos, reabriendo la herida de Samuel, no tanto porque lo echase de menos a él, sino por lo que me hizo sentir.

—Abandonada, reemplazable —dije con dramatismo—, así me hace sentir todo esto. Y creía que lo había dejado ya atrás, pero esa frase...

—Te ha activado esos viejos caminos que antes seguías de forma automática, sin darte cuenta siquiera. Eso no significa que tengas que volver a tomarlos. ¿Cómo actuaría la nueva María, esa que ya estaba recuperada de esto?

—Seguiría sonriendo y haciendo lo que le diese la gana, supongo.

—¿Y eso en qué se traduce?

—No estoy segura. Mis amigas dicen que me aparte de Eloy. —La psicóloga abrió la boca para hablar, pero la detuve levantando la mano—. Ya sé que tengo que elegir por mí misma, no lo que digan mis amigas. Estoy de acuerdo en que no he de tener ningún tipo de... relación con él. En el plano sexual, me refiero. Pero sé que me van a ofrecer más dinero.

—¿A cambio de qué?

—No me lo han dicho todavía, pero supongo que lo mismo que Eloy propone. Fingir que

salimos en alguna aparición pública, vender la exclusiva, alguna historia de estas.

—¿Y qué te parecería?

Una de las cosas que más me gustaba de mi psicóloga era que me ayudaba a pensar y nunca me hacía sentir juzgada. Mis amigas (y otras muchas personas) enseguida opinarían que hacer exclusivas era venderme, que era inmoral por la mentira que había detrás. Otros, como Matilde, me dirían lo contrario, que soy idiota si no cojo una oferta que me puede solucionar la vida. Sea como sea, la gente opinaría de manera acalorada y categórica. La psicóloga me permitía explorar las opciones por mí misma.

—Intentando apartar lo que podría decir la gente, la verdad es que el dinero me viene muy bien. Podría tener los ahorros iniciales para comprarme una casa. Y si sigo haciendo exclusivas, incluso comprármela. ¿Sabes lo tranquila que viviría sin estar agobiada por el alquiler?

—Una fantasía, ¿verdad?

—Eso es.

—Has descrito lo positivo que te traería. ¿Qué es lo que te frena?

—No quiero estar delante de las cámaras, ni expuesta a la opinión de la gente, ni tampoco salir en exclusivas. —Me reí—. Ya sé que es una contradicción.

—Lo es, como otras tantas cosas en las personas. Lo importante es que, tomes la decisión que tomes, te sientas a gusto con ella, todo lo a gusto que se puede sentir cuando hay ventajas y desventajas tan potentes.

—Quién no arriesga no gana, dicen.

—¿Cómo está la cobaya?

El cambio de tema me sorprendió un poco, aunque no demasiado, a veces la psicóloga tenía su propio plan interno.

—Bien. Por las noches sigue hiperactivo. Es monísimo. Mira. —Le enseñé unas cuantas fotos.

—¿Has puesto ya los carteles?

—No, todavía no. Es que no consigo que salga bien en una foto.

La psicóloga se quedó en silencio, mirándome con ternura. Después se lanzó a preguntarme lo que le rondaba la cabeza.

—¿Podría ser que no quieras poner los carteles?

—No es eso, es que no es nada fotogénico. Es muy guapo y en las fotos apenas se aprecia.

—¿Crees que el dueño o dueña de la cobaya sabría eso?

—Ahora que lo dices, claro, sí.

—¿Lo reconocerían en una foto?

—Sí —dije cabizbaja.

—No pasa nada si no estás preparada para poner los carteles. ¿Qué función crees que está haciendo Rodolfo ahora mismo en tu vida?

Era la primera vez que decía su nombre. Hasta ahora lo había llamado «la cobaya». El efecto fue más potente. Personal.

—Yo... supongo que lo que te da cualquier mascota. Siempre están ahí.

—Es una relación segura donde tú controlas el cómo, cuándo, dónde.

—No me juzga.

—En eso los animales son muy buenos, sí.

—Y... me quiere, o eso quiero creer.

—Amor incondicional.

—Eso es.

Me di cuenta de que estaba llorando.

—Poner un cartel pondría en riesgo todo esto que te está dando Rodolfo, ¿verdad? —Asentí—. ¿Has pensado alguna vez en quién será el dueño o dueña?

—Abril dice que seguramente será un niño. —La psicóloga asintió comprensiva. Yo intenté bromear sin mucho éxito—: No quiero ser una ladrona de cobayas.

—Claro. ¿Quieres que pensemos más sobre esto, o prefieres dejarlo estar por el momento?

—Dejarlo. —Suspiré de forma dramática—. Gracias.

—Sé que te ha removido hablar de esto, más incluso que lo de Samuel. Solo quiero que recuerdes que ese amor está también en otras partes.

—¿Mis padres?

—Por ejemplo.

—Y mis amigas, supongo.

—Sí. Ese grupo del que formas parte también hace esa función.

—La Sociedad Secreta de las Solteras —dije con una sonrisa soñadora—. No sé si se dan cuenta de lo mucho que me han rescatado.

—Y tú también te has rescatado a ti misma. No olvides que tu papel en tu recuperación ha sido activo.

Un rato después, salí de la consulta. Habíamos removido cosas, también las trabajamos. Una sensación parecida a después de hacer ejercicio, agujetas emocionales, dolorosas pero satisfactorias.

Capítulo 16: En el foco

El resto de la mañana lo pasé en casa, jugando con Rodolfo y pensando en la sesión con la psicóloga. Le hice varias fotos a mi (la) cobaya y, aunque ninguna me convenció, las guardé.

Por la tarde fui a la oficina. Mi sorpresa fue mayúscula al ver que la puerta del edificio principal estaba atestada de periodistas. Era la primera vez que me buscaban solo a mí, sin estar el cantante de por medio. Me puse unas gafas de sol y me dirigí con seguridad al edificio.

—¡María! ¿Por qué te marchaste del concierto?

—¿Por qué llevaste una peluca?

—¿Es cierto que estáis pasando por un bache?

—¿Estáis felices?

—¡María! ¡María!

Entre al edificio con el corazón latiendo con más fuerza que si hubiese hecho una carrera. Mi frente estaba perlada de sudor. No pude entender que el guardia de seguridad se estaba dirigiendo a mí hasta pasados unos segundos.

—¿Qué decías?

—Que si quiere que le acompañe hasta su puesto de trabajo.

—Ah, sí. Gracias.

El hombre me guio hasta los ascensores. Subimos hasta la redacción. Cuando entré, mis compañeros se giraron hacia mí. Algunos aplaudieron. Matilde se acercó corriendo hacia mí. La observé extrañada. Estaba desaliñada, el pelo lacio, la camisa descolocada.

—¡Por fin! No estábamos seguros de si vendrías o no. Genaro está en una reunión, y luego se iba a marchar. ¡Menos mal!

—Ya.

—Tienes que escucharle, lo que te van a ofrecer. ¡Es increíble! Yo lo cogería de buen gusto. ¡Te va a solucionar la vida! Si tú rechazas la oferta, ¿me presentas al cantante? ¡Ja, ja!

—¿Estás bien?

—¿Yo? Claro, sí, perfectamente. Últimamente he dormido poco, redactando todas las noticias posibles en torno a ti y Eloy. ¡Me sé hasta vuestros horóscopos!

—Quizá... —la observé con preocupación—, deberías ir a casa a descansar.

—¿Descansar?! ¡Ja! ¡Estamos al borde de tu contrato. No sabes cómo está la web. Estamos posicionando los primeros todos los días. ¡Todos! Eso no había pasado nunca. Tengo que mantener el récord. Hay un pequeño bonus para mí si lo logro. Pero para ello necesito noticias jugosas que poner. Escucha a Genaro, ¿sí?

—Vale.

—Bien, bien, perfecto.

—Tengo trabajo que hacer, cuando Genaro salga de la reunión, avísame, por favor —dije y me giré, dando por concluida la conversación.

—¡Sí! ¡Claro! ¡Te aviso!

Fui a mi mesa, saludé a los compañeros de alrededor. Agradecí que me dejaran en paz, aunque las miradas continuaron. Mientras se encendía el ordenador, pensé en Matilde. La mujer estaba al borde del colapso. Desde mi sitio podía ver cómo se mordía las uñas, algo que le había escuchado decir alguna vez que era «de débiles».

Una vez iniciada la sesión en mi PC, pasé varias fotos de Rodolfo. Las observé con nostalgia y suspiré. Entré al programa de diseño y empecé a trabajar.

«Se ha encontrado una cobaya preciosa en el callejón».

«¡ATENCIÓN! Cobaya, ahora nombrada Rodolfo, que está siendo bien cuidada, pero si su dueño anterior la quiere, la tengo yo. Le gusta que le rasquen detrás de las orejas».

«COBAYA ENCONTRADA. En las fotos sale peor, en realidad es más guapo. Le encanta jugar por las noches».

Redacté al menos veinte titulares distintos. Ninguno me convencía. Miré a Matilde y dudé. Seguro que ella, en un día normal, en uno en el que no estuviese al borde del pánico, me ayudaría sin problemas.

Después de varios intentos más me rendí y acudí a ella. Le expliqué la situación. Le pareció de lo más entretenido y decidió ayudarme con mucho entusiasmo.

—¡Sí! ¡Escribamos un cartel para la cobaya!

Me ayudó a seleccionar la foto, la plantó en el medio del cartel en grande y puso arriba:

«Encontrada cobaya macho de unos dos años de edad. A la atención de...»

Puso mis datos y finalizó el cartel. Me pareció que quedó soso y sin vida alguna, que no transmitía quién era Rodolfo. Supuse que esa era la intención. Imprimí varios carteles y los miré con el estómago encogido.

—Gracias.

—¡De nada! ¡Mira! ¡Genaro ya se está librando!

Pudimos ver a través de las paredes de cristal de su despacho cómo las personas con las que se reunía estaban de pie e intercambiaban efusivos apretones de mano.

Guardé los carteles de Rodolfo y tragué con fuerza. Recordé lo hablando con la psicóloga y con mis amigas. Intenté despejar la niebla de lo que pensaban los demás y centrarme en mis propios deseos. El dinero me vendría muy bien.

En la reunión, aparte de Genaro y Matilde, estuvieron tres profesionales más del periódico, incluyendo a la de recursos humanos, que me dijo que estaba ahí para mí, para asegurar que nadie me presionaba y se cumplían mis deseos.

Todo me pareció surrealista. Me enseñaron un contrato donde aceptaba cuatro apariciones con Eloy, y más en concreto, cuatro citas. Especificaban que dos fuesen restaurantes de categoría, otra al aire libre (me sugirieron actividades de aventura, que estaban de moda), y un concierto desde el palco VIP. Con todas esas apariciones, bien repartidas en las próximas semanas, nos asegurábamos que la gente pensase que salíamos. Ellos irían publicando las exclusivas.

—Después romperéis, y ahí es donde nos concederéis cada uno una entrevista, por separado. La representante de Eloy ha redactado un borrador.

Me tendieron un papel y aluciné.

—¿Eloy está al tanto de todo esto?

—Ya ha firmado —dijo Genaro con una sonrisa que enseñaba demasiado los dientes.

Miré a Matilde, que puso cara de absoluta emoción. De ahí que mi compañera estuviera tan excitada. Ya contaban con el beneplácito del cantante.

—Por supuesto, puedes modificar la entrevista en algunas partes y dar tu opinión.

Leí por encima nuestra entrevista de ruptura (de nuevo, surrealista). Al parecer lo hacíamos de mutuo acuerdo, nuestros mundos eran demasiado distintos y yo ansiaba volver a el anonimato. Se rogaba que me dejasen en paz, fuera de los focos. Eloy en su entrevista me daba las gracias por lo que le había enseñado y un gran etcétera.

Después de explicarme cada punto con detalle, me dijeron la cifra que cobraría por ese

«trabajo». Me quedé boquiabierta y miré a Matilde.

—Sueña. Sueña por las dos —dijo mientras me apretaba la mano.

Visualicé una casa. Nada exagerado, algo más grande que el apartamento en el que vivía actualmente, pero con una buena cocina y sitio para una mesa de comedor. Podría tener una casa para mí. Solo por unas semanas de trabajo, porque eso era lo que me estaban ofreciendo. Dinero a cambio de interpretar un papel. Solo eran cuatro citas. ¿Qué eran unas semanas de salir en la prensa comparado con solucionarme la vida? Contando que para mí eso suponía no tener que preocuparme por el alquiler y poder dedicar mi sueldo a comida, facturas y ocio.

—Está bien. Lo haré.

Matilde gritó de la emoción y me abrazó como si el dinero fuera a ser para ella. Aunque contando con los récords de visitas que se estaban rompiendo cada día en nuestra web, ella también se llevaría un pellizco.

Me volvieron a explicar los pormenores y firmé un montón de papeles. Entre ellos había un apartado al estilo de: «Se tratará de que la firmante vuelva a su puesto habitual al pasar dos meses tras la finalización de los eventos aquí descritos. Se intentará que la prensa quite el foco de la aquí firmante, sin prometer de ninguna de las maneras este efecto».

Me daban dos meses de vacaciones tras la publicación de la entrevista de ruptura antes de volver a mandarme a mi puesto de fotógrafa de prensa.

Genaro dejó caer que quizá podían cambiarme de sección. Debí haber solicitado que lo pusieran en el contrato, pero en ese momento estaba demasiado ocupada contando billetes mentales.

Matilde me dio la información de nuestra primera cita. Me reuniría con Eloy a las 21:35 en un restaurante muy caro de la ciudad. Un coche me recogería en casa y me llevaría hasta la puerta. Eloy estaría allí desde las 21:30. Querían fotografiar el momento en el que él se encontraba conmigo. Retiraría mi silla para que yo me sentase. A partir de ahí, libre. Debíamos permanecer al menos una hora y media en el restaurante. Después subirnos al mismo coche, que en realidad nos dejaría a cada uno en nuestra casa. Fin de la primera cita.

Firmé una cláusula de confidencialidad, pero eso no me impidió avisar a mis amigas: «Las próximas semanas veréis cosas, no os creáis todo. NO estoy saliendo con él».

Capítulo 17: La cena elegante

Matilde me hizo llegar varios vestidos a casa para que me probase y eligiese uno para la cena. Después debía devolverlos, a excepción del que utilizase. Todos eran de color rojo.

—¡Rodolfo! ¡No te subas al vestido, que es de diseño!

Con un susto tremendo bajé a la cobaya de uno de los vestidos. El muy granuja había trepado por la tela que colgaba a los pies de mi cama.

—¿Y cómo te has vuelto a escapar del salón? ¿Otra vez por el sofá?

Después de echarle la bronca a Rodolfo (incluyendo caricias y preguntarle: «¿por qué eres tan guapo?»), lo dejé en la sala y me enfrenté a la pila de vestidos.

Para otras cosas no, pero para eso, confiaría en mis amigas. Me los probé y me hice fotos. Las puse en el grupo de la Sociedad Secreta de las Solteras.

Abril: «El primero. Te hace un escote increíble. Se le va a caer el culo cuando te vea».

Teresa: «A mí me parece más elegante el número cuarto. El corte asimétrico por las rodillas te favorece.

María: «Qué dices, me hace más bajita».

Dani: «Yo combinaría cualquiera con una cazadora vaquera y así le quitabas importancia».

Abril: «¡¿Una cazadora?! ¡¿Con esas telas?!

Helena: «El de la espalda al aire, pero SIN cazadora».

Abril: «Si quieres impresionar insisto en el del escotazo. Le va a dar un infarto».

María: «Qué va, que se me puede salir un pecho y me van a estar fotografiando».

Abril: «Más gente que lo verá entonces, jaja».

María: (imagen de mujer sacando la lengua)

María: «Me habéis ayudado mucho (NO)».

Dani: «Con cualquiera estás bien».

Abril: «Sí, elijas el que elijas estás guapa».

Suspiré y dejé el teléfono. Fui al salón para encontrar a Rodolfo escalando por el sofá.

—¡Rodolfo! ¿Qué te tengo dicho?

—¡Cui, cui, cui!

—Ya, pero es que te vas a hacer daño.

—Cui, cui.

Entonces miré a la cobaya con repentina inspiración. Lo guardé un segundo en su jaula (con muchos gritos enfadados de por medio) y extendí los vestidos por la sala. El primero al que fuese, ese me pondría. Era un método tan bueno como cualquier otro.

Una vez preparado todo, cogí a mi (la) bonita cobaya tricolor y la dejé en el suelo.

—Vamos, guapo, ayúdame.

Rodolfo olisqueó el aire y se giró hacia el sofá.

—No, para ahí no.

Entonces vio uno de los vestidos, en la alfombra, hecho una bola. Corrió feliz a investigar. En cuanto fue a tocarlo, lo cogí. Ya tenía vestido.

Fue un tanto ridículo esperar siete minutos dentro del coche que vino a recogerme. Como la hora acordada eran las 21:35, yo tenía que llegar un poco más tarde que él para que me recibiese. ¿Quién pensó estas citas? A la hora exacta bajé del coche. El conductor me abrió la puerta y me

dio la mano para ayudarme a salir.

—Gracias.

—A su servicio.

Fuera del restaurante estaban dos compañeros de El Contemporáneo. Me saludaron efusivamente con la mano y me siguieron al interior.

—Tú haz como si no estuviéramos aquí.

—Y por lo que más quieras, no mires en nuestra dirección.

Asentí y empecé el trabajo de ignorarlos ampliamente. En la entrada había un atril y un camarero trajeado.

—Hola. He quedado aquí con Eloy.

—¿Me permite su nombre?

—María Pérez.

—Sígame, por favor.

El restaurante se abrió ante mí. Mesas vestidas con manteles y numerosa cubertería. Candelabros, cuadros elegantes en las paredes y un hilo musical de jazz. Nunca había estado en un sitio de tanto postín.

Localicé a Eloy. Estaba sentado en una mesa apartada, parcialmente tapado por unas plantas que podían ser tanto artificiales como naturales. Llevaba un traje. Por alguna razón pensé que iba como a una entrega de premios. Imaginé su voz: «Gracias a todos mis amigos, y en especial a esta planta, mi nueva mejor amiga».

Me reí con nerviosismo ante mi propia broma. Llegué hasta él. Se levantó con sobresalto y sonrió. Se apresuró a ir a mi silla y apartarla para que me sentase. Intenté no poner los ojos en blanco. Estábamos siguiendo el guion de la cita a la perfección y todo resultaba falso. Una vez que nos sentamos, cogimos la carta y la ojeamos en silencio.

No me concentré en los pomposos platos que había (*Ensalada templada de endivias sobre un lecho de frutos secos y arándanos*), sino en la última conversación que tuve con Eloy. Su frase retumbó en mi cabeza, aquella en respuesta a que no íbamos a tener una relación, aquella que tanto me había removido: «No te lo he pedido».

Yo no estaba por la labor de tener nada con él, ni esporádico, ni serio. Debía dejarle claro que no iba a pasar nada entre nosotros, ya había incumplido demasiadas normas de la Sociedad Secreta de las Solteras. Y, para qué mentirnos, no quería gastar la última baza de la regla número 10. Si nos liábamos una vez más, no podríamos hacerlo nunca más (superaríamos el máximo de tres). Y quién sabe cuándo podría tener un momento de necesidad irresistible. Lo mejor era no liarse en absoluto.

—No vamos a acostarnos —declaré.

—Lo que más me gusta escuchar al empezar una cita. —Su risa hizo que el ambiente se relajase.

—Estás rarísimo con el traje y el pelo engominado.

Había logrado dominar el flequillo a base de litros de gomina, y su frente estaba por una vez despejada. Estaba guapísimo, pero eso no se lo dije.

—Lo que estoy haciendo son unos esfuerzos increíbles contando el vestido que has traído.

—Lo ha elegido mi cobaya.

—Rodolfo se llamaba, ¿verdad?

—Sí.

—Tiene muy buen gusto.

He de aclarar que llevaba el vestido escotado. Mis dos compañeros me habían mirado el

pecho, el camarero, a pesar de su elegancia, había echado un vistazo también. Eloy me miraba a la cara.

—¿Qué tal está Black? ¿Lo has podido ver?

El buen ánimo de Eloy se esfumó al instante y vi pasar el dolor por sus ojos azules.

—Estamos con abogados. Ella alega que el nombre que aparece en la inscripción de adopción es el suyo, y que por eso tiene derecho a tener la custodia completa, y yo solo visitas. Ahora estoy teniendo que demostrar el tiempo que ha pasado conmigo. Por suerte, hay muchísimas fotos. Igual todo esto te suena ridículo... tanta historia por un perro... pero es que Black...

—No te pongas a llorar que nos están haciendo fotos.

—¡Ay! ¡Joder! —exclamó y se recompuso al instante. Fingió una sonrisa—. Tranquila, les interesa dar una buena imagen de nosotros. Es lo bueno de acordar una exclusiva, en vez de que te pillen de cualquier manera.

—Y siento mucho lo de Black. Te entiendo.

—¿Has intentado buscar ya al dueño de Rodolfo?

—He hecho carteles, pero todavía no los he colgado. No he tenido tiempo.

Estuvimos un buen rato hablando de nuestras mascotas. Las fotografías podrían revelar unas miradas de amor que en realidad correspondían a nuestros peludos amigos.

Hablamos de nuestros trabajos, él de los conciertos que tenían planeados, y yo de cómo era ser fotógrafa de prensa. Ambos echamos por tierra prejuicios que teníamos sobre la profesión del otro. También me habló de un montón de cosas que hacía, artes marciales, acupuntura para el estrés, las citas con su nutricionista, su entrenador... Tenía una vida muy ajetreada para un millonario.

Nos interrumpieron en diversas ocasiones para traernos la comida. Elegimos un menú degustación de siete platos; ya que pagaban otros, había que aprovechar. Viendo el tamaño minúsculo de cada ración, pensé que me quedaría con hambre, pero poco a poco me fui llenando.

Pedimos tres postres a compartir entre los dos. Mi favorito era el que se llamaba *Volcán de chocolate con crema de frambuesa y explosión de crema*.

—Esto está increíble.

—Te estás poniendo perdida.

—Hay que avisar que no elijan estas fotos.

—No creas, a mí me parece muy sexy.

—Eres muy ligón, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—Te salen ese tipo de frases con mucha naturalidad. Me pregunto si te has entrenado para ello o si te sale solo.

—Contigo me sale más.

—Anda, deja de adularme, que no hace falta.

Me metí un buen bocado de *Volcán de chocolate*, con la torpeza de que parte del relleno se salió, pasó a la comisura de mis labios y de ahí cayó una preciosa gota de chocolate a mi escote. Noté cómo la mirada de Eloy seguía el trayecto de la gota por mi piel. Recogí con mi dedo índice el chocolate de mi pecho y me lo llevé a la boca.

Eloy se removió inquieto en la silla y resopló.

—Vas a hacer que me de un infarto.

Sonreí con inocencia, como si no supiera el efecto que acaba de causar en él.

—Tranquilo, tengo una amiga cardiocirujana y te apaña en un momento. Por cierto, creo que llevo más de la mitad del postre, ¿quieres?

Le acerqué el plato y lo miró como si no reconociese ni qué objeto era ese. Su mirada se desvió hacia mi vestido, mi pecho y subió a mis labios. Me los humedecí y le repetí:

—¿Quieres?

No sabía por qué le estaba picando, pero enseguida se volvió en mi contra. Sentí mi respiración contra la tela del vestido y me imaginé quitándomelo; lo pasaría por encima de mi cabeza y le mostraría el sujetador negro que llevaba debajo. Rodearía la mesa, sentándome encima de él, y bajaría su cabeza a mis pechos. Disfrutaríamos.

Me volví a humedecer los labios, esta vez de forma involuntaria. Su mirada alcanzó la mía y agradecí que estuviésemos en un restaurante y no a solas, quizá no habría podido controlarme. Esa mirada de deseo era irresistible, primitiva, donde todo lo demás sobraba.

Carraspeé y me enderecé en la silla, sin ninguna necesidad porque ya estaba bien sentada.

—Entonces... ¿quieres el postre o no?

—Quiero... sí, lo probaré.

Cogió el *Volcán de chocolate* y se lo comió con normalidad. Él no intentaba ser sexy ni nada, pero yo no dejaba de sentirme excitada.

—¡Bueno! ¿Pedimos la cuenta? —pregunté en un tono demasiado alto y extraño.

Eloy se limitó a asentir. Le hice un gesto al camarero que trajo la cuenta dentro de un cuadernito cerrado. Eché un vistazo a la cifra y casi me atraganté. Menos mal que pagaban otros. Saqué la tarjeta que me facilitó el periódico. Eloy se me adelantó.

—No, pago yo —dijo él.

—No es mi tarjeta, es la que nos han dado para pagar estas cosas.

—Aún así, quiero pagar yo. Me lo he pasado bien y es lo mínimo que puedo hacer.

—No seas tonto, que si pago con esta tarjeta, nos sale gratis.

—No me cuesta nada hacerme cargo de la cuenta y me quedo más tranquilo.

—No sé qué tranquilidad te daría pagar.

—La tranquilidad de saber que al menos una parte de la cita ha sido real.

Esa opción me pareció mucho peor que seguir teniendo citas por contrato, así que cogí el cuadernito y metí la tarjeta del periódico con determinación. Él pareció decaído.

—No siempre te vas a salir con la tuya —le dije.

—Casi nunca lo hago, en realidad.

—Como el resto de los mortales, solo que luego tú puedes ir a una de tus piscinas a llorar.

¿Por qué estaba siendo tan mordaz? Eloy, en vez de responder a mi puya, se levantó de la mesa y se acercó a mí. Tardé unos segundos en darme cuenta de que pretendía retirarme la silla al levantarme.

—Oye... perdona, igual me he pasado con el comentario.

—No pasa nada —dijo con un tono de que sí pasaba algo.

Estaba claro que había dado en algún punto sensible para él. En realidad, el cantante era más sentimental de lo que hacía ver en su faceta del dúo Eloy y Raúl.

Salimos del restaurante en silencio y fuimos hacia el coche que nos preparó el periódico. Subimos juntos en la parte de atrás, cada uno en una ventana.

El trayecto de vuelta a casa fue incómodo y extraño. Cada uno miramos por la ventana como si no conociésemos nuestra ciudad y estuviésemos ávidos de aprender cada edificio y negocio que había ahí fuera. El coche primero me dejó a mí.

—Bueno, eh... gracias, supongo. Nos vemos la próxima semana.

—Que duermas bien.

Me desabroché el cinturón y me acerqué a él para darle dos besos. Me pareció lo normal al

despedirnos. No contaba que, por mucho coche de lujo en el que estuviésemos, no había demasiado espacio para ello. Me apreté más de lo necesario contra su cuerpo y le planté los labios en las mejillas.

—Buenas noches. —Me separé deprisa.

Cuando entré a mi casa, estaba excitada, confundida y enfadada, sin saber muy bien por qué.

LAS ÚLTIMAS FOTOS DE ELOY Y MARÍA: cena íntima en un restaurante de moda

¡ÚLTIMA HORA! Eloy Santana lleva a cenar a la fotógrafa

Un experto en comunicación no verbal nos desvela lo que realmente se dicen Eloy y María

Capítulo 18: Paintball

Para la cita de aventura nos ofrecieron *puenting* (no, gracias, no quiero morir), escalada (no quiero ver cómo se le marca el culo y el paquete a Eloy con el arnés), quads (paso de agarrarme a su cintura) y *paintball*. Esta última fue la que me pareció más segura y la que nos permitía tener más distancia entre ambos. Nada de rocecitos inocentes y calenturientos.

Una cosa con la que no contaba era con lo injusto que es el mundo y lo mal repartido que está.

Cómo le quedaba a Eloy la parafernalia de *paintball*: guerrero recién salido de una película, con armadura que le hacía tener buenos hombros, destacaban sus músculos y su postura, con el casco dándole un toque de motorista sexy y misterioso.

Cómo me quedaba a mí las protecciones: mis chichas sobresalían por todas partes, quejándose de estar apretadas. El casco me quedaba grande y parecía un alien venido de otra galaxia. Y para colmo el conjunto me hacía parecer más bajita.

Entonces caí en la cuenta. ¡Iba a ser fotografiada con esas pintas!

El fotorreportaje de la cita anterior quedó muy bien; elegante y divertido. Se nos veía sonreír, mirarnos con romanticismo (estoy segura de que ese momento era cuando hablábamos de Rodolfo y Black, solo los animales nos ponen esa cara de idiotas).

No se me ocurría de qué manera me podían fotografiar, desde qué ángulo podrían hacer que quedase bien. Intenté imaginarlo con mi habilidad visual de captar momentos, barajé posibles posiciones, la luz. Era imposible.

—¿Estás bien?

—La verdad es que no. Este traje me aprieta y me queda fatal. Voy a salir muy mal en las fotos.

—¿Qué dices? Si estás increíble.

Eloy me miró cómo si creyese en sus palabras.

—¿Además de cantante eres actor? Porque solo hay que tener ojos.

Debatimos un poco sobre lo mal (bien) que me quedaba el uniforme, hasta que vinieron los monitores a explicarnos todo (siete personas ni más ni menos).

La pista de *paintball* que utilizaríamos era un escenario exterior que recordaba a una película del oeste. Había distintos sitios donde esconderse, tras el heno, tras unos barriles, en un carromato, en la taberna con doble puerta batiente...

Las normas eran sencillas y el hombre que parecía al mando nos las explicó con seriedad.

—Nunca os podéis quitar las máscaras de protección si estáis en el terreno de juego. Nunca. Da igual si habéis estornudado dentro y tenéis el visor lleno de mocos. Nunca. —Como hizo una pausa, asentimos con fervor—. No disparéis nunca a la cabeza, ni a menos de seis metros. Si estáis a corta distancia decid ¡*BAM!* y esto contará como muerte. Si podéis atinar con la puntería, apuntad a las protecciones que lleváis. Es fácil hacerse moratones. Las pistolas siempre deben estar mirando al suelo y con el seguro puesto hasta que estéis en el recinto y se dé la señal de inicio.

Una monitora nos entregó las pistolas de *paintball* y nos enseñó a utilizarlas. Con tanta protección y el casco me era más difícil manejar el arma.

—Haremos tres juegos hoy. Como habéis venido solos, sin amigos —no sé por qué eso sonó a puya—, mis compañeros formarán equipo con vosotros. El primer juego será de dos equipos,

modalidad normal, para calentar. Esto es, si alguien recibe un disparo, está muerto y ha de salir de la pista. ¿Queréis estar juntos o separados?

—Juntos —dijo él.

—Separados —dije a la vez.

El monitor alzó una ceja, esperando a que nos decidiéramos. Eloy me cogió del brazo y me llevó un par de metros hacia atrás para tener intimidad al hablar.

—Este tipo da bastante mal rollo. Mejor si vamos juntos, ¿no crees?

Su mano seguía cogiendo mi brazo, ahí donde no había protecciones, solo la fina manga de mi camiseta.

Mi cabeza barajó rápido las opciones, poniendo en una balanza el miedo que daba ese señor versus la excitación y nerviosismo que me causaba estar cerca de Eloy.

—Supongo que para las fotos estaría bien que estemos cerca. Aunque la próxima partida jugamos separados.

—¡Genial! —Se giró hacia el monitor—. Iremos juntos.

En quince minutos estábamos en el terreno de juego, perfectamente equipados y con el corazón a tope.

—Estoy nerviosa.

—Va a ser muy divertido, ya verás.

—¿Has jugado antes? —pregunté de repente, al darme cuenta de que era muy probable de que sí.

Eloy se giró, localizó a uno de los monitores escondido tras el heno y BAM, le alcanzó de lleno en la protección del pecho.

—Algunas veces.

—No te puedo ver la cara ahora mismo, pero me apuesto lo que sea a que estás sonriendo como un engreído.

—Cuidado, que vienen dos por la taberna.

Se acabó el flirteo o lo que fuese eso, nos pusimos serios y nos coordinamos. Eloy alcanzó a otro monitor enseguida. Quedaban dos. Yo intenté disparar sin acercarme siquiera al objetivo. Dejé una bola de pintura espachurrada contra un cartel (habría sido más difícil darle apostá), contra el heno, contra las puertas dobles de la taberna...

—¡No sé cómo se apunta esto! —me quejé.

Eloy se hizo cargo de los otros dos que quedaban. Partida finalizada.

—Lo has hecho muy bien para ser tu primera vez —se atrevió a decir el muy desgraciado.

—¡¿Qué dices?! Vaya desastre.

Nos reunimos en círculo de nuevo con los monitores y el jefe de estos.

—Buen inicio. Ahora jugaremos la partida especial. Dos equipos, pero en esta ocasión se necesita dos tiros para matar a alguien. Si tenéis un disparo podéis acudir al médico para que os cure. Yo seré el médico.

«Prefiero morirme antes que ir a que me cure este señor», pensé.

—¿Iréis juntos o separados?

—Separados —dijimos a la vez. Continuó solo Eloy—. Pero me gustaría unos minutos para ayudar a María a aprender a apuntar.

El monitor jefe puso cara de disgusto, y luego se recompuso.

—Por supuesto, lo que queráis. Para eso habéis reservado todo el *paintball*.

Así que eso era. Este señor estaba cabreado por algún motivo, quizá no era tan desagradable de por sí. Tal vez estábamos siendo unos engreídos solo con nuestra presencia ahí (sin amigos,

además, cómo se nos ocurre).

Eloy me guio poniendo su mano en mi espalda hacia uno de los obstáculos.

—Lo primero que tenemos que descubrir es cuál es tu ojo dominante.

Me hizo una prueba en la que ponía un dedo delante de mí y lo centraba, después cerraba un ojo y luego el otro, y comprobaba con qué ojo había hecho el enfoque.

—Bueno, ojo zurdo y mano diestra, algo más complicado, pero no pasa nada. Al apuntar, tienes que hacerlo así.

Antes de enseñarme cómo, descargó nuestras armas con habilidad. Estuvimos apuntando a distintas zonas. Me corrigió la postura colocando sus manos sobre mi cuerpo. Qué calor estaba pasando.

—Flexiona las rodillas un poco, no tanto, así. Bien.

—No sabía que eras profesor de *paintball*.

—Yo tampoco. Son nuevas facetas que me sacas tú.

Cuando acabó su lección, volvimos con los monitores. El monitor jefe recogió el testigo.

—Estos son vuestros equipos. Aunque todos mis trabajadores son buenos tiradores, he intentado equilibrar la partida poniendo a los más buenos con María.

—Gracias —dije con un sarcasmo que el tipo no captó.

—De nada.

Nos dividimos en los grupos. Antes de separarnos a distintas ubicaciones para planificar, escuché cómo una de las monitoras que estaba con Eloy le decía: «Soy muy fan vuestra, me encanta vuestro último disco, y tu voz...».

No pude escuchar más, pero no me hizo gracia que hablase de su voz. Encima seguro que la mujer se daría cuenta de que su voz era de hecho más increíble que en los discos. Ese tono rasgado, sensual, le salía solo.

—María, eres nuestra líder —dijo uno de los monitores de mi equipo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. ¿Qué quieres que hagamos? ¿O prefieres que te ayudemos a planificar?

—Em... mejor si me ayudáis.

—Bien, lo que haremos es...

El chaval, porque tenía pinta de ser un chaval de dieciocho recién cumplidos, prosiguió a relatar toda la estrategia que ya tenía pensadísima. ¿Y si hubiese dicho que quería planificar yo?

Miré con disimulo a la zona de la taberna falsa, donde estaba el grupo de Eloy. El cantante hablaba con efusividad y los demás lo observaban. Por supuesto, él estaba haciendo la estrategia de su equipo. Lo odié un poquito.

—Tenemos que ganar como sea —dije con repentina competitividad.

—¡Claro que sí, señora!

Señora. Ese chaval me había llamado señora. Que no cundiese el pánico.

—¡Bien! —exclamé con un tono demasiado alto y le choqué los cinco de forma torpe.

El chico marcó nuestras posiciones, él iría conmigo. Nos escondimos y esperamos la salida. Esta segunda partida fue increíble, emocionante, acelerante. De las que te hace querer volver a hacer *paintball* y te hace decir frases pedantes como «yo llevo mis propias protecciones», «me quiero comprar una pistola de *paintball*», o «he estado buscando en Internet las mejores estrategias de ataque».

El equipo de Eloy empezó dominando y pronto yo tenía un disparo en el cuerpo. Ir hacia el médico era de riesgo, uno de ellos lo había localizado y lo vigilaba, pero yo debía ir. Formaba parte de la estrategia que había hecho el chaval. «*Estarán demasiado atentos a pillarte, y*

nosotros les cogeremos por detrás», «Vamos, que seré el cebo».

Y lo fui. Me desplazé con rapidez de un obstáculo al siguiente, intentando cubrirme y no echar a perder el plan. Eloy movió su posición para acercarse. La monitora fan también. Y ya había uno cubriendo al médico, así que tenía a los tres integrantes pendientes de mí.

Esto hizo que mi equipo eliminase con facilidad al cuarto de ellos. Eloy se dio cuenta e hizo varios tiros desde la distancia, alcanzando a una de las chicas de mi equipo, dos veces. Eliminada.

Hice amago de salir de detrás del carromato volviéndome a esconder con rapidez. Varias balas de pintura volaron por el sitio en el que estaba segundos antes. Desde ahí podía ver al jefe de los monitores, que se había puesto una banda blanca con una cruz roja en el brazo. Estaba atrapada y solo me quedaba esperar a que el chaval y la otra de mi equipo se deshicieran de los otros.

Me asomé por el otro extremo del carromato y vi la batalla desenvolverse. Cambios de posición, tiros, resultando en todos muertos menos Eloy y su fan. Aproveché que lo estaban celebrando para correr hacia el médico, que me limpió con rapidez la pintura y me dijo:

—Curada. No creo que te hayan visto venir. Yo daría la vuelta por aquí detrás, pasaría tras el heno, y los cogería por la espalda.

—Gracias.

No sabía por qué me había ayudado, se suponía que el médico era neutro, pero no iba a pararme a pensarlo. Hice lo indicado y vi cómo mi posición mejoraba.

Tenía a Eloy y a la chica agazapados tras unos barriles, mirando en dirección al carromato. Debía hacer cuatro disparos para ganar la partida, sin tener yo ninguna puntería. Resoplé. No iba a conseguirlo.

Entonces recordé una de las normas y me acerqué más. Vi que se estaban poniendo nerviosos al no verme. Cuando estuve cerca, les pude oír. Hablaba Eloy:

—Creo que se ha movido. No se ha asomado ni una vez.

—O quizá está esperando a que vayamos a por ella, tenernos al descubierto.

—Lo mejor sería separarnos.

—Lo que veas, aunque yo creo que si vamos juntos no nos podrá disparar a los...

Antes de que la fan pudiese acabar su frase aparecí corriendo a su lado, gritando como una perturbada, y asegurándome de que estábamos a menos de seis metros de distancia:

—¡BAM, BAM, BAM, BAM! ¡Estáis muertos!

Eloy y la chica dieron un salto del susto.

—¿De dónde ha salido esta?! —gritó la monitora. Su casco no me permitía ver bien su cara, pero me la quise imaginar cagándose en todo.

—¡Muy buena! —exclamó Eloy con el susto todavía en el cuerpo.

Salimos del área de juego, dejamos las pistolas y nos quitamos los cascos. Ahí pude comprobar que, en efecto, la chica estaba cabreada, como si le hubiese arruinado su cumpleaños. Se lo debía de estar pasando genial planeando cosas con su cantante favorito hasta que aparecí yo.

«Anda y vete a tomar viento fresco, que gano yo y esta cita es mía», pensé triunfal. Como si quisiese reforzar mi postura frente a la fan (todo muy adolescente, la verdad), fui hacia Eloy y lo abracé con fuerza.

—Ha sido muy divertido, ¿verdad?

—Nos has cogido totalmente por sorpresa. Te hacía en el carromato o en el médico.

Mientras él decía eso, enganchaba sus manos en mi cintura (osease, en esa carne que sobresalía rebelde entre las protecciones). Con la victoria, me sentía acelerada y llena de

excitación, como si acabase de bajar de una montaña rusa.

La fan nos observaba, no sé por qué no se iba por ahí con los otros monitores, se notaba que Eloy y yo estábamos teniendo un momento íntimo. No contenta con su intromisión física, se puso a hablarnos.

—¿Para la tercera partida vamos juntos otra vez? —Se dirigió solo al cantante.

Eloy no pudo contestarle porque de repente tenía su boca ocupada con la mía. Lo besé como si no hubiera un mañana. Nivel de adolescencia actual: once de diez. Eloy me abrazó con fuerza y me correspondió. Me olvidé de la fan, del calor, de la presión de las protecciones. Solo sentía la boca de Eloy, su respiración, sus manos en mi cuerpo. Él se separó un segundo para susurrarme:

—Eres mi villana favorita. Nadie me había ganado al *paintball* de esa manera y besado de esta otra. Estoy... —En vez de definir cómo se sentía, continuó besándome.

Un pensamiento entró en mi cabeza. ¿Qué estaba haciendo? ¿Contaba esto como incumplir la regla número 10? Lo más seguro sería separarme, por si acaso. Quería dejarme esa tercera ocasión de liarme con él en la recámara, me daba seguridad. Corté el beso. Carraspeé.

—Buena partida —dije sintiéndome una idiota.

Sus mejillas estaban sonrosadas.

—Sí, la partida.

El momento se volvió extraño. Cuando dejamos de decir monosílabos y frases vacías, retomamos el juego con los trabajadores del *paintball*.

La última partida consistió en capturar la bandera. Nos pusimos en el mismo equipo y nos coordinamos. Ganamos con facilidad, aunque me dio la sensación de que los monitores estaban ya un poco cansados de nosotros y querían irse a casa. Antes de irnos, varios le pidieron su autógrafo a Eloy, incluida su fan máxima. Yo me quedé a un lado, incómoda, viendo cómo les escribía alguna frase en un papel y luego plantaba su rúbrica.

Nos dirigimos a la salida, donde nos esperaba un coche para llevarnos a casa. También vi a mis compañeros del periódico, fotografiándonos sin cesar. Eloy también los vio. Entonces me dijo una frase, una sencilla frase que anuló todo lo que acabábamos de vivir:

—El beso va a quedar muy bien en las fotos.

La cita MÁS EMOCIONANTE de Eloy y María

Torridos besos en el campo de Paintball entre el cantante y la periodista

No cometas el error de María y descubre cómo elegir unas protecciones de Paintball adecuadas para tu cuerpo

Lo que todas podemos aprender de María, la última novia de Eloy #MaEl #BodyPositive

Capítulo 19: La cena barata

Il bisi vi i quidir miy biin in lis fitis. Ñiñiñi ñiñi ñi ñiñí. Mientras en mi cabeza reproducía la frase sin parar, alterando la entonación y probando cada vez formas más ridículas de decirla, Rodolfo correteaba impune por encima del sofá.

—¿En serio? —me preguntó Helena, estaba al teléfono con ella.

—Como lo oyes.

—Qué idiota. Bueno, ya sabes a lo que atenerte. Tú dedícate a cumplir el contrato, a hacer tu buen dinero, y a disfrutar del tiempo libre. Trabajar solo un día a la semana debe de ser un sueño. Cuéntame, ¿a qué te dedicas ahora?

Solo tenía el compromiso de una cita a la semana y el resto del tiempo lo tenía libre, pero no lo estaba aprovechando mucho.

Jugaba con Rodolfo, pensaba en hacer algún vídeo de ejercicio (sobre todo los veía, para qué mentir), y me metía en bucles insanos en Internet durante horas.

Enseguida descubrí que el beso de la cita del *paintball* había sido muy sonado. Yo seguía viéndome horrible con las protecciones, y otras tantas personas hicieron comentarios negativos, pero la mayoría eran positivos. El movimiento de #BodyPositive me había convertido en un símbolo y muchas chicas decían alegrarse de que Eloy estuviese saliendo con una chica «real». Les daba esperanzas.

Lo que no sabían era que pronto, cuando todo esto acabase, seguramente volvería a su ristra de modelos, actrices y demás chicas del mundo del famoseo.

También nos pusieron nombre oficial de pareja: #MaEl. Una mezcla de María y Eloy. Me pareció la más adecuada contando con que otras combinaciones posibles eran Maloy o Eloría.

—¿Qué tal tu día en el trabajo? —le pregunté a Helena para cambiar de tema.

—Genaro está bastante pesado con la sección de Sociedad en la web. No hacéis más que romper récords. Matilde está contentísima, pero también se le está cayendo el pelo.

—¿Y qué tal os va en Internacional?

—Bien, seguimos teniendo un buen espacio en el formato papel.

Helena pasó a contarme cosas de su trabajo y los artículos en los que andaba metida. Cuando acabó, me intenté despedir, y digo «intenté» porque al final estuvimos enganchadas al teléfono otro buen rato más.

—Te tengo que dejar, me tengo que preparar para la cena. No me apetece nada ir a un sitio pijo. Tengo hambre de rollitos de primavera, con su buena ración de salsa agri dulce por encima. O unas gyozas mojadas en salsa de soja.

—Me estás dando hambre. —Helena se rio—. Oye, ¿y no puedes cambiar el restaurante? Que la que tienes que comer allí eres tú.

—Déjame que revise el contrato. No quiero hacer nada que resulte en que no me paguen o me paguen menos. —Leí con atención y localicé la parte interesante—. Aquí pone que dos citas tienen que ser en «restaurantes de categoría».

—Parece lo suficientemente vago como para que puedas ir a un restaurante que te gusta. No creo que te digan nada.

—¡Pues lo voy a hacer!

Animada por Helena, escribí a Eloy que cambiábamos de ubicación, que iríamos a otro sitio.

Le mandé la misma información a mis compañeros fotógrafos de El Contemporáneo.

—Vale, ¿y qué me pongo? No quiero que piense que me arreglo para él y ni de broma llevaré uno de los vestidos que me han mandado. Son todos demasiado elegantes.

—Ve normal.

Cogí unos vaqueros de pitillo ajustados.

—Vale, vaqueros entonces. Arriba me pondría una camiseta de tirantes porque hace bastante calor, pero no quiero que se entusiasme demasiado.

—¿Por qué no te pones la camiseta blanca, esa que tiene transparencias en la parte de arriba? En realidad enseñas menos piel que con la de tirantes, es fresquita y te queda genial.

—Vale.

—Lo único... si a ti te han mandado vestidos, ¿a él le habrán enviado trajes?

—Seguramente.

—Avísale de que se vista informal, que si no vais a quedar muy raros. Sobre todo él, va a desentonar en el restaurante.

Me lo imaginé en el restaurante asiático con un traje digno de gala al lado de la pecera, y me reí en alto.

—No seas mala —dijo Helena al otro lado.

—Tú también te estás riendo.

—Porque es gracioso.

Bromeamos un rato más, y al final accedí a lo que decía Helena. Escribí a Eloy para que vistiese informal.

—Te dejo ya, ¡muchas gracias!

—¡Ah! Por cierto, María, ¿pusiste ya los carteles de la cobaya?

—Eh, esto, es que no tengo celo. Llevo prisa, ¡ya hablamos!

Colgué el teléfono y me apresuré a vestirme. Me puse pintalabios rojo y poco más. El coche que vino a recogerme era tan pomposo como las demás citas. Podría haber ido andando, era un restaurante que estaba a diez minutos de mi casa. En coche llegué en tres.

Saludé a mis compañeros del periódico y entré al local. Una música suave me acogió, las paredes con tonos rojos y dorados, la pecera que dividía dos secciones de mesas. Y Eloy, sentado al fondo en una mesa, firmando autógrafos a una cola de cinco chicas.

Lección sobre el mundo del famoseo aprendida: si vas a restaurantes de «categoría», te molestarán menos. En sitios «normales» la gente se te acerca sin ningún pudor. Todo con muchas comillas y retintín al decirlo. Suspiré y esperé apoyada en la entrada a que acabasen.

Uno de los fotógrafos se me acercó:

—María, ¿no entras?

—Estoy esperando a que se vayan las fans.

—¿Por qué has cambiado el restaurante?

—¿Por qué supones que ha sido mi idea? Quizá haya sido idea de Eloy.

—¿Venir al restaurante de tu barrio?

Me encogí de hombros, testaruda e irritada con la situación. Mi compañero se retiró y me dejó tranquila. Diez minutos más tarde, Eloy estaba libre. Cuando me acerqué a él, se levantó para recibirme. Nos dimos un repaso de arriba a abajo y nos reímos.

—¡Qué vergüenza! —exclamé.

—¿Por? No pasa nada, de hecho, nos vendrá bien.

—Qué va, siempre he pensado que las parejas que hacen esto es ridículo.

—Olaia y yo lo hacíamos mucho, bueno, ella insistía, ya sabes.

Debía decir en este momento que ambos íbamos con vaqueros, de una tonalidad muy parecida, y con una camiseta blanca, la mía con transparencias en la zona superior, la suya de manga corta y ajustada a su torso. Como esas parejas azucaradas, nos habíamos conjuntado.

—Vaya bochorno —insistí—. ¡Y así vamos a salir en las fotos!

Contuve el impulso de girarme hacia mis compañeros. Por el rabillo del ojo noté que nos observaban. El grupito de chicas que le había pedido autógrafos estaba muy atento de nosotros. Y nos apuntaban con el móvil, podían estar grabándonos o haciéndonos fotos.

—Qué agobio —dije y me senté de espaldas a la gente, al menos que no me viesen la cara.

—¿Quieres que nos vayamos?

Fue mi hambre la que respondió:

—Yo de aquí no me voy sin comer. Haz una seña al camarero para que venga. ¿Te importa que pida por ti? Así vamos más rápido.

No quería esperar a que él mirase la carta y decidiese.

—Vale, me fio de tu criterio.

El camarero vino y pedí un poco de todo, esperando acertar para Eloy. ¡Qué hambre tenía! Lo que debía hacer por comer unos rollitos de primavera. Antes de que el camarero se fuera, Eloy habló con él:

—¿Le importaría pedirle a esas chicas que no nos fotografiasen? Querríamos algo de intimidad.

El hombre se giró y se percató del panorama.

—¿Sois famosos?

—Algo así —dijo Eloy con una sonrisa tímida y un gesto de disculpa.

—Ah, vale. Enseguida.

El camarero les pidió a las chicas que se sentasen y nos dejasen tranquilos. Aun así, yo veía que seguían sacando el móvil con disimulo y nos tomaban fotos.

Por suerte, la comida llegó rápido. Devoré con ansia. ¡Qué hambre tenía! ¡Y qué estrés! Eloy empezó a hablar.

—¿Qué le pasaba al otro restaurante? Habríamos tenido más intimidad. Además, es un sitio que tiene una lista de espera de casi un año. Mi *manager* nos consiguió hueco con mucho esfuerzo. ¿No te gustó el restaurante del otro día?

—Sí, estaba bien, pero prefiero comida más normal. ¿Y no hay veces que el cuerpo te pide comida de un tipo? ¿Pizza o rollitos, por ejemplo?

—Si querías un restaurante asiático hay uno muy bueno que te podría enseñar. Habérmelo dicho.

—¿Y el precio es asequible como aquí o de locos?

—Supongo que de locos —dijo él, sonriendo.

—Estás muy malcriado —me salió decirle.

—No veo por qué.

—¿No lo ves? Solo comes en restaurantes de «categoría» —hice comillas en el aire de forma exagerada—, y tienes un mayordomo que te prepara un *buffet* cuando intuye que puedes tener hambre, sin tú decirle nada.

Eloy se quedó pensativo antes de contestar.

—Visto así. Por cierto, ¿hoy me darás un beso?

—¿Qué? No, claro que no.

—Nos están haciendo muchas fotos, no solo los de tu periódico.

—No voy a darte un beso porque haya unas niñas sacándonos fotos.

—Ha venido más prensa. No te gires a comprobarlo o te sacarán de lleno.

—¿Qué? Pero... ¡qué cagada! Entonces no tendremos la exclusiva. ¿Esto contará como incumplimiento del contrato? ¿Me descontarán dinero o algo?

—No lo creo, no ha sido nuestra culpa.

Mientras devoraba unos tallarines pensé que quizá sí había sido mi culpa. Parecía nueva en toda esta historia. ¿Qué me pensaba, que podía ir al restaurante de mi barrio sin que nadie nos viese?

—Qué cagada —repetí.

—Dame la mano.

—¿Para las cámaras?

—Para que te calmes.

Él extendió su mano a través del mantel y la dejó abierta, esperando la mía. No podía dejarle colgado delante de todo el mundo. Con desconfianza (porque eso de que era para que me calmase y no para las cámaras no se lo creía nadie) alargué mi brazo y le di la mano. Él la recibió con calidez y me acarició el dorso.

—Mírame a los ojos. Apenas me has mirado hoy.

Tragué la comida que tenía en la boca, bebí agua y suspiré. Llevé mis ojos a los suyos, parcialmente tapados por su flequillo. Hizo su gesto habitual de quitárselo, para que al instante cayese de nuevo en el mismo sitio.

—Todo va a ir bien.

—Ya —dije todavía estresada.

—Te diría una cosa, pero me parece que me vas a llamar malcriado aún más.

—Está difícil que te superes. Prueba.

—La próxima vez que quieras venir a un sitio de estos, avísame con tiempo y lo preparamos. Muchas veces nos dejan alquilar el local por una noche.

—¿Te refieres a cerrar todo un restaurante solo para nosotros?

—Eso es.

Boquiabierta, negué con la cabeza.

—¿Y si otra persona tiene antojo de rollitos de primavera?

—Puede pedir para llevar.

—Vivimos en mundos paralelos, eso está claro. Y no, no querría cerrar un restaurante por puro egoísmo.

—No lo veo como egoísmo, es comprar un servicio. El restaurante factura más que en una noche habitual, para el negocio es bueno.

—No lo veo bien.

Nos enzarzamos en una discusión sobre «cosas de ricos» que no tenían sentido para mí. La discusión se fue calentando. Él hablaba con dolor.

—Lo que no entiendes, María, es que yo no tengo privacidad si no la compro. ¿Sabes lo difícil que es eso? ¿No te lo has podido imaginar en los últimos días conmigo? Que te saquen fotos, que tengas que mantener una sonrisa perfecta todo el tiempo, incluso ahora, tengo que mantener una postura bonita y una sonrisa agradable, aunque lo único que me apetezca sea estar triste o gritar de frustración porque no me entiendes.

Dejé que sus palabras volasen en el aire e intenté empatizar con él. Eloy continuó:

—Antes has mencionado que debe ser genial tener tanta gente a mi alrededor que trabaja para mí. «Empresas Eloy» decías, ¿no? La realidad es que todo esto me ocasiona estrés y soledad. Estoy lleno de compromisos, asistentes, trabajos y siempre tengo que llevarlo con dignidad.

¿Qué me deja la novia y encima no me deja ver a mi perro? Da igual, tengo que seguir dando conciertos y firmando autógrafos. Y se le suma el lío en el que estamos metidos porque mi *manager* piensa que le va bien a mi marca. Así que María, perdona si te ofende que te ofrezca alquilar un restaurante por una noche, porque quiera estar contigo a solas y no bajo el foco de tantas personas.

Lo miré con seriedad. Realmente nuestros mundos eran muy distintos. Algo que yo daba por hecho como salir a cenar, para él suponía una planificación tremenda.

—Vale, lo entiendo —dije, al fin—. Me sigue pareciendo increíble, pero veo tus razones.

Él dejó escapar el aire y por fin sonrió de verdad, no ese gesto agradable y falso que mantuvo durante la conversación.

—Gracias.

—No hay de qué. Bueno, ¿quieres postre?

—Aquí no, conozco un sitio al que podemos ir, son discretos —dijo él.

—Si te gusta el helado, yo conozco uno mejor. Totalmente íntimo.

Él me miró un poco extrañado, pero asintió. Pagamos la cuenta y salimos. Fuera había al menos quince periodistas.

—¡María! ¿Qué tal ha ido la cita?

—¡Eloy! ¿Cómo va vuestra relación?

—¡Eloy! ¿Qué tienes que decir de la gente que opina que solo es un rebote?

—¡María! Nos encantó verte con la ropa de *paintball*, ¿qué piensas de ser un icono del *body positive*?

Eloy me pasó la mano por los hombros en un gesto protector. Yo acurruqué mi cabeza en su cuerpo y nos dirigimos hacia el coche. Entré yo primero, luego él. El conductor era el mismo que me había traído a mí.

—A mi casa, por favor.

—¿Y el postre? —preguntó Eloy algo desconsolado.

—Tengo helado en el congelador. ¡Solo helado! No pienses nada raro.

—No, por supuesto —sonrió.

Subimos a mi casa. Al ver el sofá se me pasaron por la cabeza las imágenes de la última vez que Eloy estuvo aquí: yo sentada a horcajadas encima de él, nuestras respiraciones entrecortadas.

—Voy a por el helado, siéntate.

Rodolfo, que no soportaba no ser el centro de atención ni que hubiese cometido el grave pecado de no saludarle todavía, empezó a hacer sus chillidos habituales.

—¿Has puesto ya los carteles?

—No tengo celo.

Él soltó una carcajada brusca.

—¿Qué? —lo observé ofendida.

—Tus excusas son cada vez más divertidas.

—¡Es verdad! Podrías registrar la casa y no encontrarías ni un solo rollo de celo.

—Te puedo traer uno el próximo día.

—No hace falta, ya bajaré a comprar.

—Si no, dame los carteles y ya le mando a alguien ponerlos.

—Si bueno, lo que faltaba.

—Pues te ayudo yo a colgarlos, lo hacemos juntos.

—Que no. Esto es algo que tengo que hacer yo —dije con dignidad. Cambié de tema al instante—. ¿Cómo va lo de Black?

—Igual, sin avances.

Nos sentamos en el sofá y comimos helado mientras hablábamos de nuestras mascotas. Podía parecer una tontería, pero ambos teníamos nuestros miedos y dolores. ¿Y si ponía carteles y alguien venía y se llevaba a Rodolfo? ¿Y si Olaia no le dejaba ver a Black a no ser que fuese a verlo a su casa, con las correspondientes fotografías y titulares? Nos los podíamos imaginar: «Eloy regresa a casa de Olaia, ¿habrá reconciliación?».

Cuando acabamos los helados, no sé muy bien cómo pasó, pero su mano estaba en mi muslo, acariciándolo arriba y abajo. Una descarga de excitación recorrió mi cuerpo. Me mordí el labio con suavidad. «No lo mires o la liarás».

Me desobedecí y levanté la mirada. Sus ojos esperaban a los míos, transmitiendo esa pasión que ya conocía tan bien. Podía visualizar a la perfección lo que sucedería. Su ropa y la mía saliendo despedidas, sentarme a horcajadas encima de él, su rostro en mi pecho, mi boca en su cuello. Negué con la cabeza.

—Será mejor que te vayas —le dije.

Su mano dejó de moverse en mi muslo.

—Estás pensando demasiado, se nota mucho cuándo te pones límites a ti misma.

La Sociedad Secreta de las Solteras era en efecto secreta, y no podía contarle la de reglas que tenía para evitar que idiotas como él me rompieran de nuevo. No podía permitirlo. Me puse de pie y me alisé el vestido. Carraspeé.

—Es mejor no confundir las cosas.

—Yo lo veo muy claro, la verdad —dijo él.

Me dirigí hacia la puerta y la abrí para que saliese.

—Buenas noches, mi villana.

Averigua todo sobre la cita en un restaurante de barrio de Eloy y María

Claves para vestir en pareja, te lo contamos con Eloy y María #MaEl #MatchingOutfits

¿Por qué no hubo beso en su última cita?

Los expertos lo analizan

Capítulo 20: EAPEC

Miré el cartel promocional del Evento Anual del Periódico El Contemporáneo. Una ilustración de un periódico abierto, donde en vez de noticias se veían los reconocimientos obtenidos en el último año. Una sonrisa torcida salió en mi boca. Así que ahora sí les interesaba hablar de la sección de Sociedad, ahora que rompíamos récords en cuanto a visitas en la web y menciones en redes.

Me acordé de lo mucho que me reí el año pasado con Abril mirando el cartel de la entrada. A mi amiga la doctora le pareció que las siglas EAPEC sonaban a medicamento laxante. A decir verdad, no le faltaba razón.

Recordé también la que se lió el año pasado con Abril, Helena, cierto chico y el *fake dating* que se marcaron por una noche. En su momento me pareció emocionante. Ahora yo estaba metida en algo, no parecido, sino mucho peor. ¡Incluso había firmado un contrato!

Helena llegó en ese momento. Llevaba un elegante traje de chaqueta, con un lazo de seda a modo de corbatín que le quedaba muy bien. Se había trenzado la melena pelirroja a un lado.

—Estás guapísima —le dije y le di un abrazo.

—¿Cómo estás? ¿Cómo llevas esta locura? Ya he visto la repercusión de la cita del otro día.

—Sobreviviendo. Luego me secaré las lágrimas con los billetes que me van a dar —bromeé. Después me puse seria—. Me alegro de tener una noche para mí, para nosotras. Que no tenga nada que ver con Eloy.

Según dije eso, como si lo hubiese invocado, apareció el jefe de la redacción, Genaro.

—¡Nuestra estrella del día! —A la porra mi desconexión—. Ese cambio de restaurante fue arriesgado, pero parece que salió bien. Lo malo son esas chicas... ¡el post de una de ellas ha tenido más impacto que nuestras fotos oficiales! —Hizo aspavientos con las manos, como si espantase moscas imaginarias—. No pasa nada, todo va bien. Muy bien. Sigue haciéndolo así.

Me toqué la nuca con dos dedos, un gesto que podría pasar desapercibido para cualquiera. Por suerte, no para Helena. Era nuestro código de gato amarillo, esto es, estaba incómoda y quería salir de esa situación ya.

—María, si te parece entramos ya, que quiero ir al servicio —dijo Helena al instante.

—Sí, yo también me meo mucho —respondí, muy elegante.

Enlazamos nuestros brazos y dejamos al jefe detrás, que continuaba con profusos halagos hacia mí. Nos refugiamos en el baño unos minutos y después fuimos hacia el salón del hotel donde se llevaría a cabo el evento.

En la entrada de la pomposa y lujosa sala había una trabajadora con una tablet. Ahí tenía las mesas y nombres de los comensales. Un 72% de ocupación estaba ya cubierto. Nos identificamos y la mujer nos pidió que la acompañásemos.

—¿Las dos? —pregunté confundida.

Normalmente a los de la sección de Sociedad nos ponen en las mesas más alejadas del escenario. El año pasado estuvimos junto a la puerta. Me fijé en quienes estaban en ese lugar hoy; los de Cultura.

—Sus mesas están ahí delante.

Con asombro seguí a la mujer. Helena me apretó el brazo con emoción. Ella también se dio cuenta del cambio.

Nuestras mesas eran contiguas y ambas frente al escenario. Primera fila para Internacional y Sociedad.

Me senté con mis compañeros. Algunos eran los que me habían estado haciendo fotos últimamente, bajo contrato. Matilde se aseguró de ponerse a mi lado.

—¡María! ¿Qué tal? ¿Cómo estás? No hace falta que me respondas, ¡lo estás haciendo genial! Estamos orgullosos de ti.

Parpadeé varias veces con asombro hasta poder murmurar un agradecimiento. Ella bajó la voz:

—Oye, ¿entonces lo tuyo con Eloy es cierto? Debe de serlo por cómo os miráis. ¡Y ese beso en el *paintball*! En el contrato no se os obliga a nada de eso, sería ilegal, claro.

—No estamos juntos.

—Claro —dijo y me guiñó un ojo.

—En serio.

—Eso es, «no» estáis juntos —dijo haciendo comillas y volviéndome a guiñar el ojo.

Negué con la cabeza y suspiré. Estábamos levantando la voz y llamando la atención de los compañeros que estaban en nuestra mesa. A decir verdad, de otras mesas también. Me observaban con atención. Me acordé de la conversación que tuve con Eloy de la privacidad. Ser el foco. No me gustaba.

—Te ruego que no me saques más el tema, quiero desconectar.

—¿Desconectar? Ay, ¿no tendréis problemas?

—Por favor, Matilde, déjalo estar.

—Vale, vale. Pero cumpliréis el contrato hasta el final, ¿no?

—Sin lugar a dudas.

Quedaba el concierto en el palco VIP. Yo ya tenía cita ese miércoles con mi psicóloga. Necesitaba esa sesión para hacer un plan para sobrellevar esos momentos sin tener ataques de ansiedad, quedarme en blanco o que se me bloqueasen los sentidos. Todas esas cosas tan divertidas que conllevaba la ansiedad.

Un desfile de camareros empezó a servirnos y lo agradecí. Pude centrarme en la comida. Me alegré de haberme puesto un vestido ancho, así no tenía nada que me apretase en la cintura. Comí como si no hubiera un mañana.

—Menos mal que no te estamos haciendo fotos —bromeó un compañero.

Le saqué la lengua y seguí comiendo como me dio la gana. Tenía mucha hambre y, por culpa de hablar con Genaro y Matilde, mucho enfado. ¿No me podían dejar disfrutar tranquila de una noche de cena aburrida del trabajo?

Cuando empezó el soporífero momento de la entrega de reconocimientos me senté tranquila en la silla. Era como ver un documental de la televisión después de comer, relajante e hipnotizador. Pensé en mi pijama y en mi cama. Iba a dormir bien esa noche.

—¡María Pérez! ¡María, sube! —exclamó Genaro desde el escenario.

Un aplauso en la sala. Matilde mirándome sonriente. Fue como si acabase de transportarme a una pesadilla en la que todos me miraban y esperaban algo de mí.

—¿Qué pasa?

—¡Has ganado, ve! —me aclaró Matilde y me ayudó a levantarme.

Busqué a Helena con la mirada, que aplaudía desde su mesa de Internacional. Me hizo un gesto con la cabeza para que fuera al estrado. Anduve con torpeza.

Cuando llegué junto a Genaro y me entregó el diploma, leí con rapidez lo que ponía: «Mérito a la trabajadora del año». Mi corazón bombeaba con fuerza. Mi respiración se hizo más rápida.

Surrealista, no podía ser más surrealista. Pero me equivocaba. Al fondo, en la puerta de

entrada al gran salón en el que nos encontrábamos vi a Eloy. Iba con un perro negro gigante.

—Puedes decir unas palabras —me animó Genaro.

—Eh, sí, esto... —Al fondo, vi cómo varios empleados del hotel se acercaban al cantante—, sí... eh... —Eloy me localizó y me hizo gestos para que fuese hacia él—. Gracias, muchas gracias.

Me bajé del escenario y corrí hacia la puerta. Eso hizo que las miradas me siguieran y llamara la atención sobre la puerta de la sala y quien estaba allí.

—¿No es ese el cantante?

—¡Eloy Santana está aquí!

—¿Ha venido a buscarla?

Me recordaron a los *paparazzi* que nos acosaban en distintas situaciones. Salí y cerré la puerta del gran salón como si fuera dueña de este.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Eloy acelerada.

—¿Te han dado un premio?

—¡Eso no es lo importante! —exclamé.

—Señor Santana —dijo un empleado del hotel—, le agradeceríamos mucho si pudiese sacar a su perro de aquí. No se aceptan mascotas.

—Vosotros no habéis visto nada, no quiero ni una sola palabra en Internet sobre esto o demandaré al hotel —dijo Eloy de repente, con tono de enfado.

—No, por supuesto, señor, somos un hotel muy discreto. Solo necesitamos que su animal no esté aquí.

—María, acompáñame, por favor. Necesito tus habilidades de villana.

Capítulo 21: Estatuillas con culo

Debía tomar una decisión. Por un lado, podía volver al evento del periódico y enfrentarme a mis compañeros y sus incesantes preguntas. Por otro, podía seguir al desastre que era Eloy en ese momento. Llevaba un chándal negro, manchado de barro, y tenía el pelo despeinado. Una teoría tomó forma en mi cabeza: Eloy metiéndose en el chalet de Olaia para recuperar a Black.

—Vale, te ayudaré.

Eloy me dio un abrazo efusivo, tirando sin querer de la correa de Black, que se unió a nosotros. Dejamos atrás a los empleados del hotel, despidiéndonos formalmente con un «adiós» como si no acabásemos de montar una escena de lo más rara. En cuanto noté la brisa de la calle, le pregunté:

—¿Has secuestrado al perro?

—¡Secuestrar! No se puede secuestrar lo que es mío.

—¿Y qué pasa con lo de los abogados?

—Mientras ellos se apañan, yo necesito estar con él, y él conmigo, ¿no lo ves?

El perro no hacía más que frotarse contra sus piernas y latigarle con el rabo de entusiasmo.

—Sí que está contento de verte.

Eloy suspiró.

—Gracias por entenderlo. ¿Lo podemos llevar a tu casa?

—¡¿A mi casa?!

—Solo por esta noche.

—¿Y qué pasa con Rodolfo? Igual se lo come.

—Qué va, es muy bueno. ¿A que sí, Black?

El perro hizo un ladrido corto y contento. Eloy frenó junto a una furgoneta. La parte trasera estaba adaptada para el transporte cómodo de animales. Black era reticente a subir, pero Eloy lo animó y subió.

—¿Y un hotel en el que dejen quedarse perros? —sugerí.

—Podrían dar la alerta a Olaia o a los medios. Siempre hay alguien, un empleado o un cliente que decide sacar tajada.

—¿Y uno de esos hoteles donde van las parejas a poner los cuernos? Matilde hizo un reportaje sobre ellos el año pasado.

—¿Un qué?

Eloy me miró desconcertado. Se lo veía muy nervioso.

—Hay unos hoteles en los que entras a la habitación directamente desde un garaje. No tienes que ver a nadie en todo el proceso. Si pides comida, te la pasan a través de una trampilla en la pared.

—¿Y sabes dónde hay uno de esos?

—Lo puedo averiguar.

Me senté de copiloto y saqué el móvil. No me costó demasiado. Había varios de esos hoteles en las afueras.

—Habrá que conducir un rato, eso sí.

—No hay problema.

—Déjame en mi casa antes.

—¿No vienes?

—No quiero ser cómplice en este delito de secuestro —dije en broma, pero su rostro se mantuvo serio.

—Lo echaba mucho de menos.

—Lo sé —le dije y se me pasaron por la cabeza todos esos carteles que tenía sin colgar—, pero quizá no haya sido la mejor manera.

—Por favor, María. Ayúdame. Si quieres podemos llegar a un acuerdo de dinero.

Me quedé atónita frente a su ofensiva propuesta.

—Si te ayudase, lo haría como amiga, no porque me pagues. A mí no me tienes que pagar nada. Sé lo irónico que suena eso contando el contrato que hay entre ambos, pero eso es algo que pagan otras personas. No quiero que me pagues tú nunca. Sería...

Se me pasaron muchas cosas por la cabeza, entre ellas las palabras humillante, desastroso, ridículo, absurdo, insultante.

—Significaría que en realidad no somos nada.

Vale, eso sonó mucho más dramático que todas las demás palabras juntas.

—Quiero decir, como unos amigos normales. No creo que le pagues a Raúl para que escuche tus problemas, ¿no?

Me observó con atención, calmado por un segundo.

—Tienes razón, disculpa. —Carraspeó y giró su cuerpo entero hacia mí, prestándome toda su atención y clavando sus ojos azules en mí—. María, ¿me ayudas, por favor?

Era como si acabase de enseñarle a un niño a pedir las cosas por favor, ahora no me podía negar.

—Está bien.

En el trayecto le hablé sobre mi trabajo, Matilde, Genaro, Helena y otros compañeros, más que nada para distraerlo de su estrés emocional y que pudiese conducir tranquilo.

Llegamos a la zona del hotel. Estaba a las afueras de la ciudad, y a su vez a las afueras de un polígono industrial.

—Muy romántico no es —comenté—. Aunque para lo que viene aquí la gente supongo que no se necesita más.

—Y venir hasta aquí para ser infiel a tu pareja es mucha premeditación.

Eloy empezó a hablar y a parecer más él mismo. Pasamos por un control, que se parecía a los peajes de la carretera, donde Eloy pagó la estancia por una noche. Todavía dentro del coche fuimos por una calle privada del hotel. Estaba llena de puertas de garaje.

Me bajé junto a la número catorce, la nuestra, y metí el código que nos habían facilitado. Aparcamos el coche y dejó salir a Black, que volvió a retozar con Eloy como si lo viese por primera vez en meses.

—Ya lo sé, chico, yo también te he echado de menos —escuché que le decía Eloy a su perro y lo abrazaba.

Investigué cómo era el sitio. El garaje era amplio y diáfano, no había mucho más. Una escalera de piedra y azulejo un tanto hortera subía hacia la habitación.

—¿Vamos?

—Sí —dijo Eloy andando con dificultad con Black entre las piernas.

Subimos las escaleras y abrimos la puerta con el código. Dentro nos esperaba una habitación de tonos negros y grises y con una decoración presuntamente sensual. Me empecé a reír.

—¿Y esto?

Señalé un cuadro en la pared, era de una pareja en pleno acto, aunque con cierto toque de color

abstracto para que no se viese lo más privado.

—Pues mira esto —dijo Eloy riéndose.

El cantante había cogido dos estatuillas desnudas. La femenina tenía unos pechos tremendos que reposaban sobre un gran vientre redondeado. La masculina un miembro que casi le llegaba al suelo. Ambos tenían unos culos muy prominentes y respingones.

—¿Y la gente se pone a tono con esto? —pregunté yo.

Él dejó las estatuillas y señaló la ducha.

—Y fíjate ahí, todo transparente.

Desde la habitación se veía la ducha porque la separación no era con una pared sino el propio cristal. No había ninguna intimidad a la hora de ducharse.

—Lo único bueno de este sitio es la cama —dije y me tiré en plancha en ella—. Es gigante.

Al parecer Black opinó lo mismo porque saltó y se puso a olisquearme y saludarme.

—Ay, sí, hola, guapo. Que apenas te he dicho nada. Eres gigante, ¿verdad?

Le seguí diciendo cosas al perro, que parecía cada vez más encantado. Era grande, negro, de pelo largo. Y actuaba como un niño pequeño. Se veía en sus ojos las ganas que tenía de caer bien.

—Precioso, guapo, ven aquí.

—Ya voy —contestó Eloy como si me dirigiese a él y se tiró en la cama, quedando Black en el medio de los dos.

—¡Ja, ja! Qué tonto. Ya sabes que estaba hablando con tu perro.

—Ojalá hablases así conmigo. Lo miras con tanto amor.

—Es que me he enamorado de él, así, en un segundo. Ha sido un flechazo.

El perro, al tenernos a uno a cada lado, iba alternando contento entre los dos. Su cola nos latigaba a ambos.

—Ya entiendo el secuestro —dije sin dejar de acariciar a Black.

—Que no lo he secuestrado.

—¿Tienes hambre?

De repente me apetecía mucho comer algo. Una buena recena después de toda la aventura. Cogí los dos menús que había en las mesillas y repartí uno a cada uno.

—¡Mira qué bien! Pone que se pueden pedir desayunos a cualquier hora. Unas magdalenas con chips de chocolate es lo que más me apetece en el mundo. ¿Y tú, qué querrás? —Observé a Eloy, tenía una sonrisa traviesa—. ¿Qué pasa?

—Creo que no tenemos la misma carta.

—¿No?

—¿Tú puedes pedir una «Caja sadomaso sorpresa»?

—¡¿Qué?!

Di un salto de mi lado de la cama al suyo, asustando a Black que se quitó de en medio. Me pegué a Eloy y leí la carta que él tenía en las manos. Era un menú de juguetes sexuales y otras tantas cosas.

—Mira, esto sí que se puede comer —dijo él señalando el tanga comestible.

Le di un golpe amistoso en el hombro.

—Deja esa carta y vamos a pedir algo de comer. O lo haré sin ti.

—Uf, me matas con esa última frase. Si lo haces... no lo hagas sin mí. O déjame mirar.

—Se te están subiendo las estatuillas con culo a la cabeza. Estoy aquí por Black.

—Creía que por mí.

—Muy de refilón. Oye, deja de intentar ligar conmigo. No va a funcionar.

—¿Por qué no? No creo que sean imaginaciones más la química que hay entre nosotros.

Y no lo eran. Había intentado quitarle hierro al asunto de la carta de juguetes y accesorios sexuales, pero de buen agrado pediría alguna cosa para probar con él. Experimentar juntos habría sido divertido y sensual. Eloy combinaba esas dos cosas de manera natural. Ahora mismo estaba recostado sobre la cama y la camiseta se le había subido algo. Me daban ganas de lanzarme a esa franja de piel y llenarla de besos.

Carraspeé para sacarme de mis pensamientos calenturientos.

—No podemos y punto.

—Vale, no insistiré.

Se sentó y cogió la carta de comida. Sentí como un puñetazo en la tripa. De repente, imaginarme toda esa noche sin hacer nada me pareció una tortura.

—Yo me voy a pedir una lasaña y aparte unas patatas fritas. Y para Black pasta con tomate, le encanta.

—Bien —dije de forma mecánica.

—Se nota que ya estás dándole demasiadas vueltas a las cosas, pero como no puedo decir nada. —Hizo un gesto de cerrarse la boca con cremallera.

Cogí la carta que incitaba a todo lo sexual con la intención de dejarla encima de la mesa, cuando vi que vendían camisones. No tenía pijama, y necesitaría uno. No pensaba dormir con el vestido que llevaba.

—Me voy a pedir un camisón, ¿tú quieres algo? No sé qué tal será.

—¿Hay pijamas?

—No.

—Pues otro camisón para mí.

Le volví a dar un golpe amistoso y nos reímos. Fui yo la encargada de llamar por teléfono a la recepción para pedir las cosas. Mientras, Eloy sacó a Black a dar un paseo.

Como tenía un poco de tiempo libre, aproveché para ir al baño (ese sí tenía puerta y paredes normales), y me asexé un poco. Después miré el móvil. Respondí a Helena y mis amigas para que estuviesen tranquilas. Helena ya les había contado mi premio y mi huida. Les dije que estaba bien, algo que era extrañamente cierto.

Eloy llegó casi a la vez que la comida y el camisón, que nos pasaron a través de una especie de armario secreto que conectaba nuestra habitación con el pasillo. Cuando se abría nuestro lado, se bloqueaba el otro, así no te veías con nadie en ningún momento.

La comida tenía una pinta excelente. Comimos, Black incluido. A él le dejamos dos cuencos en el suelo, su pasta y otro con agua.

El ambiente volvió a ser relajado, sin esa carga sensual de antes. Yo ya estaba bajando la guardia, cuando él dijo:

—Me gustaría ducharme.

—No —me salió lo primero.

—Estoy hecho un asco, ya lo ves —seguía con barro en la ropa.

—Pero...

—No tienes que mirar —dijo sonriendo.

—¡No pensaba hacerlo!

—Me ducho entonces.

Haciendo muchos aspavientos, cogí uno de los sillones y le di la vuelta, posicionándolo de cara a la ventana, que estaba cubierta por gruesas cortinas.

—No hace falta que te castigues de cara a la pared.

—No tardes —le dije.

Me senté con el móvil, dispuesta a distraerme y no pensar en absoluto en Eloy duchándose. Ni en yo misma sacándome el vestido por la cabeza y uniéndome a él, recorriendo su torso con mis manos, bajando hacia su cintura...

Eloy empezó a cantar bajo el agua de la ducha. Reconocí enseguida la letra de *Alas de fuego y alas de agua*, solo que era la primera vez que oía a Eloy cantar la parte de Raúl, suave, melodioso.

Cerré los ojos y me centré en su voz, hice *mindfulness*, esto es, solo presté atención a la canción, a la pronunciación de cada palabra, al sonido del agua de la ducha cayendo. Era mejor que un concierto acústico. Esta sensación de que todos cantamos mejor en la ducha se triplicó con Eloy.

Cerró el agua y dejó de cantar. Escuché cómo se secaba con la toalla, el frotar de la tela contra su piel. Después unos sonidos indefinidos que ubiqué como él vistiéndose.

—Ya puedes mirar —dijo mientras se acercaba.

Llevaba una camiseta azul marino y boxers negros. Nada más. Su pelo mojado hacía que todas mis fantasías se disparasen. Él se dio cuenta de que lo estaba mirando de arriba a abajo.

—No iba a ponerme el chándal lleno de barro. Lo voy a mandar a lavar. ¿Quieres mandar tu vestido también?

—Espera que me cambie.

Cogí la caja de cartón en la que venía el camisón que me había comprado. Lo saqué y me quedé petrificada. ¿Qué esperaba de un sitio como ese? Era un salto de cama lleno de transparencias. Iría más tapada si me cubría con mis propias manos.

Eloy lo vio y se rio.

—Me gusta tu nuevo camisón.

—No me lo voy a poner.

—Te quedaría bien.

—Calla y deja de disfrutar esto.

—Pruébate aunque sea.

—No, de hecho, lo voy a devolver. Y que nos devuelvan el dinero.

—No hace falta, lo pago con gusto.

Negué con la cabeza y doblé el camisón con cuidado. Me costó, su tela era demasiado fina para ello y se escurría. Lo metí en la caja y lo dejé en el armario mágico por el que nos traían cosas. Cogí el teléfono y expliqué a la recepción que no lo necesitaba. Les tuve que asegurar que no lo había utilizado. Una vez que colgué, me dejé caer en la cama y suspiré. Mi vestido era demasiado incómodo. Miré a Eloy y vi la única solución.

—Quítate la camiseta.

—¿Cómo?

—Por favor. La camiseta. Quiero dormir con ella. No pienso ponerme ese camisón. Y no quiero dormir con el vestido, me obliga a dormir con el sujetador y llevo horas queriendo librarme de él.

Reconocí enseguida la mirada de Eloy, oscurecida por el deseo.

—Mi camiseta... claro.

Se la quitó y me la entregó. Yo la cogí y me fui con prisa al baño. Me oculté tras las paredes de verdad. Me desvestí y me puse la camiseta de Eloy; me cubría hasta el inicio de los muslos. Era perfecta y olía a él.

Salí del baño y me recibió Black como si no me hubiese visto en días.

—Cuidado, guapo, no me arañes las piernas. Qué grande eres. Gigante, ven aquí.

Me agaché junto a él y lo abracé. Tenía claro cómo dormiríamos hoy.

—Venga, a la cama —le dije al perro.

—A sus órdenes —respondió Eloy riéndose.

Cuando nos tumbamos, Black se puso en medio, encantado de estar en esa posición. Eloy se asomó por encima del perro.

—Lo rescato para estar conmigo, y ahora resulta que me roba a la novia. Aunque sea falsa —añadió con rapidez.

—El nivel de Black es inalcanzable. ¿Apagamos ya la luz?

Eloy se quedó en silencio. Eso me hizo escuchar su respiración agitada. Estaba claro que estaba pensando si decirme algo. Me pregunté si esto era lo que él me notaba cuando sabía que me estaba rayando la cabeza.

—María, yo...

—¿Qué pasa?

Me fui a asomar por encima de Black para ver qué sucedía, pero él fue más rápido y se giró hacia el interruptor de luz, dejándonos a oscuras.

—Nada, buenas noches.

Podría haberle preguntado, indagado, pero sabía que si abría esa puerta... no quería abrirla.

—Buenas noches.

Capítulo 22: Creérselo

En la sala de espera de la psicóloga ensayaba qué le contaría a esta. Me imaginaba hablándole de mi aceptación del contrato; aunque si no vivía en un búnker, ya lo sabría.

¿Vería mi psicóloga las noticias del corazón para saber en qué andaba metida?

También me imaginé contándole las citas, incluida la improvisada en el hotel. Y Black. Vaya lío en el que se metió Eloy. Al final llevó al perro a su chalet, donde se plantó Olaia y montó un espectáculo, parte de él recogido por la prensa. Al final, aconsejado por su abogado, Eloy permitió que su exnovia se llevase al perro, muy a su pesar.

Decidí dejar de darle vueltas a las cosas y emplear mi tiempo en limpiar las notificaciones del móvil. Tenía cientos al día, la mayoría de distintos sitios de prensa y otra gente interesada. Por ejemplo, tenía varias ofertas de *influencers* para entrevistarme. No, gracias.

Volví a toparme con un mensaje de la revista Mujeres Poderosas. Ya tenía guardado su número en mi agenda. Leí el mensaje y solté una exclamación.

—¡No me digas! ¡No puede ser!

Justo en ese momento salió mi psicóloga, despidiendo al paciente con el que había estado. Él me miró un tanto tímido y me hizo un gesto con la mano. Sentí que me había reconocido. ¿Eso era lo que se sentía al ser (casi) famosa? ¿Una paranoia tremenda porque puedan saber quién eres, querer acercarse a ti, preguntarte cosas?

—María, pasa —dijo mi psicóloga.

Entré a la consulta y dejé el móvil en la mesa, con la pantalla encendida.

—¡Mira! ¡Qué tonta he sido! Yo pensando que me querían entrevistar para, bueno, lo que todo el mundo quiere, pero ¡no! ¡Es una entrevista de trabajo!

—Me temo que me vas a tener que contar las cosas más despacio. —Sonrió la psicóloga.

—Recibo cientos de mensajes al día. Ignoro la mayoría. Uno era de la revista Mujeres Poderosas.

—La conozco, sí. La tengo en la sala de espera.

—El otro día recibí un mensaje de ellas ¡Y lo ignoré! Y mira ahora lo que me dicen: «Disculpa por molestarte de nuevo, pero como nos mandaste tu currículum hace un tiempo y lo teníamos en la base de datos, solo era por darte la oportunidad de una entrevista. Sería para las fotografías de distintas secciones».

—¿Preferirías ese trabajo a tu actual?

—¡Claro! Perseguir a famosos tenía su gracia al inicio. Después de años, es agotador. Y ahora que sé lo que es tener a *paparazzis* detrás... preferiría no volver a hacer ese trabajo. Generas ansiedad a la gente.

—¿Qué tal ha estado tu ansiedad?

—Bueno, he tenido algunos momentos, pero creo que lo voy llevando mejor. Por ejemplo, el otro día me dieron una especie de premio...

Le conté cómo me sentí al recibir el reconocimiento del periódico, y cómo al final no me dio más ansiedad. O cuando estaba en esa cita en el restaurante asiático y, aunque había mucha gente haciéndonos fotos, logré sobrevivir.

—Ahora que lo cuento en alto, no quiero decir esto pero... quizá Eloy me haya ayudado sin saberlo.

—No pasa nada por reconocerlo.

—¿Eso no es depender de los demás?

—Apóyate en lo que necesites. Lo puedes utilizar como recurso incluso aunque él no esté. En una situación de ansiedad puedes pensar, ¿cómo le quitaría hierro al asunto él?

—Diría una tontería, seguramente.

—El humor es muy bueno para bajar niveles de estrés. Aparte del de Eloy, puedes tratar de sacar el tuyo. ¿Crees que podrías?

No respondí impulsivamente (punto para mí), y reflexioné bien, sin rayarme en exceso (otro punto).

—Sí, creo que podría. Tengo muy buen humor. Soy graciosa. Iba a decir «creo que soy graciosa», pero no. Lo afirmo, ¡soy graciosa! Y si al de al lado no le divierte, al menos a mí sí, que es sería la idea, ¿verdad?

—Ahí tienes otra forma de manejar la ansiedad.

Continuamos un rato hablando de esto, hasta que hizo la pregunta que sabía que guardaba, porque es mi psicóloga, porque me conoce, y porque sabe qué teclas tocar.

—¿Qué tal Rodolfo?

—No he puesto los carteles.

—No te he preguntado eso.

—Pero es la siguiente pregunta, ¿verdad? —Ella me miró con una sonrisa amable, yo suspiré —. No he puesto los carteles.

—Sigue.

—No hay mucho más qué decir... todo lo demás son excusas. Lo de no poder hacerle la foto, lo que tardé en imprimirlos, el no tener celo, que sigo sin tener... Ahora soy consciente. No estoy preparada para perderlo. Y esto me hace sentir mala persona, porque será la mascota de alguien, alguien que también necesita ese amor incondicional, y estoy acaparándolo.

Ya estaba llorando otra vez. La psicóloga me pasó un pañuelo en silencio. Dejé salir las lágrimas un rato, junto con mi miedo al abandono, a estar sola, a crear relaciones dependientes... incluso con una cobaya.

—Recuerda lo que hablamos la sesión anterior. Ese amor incondicional ya lo tienes de otras maneras, gracias a otras personas, tu familia y tus amigas, ¿verdad?

—Sí.

—Tienes que creértelo realmente. Solo entonces podrás colgar los carteles.

De soslayo mi mirada cayó en el reloj que estaba en la pared, junto a un cuadro de un paisaje de montañas verdes.

—¡La hora! Casi se nos va la hora. Quería tratar un último tema rápido.

—¿Cual?

—Prepararme para estar en un palco VIP en un concierto donde todo el mundo me va a estar mirando.

Capítulo 23: Un palco VIP

No podía ir más preparada al concierto; con los consejos de mi psicóloga y los de la Sociedad Secreta de las Solteras, estaba lista para el palco VIP.

No miraría a la gente, no me abrumaría por las fotografías. Me concentraría en disfrutar del concierto. Todavía me venía de imprevisto a la cabeza ese instante en el que Eloy cantó en la ducha del hotel. Había sido una privilegiada.

Mindfulness, atención plena con el concierto. Disfrutarlo.

Cuando llegué al palco, lo primero que vi fue una mesa llena de comida y bebidas. Quise atracarme con todo, pero me recordé ser elegante. Di la espalda al público general y comí. ¡Estaba buenísimo! Me sentí afortunada (cosas de la comida gratis).

Busqué mi asiento, en la primera fila, y descubrí que había algo en este. Un bonito ramo de rosas. Sonreí. Qué gracioso era Eloy. Para la gente sería «*Oh, qué bonito, le ha regalado rosas*».

Pero yo sabía lo que significaba: «¿Te acuerdas del ridículo que hiciste cuando te caíste en mi rosal?». Sonreí y empecé a maquinar una venganza, debía ser algo divertido e inesperado.

Entre las flores había un sobre pequeño que ponía de manera sencilla: «María». Lo abrí, intrigada. ¿Habría dejado algún mensaje de amor empalagoso por si alguien interceptaba el sobre?

Al ver el interior, me reí negando con la cabeza. Ahora sí que se la iba a cargar. No había nada escrito, era una foto de su rosal. Literalmente su rosal. Incluso se veía la puerta por la que me colé el primer día. Ese épico día en el que me tocó el (casi) culo.

Empecé a pensar qué broma gastarle de vuelta. Cuando andaba en esto, empezó a llegar gente al palco. Eran distintas personalidades y famosos. Los conocía a todos, era lo que tenía ser fotógrafa de prensa del corazón. Lo más impresionante era que ellos me conocían a mí. Fueron amables conmigo y lo agradecí mucho.

Entonces entró una variable que no esperaba y que hizo que me diese un pico de ansiedad. Tenía forma de modelo guapísima y exnovia de cierto cantante con el que yo andaba fingiendo una relación.

¿Qué hacía Olaia aquí? ¿No habían protagonizado hacía unos días una discusión tremenda por Black delante de la prensa?

—¡Hola, María! —me saludó ella.

—Ah, ¡hola!

Estaba sonriendo, así que le correspondí.

—¿Qué tal? ¿Dónde te vas a sentar?

—Aquí. —Le señalé mi sitio.

Olaia llevaba un vestido ajustado que le quedaba genial y muchas pulseras en la misma muñeca (estaba de moda). Yo llevaba pantalones cortos, camiseta de tirantes, gorra y unas gafas de sol de cristales algo claros para poder ver bien el concierto, pero que reflejaban de tal manera que la gente no pudiese captar mi mirada.

—Me siento contigo —decidió y así hizo—. Veo que has venido de incógnito —señaló mi gorra y gafas.

—Sí —me reí nerviosa—, es que no me acostumbro al tema de las cámaras.

—Lo mejor es pasar de ellas. Eso sí, nunca te olvides de tener el rostro que quieres que ellos

publiquen.

—¿Cómo?

—Hoy, por ejemplo, quiero que mis fotos sean alegres. Estaré con una buena cara todo el concierto —dijo con una amplia sonrisa.

Me parecía que sus dos ideas se contradecían. No podías pasar de las cámaras si estabas todo el rato pensando en qué cara ponías.

—¡Bueno! ¡Cuéntame! ¿Qué tal te va con Eloy?

Mis alarmas se encendieron. Punto uno: ¿Por qué hablaba conmigo? ¿Por qué se sentaba a mi lado? Quizá le venía bien para su estrategia promocional que se la viese hablando con la nueva novia de Eloy. Le haría parecer una persona cercana y humilde.

Punto dos: ¿Para qué quería saber ella nada? ¿Quizá sospechaba de nuestra relación falsa?

Punto tres: Era la última cita que tenía con Eloy antes de que «rompiésemos» oficialmente, y ni siquiera estaba con él.

—Esto... ¡bien! Todo muy bien —dije demasiados segundos más tarde—. ¿Tú qué tal estás?

—Todo genial, perfecto. He empezado a conocer a un chico. No se lo digas a nadie.

—Por supuesto —le dije—. ¿Es majo?

Olaia se pasó el siguiente rato hablando de ese chico hasta que empezó el concierto y por fin pude distraerme y disfrutar.

La puesta en escena era igual a la que vi en el primer concierto al que asistí. Desde el *backstage* era más emocionante, aunque desde el palco tampoco estaba mal. No pensé como Olaia en poner una cara todo el tiempo, estuve bailando y cantando a pleno pulmón, poniéndome de pie, agitando el cuerpo. Era un concierto y eso es lo que yo hacía en los conciertos.

Cuando Raúl y Eloy desaparecieron a la vez del escenario, podía imaginar a la perfección cómo les ponían las alas para mi canción favorita. Las primeras notas empezaron a sonar, acompañadas por un juego de luces espectacular. Antes de que Raúl cantase su primer párrafo, se escuchó la voz de Eloy como si fuera la voz en *off* de una película:

—Esta canción va para ti, María.

El público enloqueció al escuchar esas palabras, gritó y jaleó. Gran parte se giró hacia mí, me buscó en el palco VIP. Me acababa de dedicar *Alas de fuego y alas de agua*. Recordé a Eloy cantándola en la ducha y me invadió una sensación de confort, excitación e intimidad.

Hice lo que me salió en el momento: llevar mi mano a la boca, dar un beso y hacer como que lo lanzaba al escenario.

Eloy no podría verlo, estaba en el *backstage* y a demasiada distancia del palco, pero no importaba. El público aplaudió enardecido.

—A mí nunca me dedicó una canción en un concierto. Y estuvimos dos años juntos —dijo Olaia con su sonrisa permanente.

Fue lo último que escuché antes de que la voz de Raúl entrase en acción. Al poco, el verso de Eloy, con su aparición triunfal. Estaba increíble con las alas y el maquillaje. Canté esa canción con la emoción abrazando mi pecho.

El resto del concierto fue rodado, incluidas las dos canciones «extra» que tocaron (después de hacerse rogar con un «¡Otra, otra!»).

La gente empezó a desalojar el sitio. Demasiada gente moviéndose a la vez.

—¿Vamos? —me preguntó Olaia cogiéndome del brazo como si fuéramos mejores amigas.

—Hay demasiada gente, prefiero esperar.

—La salida del palco es por un pasillo especial para nosotros, no vas a tener ningún agobio.

—Ah, cierto —dije al recordar por dónde había entrado.

—Tú irás ahora al *backstage*, supongo, ¿no?

Aunque no estaba estipulado en nuestra cita, ya que yo ya había cumplido con el contrato, supuse que eso era lo que debía hacer. Quedaría más extraño si no lo hacía.

—Claro —dije de nuevo demasiados segundos más tarde. Olaia debía pensar que era un poquito lenta.

—Te acompaño. Me sé el camino. Así no te pierdes.

—Eh... ¿estás segura? ¿No es molestia?

No añadí: «¿Y no es muy raro lo maja que estás siendo conmigo, incluso ahora que no hay nadie mirando?». Una teoría se abrió paso en mi mente. ¿Y si quería recuperar a Eloy? Un nudo se anudó en mi pecho.

—Por aquí.

La modelo me guio por el sitio y llegamos sin problemas al *backstage* y a la zona de camerinos. Nadie nos frenó en ningún momento ni cuestionaron que estuviésemos allí. Algunos nos saludaron. Un par de trabajadores incluso pidieron una foto a Olaia.

Llegamos ante la puerta que ponía «Eloy Santana». Salía música clásica del interior. Mi corazón latía desbocado. ¿Y si se reconciliaban ahí mismo, delante mía? Imágenes intrusivas avasallaron mi cabeza: fotos de Eloy y Olaia en sus años de relación, un vídeo de ellos paseando por la playa de la mano y, con mi imaginación, los visualicé liándose ahí mismo en ese camerino.

Debía evitarlo como fuera.

—Muchas gracias por acompañarme —le dije, a ver si captaba la indirecta para marcharse.

—¡De nada! —Llamó a la puerta con sus nudillos.

—¿Te quedas? —Segundo intento para que entendiese que sobraba.

—Mujer, ya que estoy aquí, le saludo.

—¿No discutisteis el otro día sobre Black y...?

—Agua pasada. Nuestros abogados ya llegarán a acuerdos.

Olaia volvió a llamar a la puerta. La música paró y Eloy salió. Nos miró a las dos, alternativamente, de una a otra, y luego a nuestros brazos entrelazados. Solté el brazo de Olaia como si me hubiese pillado haciendo algo malo y dije con la menor naturalidad posible:

—¡Ha sido un concierto genial! ¡Me ha acompañado Olaia porque yo no me sabía el camino!

—Ya veo. Gracias, Olaia.

—De nada. Por cierto...

Antes de que Olaia pudiese añadir nada más, Eloy cogió mi mano, tiró de mí y me metió en su camerino.

—¡Adiós! —exclamó él y cerró la puerta dejando a su ex al otro lado de esta.

Una vez dentro, me pegó contra la puerta y me besó, sin más preámbulos. Por puro reflejo (y nada más), le devolví el beso y me enganché a su camiseta. Él envolvió mi rostro con sus manos y guio el beso hasta su fin. A pocos centímetros de mi boca, se disculpó:

—Lo siento, lo necesitaba. Ya sé que no quieres nada conmigo.

Ahí yo tendría que haberle dado la razón o regañarle.

En vez de eso, con la respiración agitada por razones muy distintas a las de hacía unos momentos, dije:

—No es que no quiera o no me guste... claro que me gusta esto —esta vez fui yo la que cogí su rostro—, pero no nos conviene.

—Ya.

Se separó de mí, dejando mi cuerpo helado, y carraspeó antes de hablar.

—¿Entonces te ha gustado el concierto?

—Sí, ha sido genial.

—¿Y no se ha notado que estaba nervioso al inicio?

—¡Qué va!

—Y que me he equivocado de estrofa en...

—Nada, no se ha notado nada. Te aseguro que ha sido un conciertoazo.

—No sé qué me pasa, pero después de los conciertos a veces me siento muy inseguro. Como si la gente... fingiera que le gustan nuestras canciones.

En ese momento llamaron a la puerta, era Raúl. Entró después de dos golpes en la puerta, sin esperar a que Eloy abriera. No esperaba que hubiese nadie más que su compañero.

—¡Ah! ¡Estás ocupado! ¡Lo siento! —exclamó Eloy. Su mirada estaba en mí—. Encantado, soy Raúl.

Como si el tipo necesitase presentación.

—Soy María, hola.

—Hola.

—¿Queríais ir a comer? —preguntó Eloy.

—Sí, y porque me da la sensación de que hoy andas con el síndrome del impostor.

—¿El impostor? —pregunté un tanto confundida.

—Sí, ese que nos da a los artistas de vez en cuando en el que pensamos que somos un fraude y que la gente solo nos baila el agua.

Así que tenía nombre eso que le pasaba a Eloy. Hablé indignada.

—¡Pero si ha sido de vuestros mejores conciertos!

—Da igual lo que le digamos ahora, no le va a entrar en la cabeza. Lo mejor es atiborrarle de comida y alcohol.

—¿Quiénes vienen? —preguntó Eloy. Raúl empezó a mencionar nombres, más de siete—. Voy si María viene.

—¡Pues no se hable más! —exclamó Raúl cogiéndome de los hombros y guiándome hacia fuera.

—Tendré algo que decir —me quejé.

Raúl me susurró al oído:

—No sabes lo mucho que se puede rayar hoy. En especial porque has venido tú. Ha estado muy nervioso.

Me imaginé a Eloy nervioso tras el *backstage*, con el rostro lleno de preocupación, con la ansiedad en el pecho, y aun así haciendo el concierto que habían hecho.

—Vale, voy.

—Dadme cinco minutos y estoy con vosotros, que no me ha dado tiempo a ducharme —dijo Eloy.

Me fijé y vi que Raúl tenía el pelo mojado. Me incomodaba que todavía me agarrase de los hombros. ¿Cómo podía soltarme de ese agarre sin ser una borde? Solo se me ocurrió una excusa. Me solté para despedirme de Eloy, esto es, me acerqué a mi novio (falso) y le di un beso rápido en los labios.

—Luego nos vemos.

—Sí —dijo él de forma un tanto mecánica.

Raúl me dirigió a una sala común donde esperaban todas esas personas desconocidas con las que me iba a cenar. Una mujer alta y robusta me arrolló con dos besos.

—¡María! ¡Qué ganas tenía de conocerte! Soy Marta, la representante de Eloy.

—¡Encantada! —exclamé intentando igualar su energía.

—He oído muchas cosas buenas de ti.

—Gracias.

Supuse que Marta estaba representando un papel. Ella era la única de la sala que sabía lo del contrato (que yo supiese, claro).

—Los he visto juntos y son adorables —dijo Raúl como si hablase de dos cachorritos—. Está súper enamorado de ti.

Marta le dio un codazo que pretendía ser disimulado, pero con el «¡Auch!» que soltó Raúl no disimuló nada.

—Digo yo que le hará ilusión saberlo —se defendió el chico.

Antes de que la conversación siguiese cursos más incómodos para mí, el resto de gente se presentó. Entre ellos estaba el representante de Raúl y otros tantos trabajadores de Empresas Eloy y Raúl.

Al inicio estaba demasiado nerviosa, pero Raúl y Marta estuvieron a mi lado dándome conversación y haciéndome sentir incluida. Poco a poco me sentí más cómoda.

Entonces entró Eloy. Maldito efecto de su pelo mojado. Lo llevaba peinado hacia atrás y le estaba aguantando sin caérsele por la frente. Me miró, después a todo el mundo, y luego a mí de nuevo.

Mientras bromeaban con que siempre tardaba en ducharse, se acercó y me cogió por la cintura. Me dio un beso igual de breve que el que le había dado yo antes y escondió un instante su cabeza en mi hombro, dejando su boca a la altura de mi oído y regalándome un escalofrío por todo el cuerpo.

—Gracias. Muchas gracias por quedarte. Sé que esto no está escrito en... ya sabes.

—Es nuestra última cita, habrá que aprovecharla —me salió decir.

Cuando la palabra «aprovechar» salió de mis labios me asaltaron esas imágenes de Eloy y mías en su sofá esa primera vez, en mi casa la segunda, ese beso delante de la chica del *paintball*, todo ello unido a la mano que descansaba en mi cintura, agradable y caliente, como si palpitase.

—¡Vámonos! —exclamó Marta.

Salimos por una zona de garajes donde nos esperaban varios coches negros. Marta se pidió venir con nosotros. Eloy a un lado, su representante al otro, y yo en el medio.

El trayecto fue breve, y Marta rellenó casi todo el espacio con su charla. Sin saberlo, me estaba ayudando mucho a estar más tranquila. Sobre todo, porque Eloy me estaba dando la mano y me la acariciaba. Como siguiese así yo no iba a poder pensar con ninguna tranquilidad.

Llegamos a una discoteca, donde nos escoltaron directamente a la zona VIP, que estaba reservada entera para nuestro grupo. Había bandejas con comida. Solté la mano de Eloy (lo siento, hay prioridades), y me fui a tomar algo. Agarré un sándwich y me lo metí en la boca con gusto. ¡Qué hambre tenía de repente!

—¿Estás bien? Cuando quieras irte, avísame —me dijo Eloy.

—Ahora con esta comida estoy mucho mejor. —Terminé de masticar y, antes de dar otro bocado, dije—: Me gusta tu representante, Marta. Es muy maja.

—Sí, y de las mejores en su campo.

—Ya veo. ¿Está soltera? —pregunté, que una siempre ha de estar atenta a reclutar integrantes para la Sociedad Secreta de las Solteras.

—Nunca he tenido nada con ella —dijo Eloy.

—¿Eh? No te he preguntado eso.

—Todas mis exnovias es lo primero que preguntan cuando la conocen.

—Y por eso son tus exnovias —dije recalcando el «ex».

Nos reímos y Eloy pareció más relajado por fin.

—¿De verdad ha estado bien el concierto?

—Sí. Y no te voy a contestar más veces. ¿Quieres algo de comer? —le ofrecí como si yo fuese la dueña de las bandejas.

—Quizá un bollito de esos.

—¿Qué tal vais? —preguntó Marta poniéndose a mi lado—. Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

—Gracias.

—¿Te ha gustado el concierto?

Estuvimos hablando un buen rato. Raúl se nos unió en ocasiones y también otros cuyos nombres no recordaba. Eran un equipo muy majo.

Entonces en la discoteca pusieron una de las canciones de Eloy y Raúl. Nos miramos y reímos.

—¿No te resulta muy raro escucharte en una discoteca? —le grité a Eloy al oído.

—¡Sí! ¡Lo odio! —exclamó él.

—Pues más raro se te va a hacer bailar tu propia canción, venga, vamos.

Lo arrastré al centro de la zona VIP y empecé a mover mis caderas al son de la música. Él puso cara de querer que la tierra lo tragase.

Cogí sus manos y las moví, le intenté guiar a hacer unos pasos de salsa que cuadraban con el ritmo.

—¡Venga! ¡Que sé que sabes bailar bien!

Vi el momento exacto en el que Eloy se rendía a mis deseos. Llevó su mano a mi cintura y me acercó a sí mismo con confianza. Enlazó su pierna entre las mías y empezó a liderar los pasos. Me separó y me dio una vuelta, me volvió a llevar hasta su pecho.

—¡Bailas genial! —exclamé.

—Lo sé —dijo a mi oído, tan cerca que me ocasionó un escalofrío.

El baile era sensual, íntimo. Quizá no lo más adecuado para hacer delante de otra gente.

No podía pensar en eso, solo en el contacto de su mano en mi cintura, en cómo guiaba mis pasos, la fuerza de sus brazos. Me tenía jadeando. Cuando acabó la canción, el hechizo finalizó con un aplauso de los presentes en el reservado.

Raúl se acercó a Eloy y le palmeó en la espalda:

—¡Buscaos un hotel! —le gritó. Yo también lo pude escuchar y me puse roja, aunque con la sudada que llevaba encima quizá no se notó.

Y me asusté. Me asusté de lo que podía significar ese baile. Sabía que teníamos buena química, eso era innegable. Pero ese baile... había algo más.

—¡En realidad, yo me tengo que ir! —exclamé.

Me despedí de forma atolondrada de Marta y los demás. Eloy insistió en acompañarme a la puerta. Al salir de la discoteca nos reconoció mucha gente. Algunos nos hicieron fotos, nos grabaron. Yo paré un taxi, agobiada.

—Bueno...

No sabía ni cómo terminar esa noche. Era nuestra última cita. No había palabras que pudiesen cubrir lo que sentía. Eloy estaba en un estado parecido.

—¿Subes? —preguntó el taxista. Yo ya tenía la puerta abierta, pero no me decidía a entrar.

—¡Sí, un momento!

Eloy y yo nos quedamos atrapados el uno en la mirada del otro. Él hizo su gesto habitual de apartarse el pelo de los ojos y yo no me contuve más. Lo besé con todas mis ganas, con su rostro atrapado entre mis manos como él había hecho en el camerino.

—Ha sido divertido —le dije.

Los vídeos de María bailando en el concierto de Eloy #MaEL #Bodypositive

María y Eloy PILLADOS en una discoteca del centro, no te pierdas sus imágenes

Capítulo 24: Una ruptura anunciada

El día de nuestra ruptura oficial empezó raro. Antes de que se publicase nada, me escribió Olaia.

«Es oficial, ¡has superado la prueba! Te dije que estaba conociendo a alguien, pero NO es verdad. Solo quería ver si eras de fiar. No sabes lo difícil que es encontrar una amiga a la que no se pueda comprar. Dicho esto, te agradezco la influencia que estás teniendo en Eloy. Se quedó muy tocado tras nuestra ruptura, no quería salir de casa, incluso empezó a rechazar conciertos. Así que... ¡gracias! Dime algún día que tengas libre y quedamos».

Leí y releí el mensaje varias veces. Me sentí como un ordenador lento que no puede procesar tanta información. Lo primero, ¡Olaia me engañó! Me estuvo hablando mucho rato de un hombre que no existía.

Aunque, para ser justos, Eloy y yo también estábamos engañando a todo el mundo. Fui consciente en ese momento de que mucha gente se iba a decepcionar con nuestra «ruptura», incluida su exnovia, al parecer.

Lo segundo, ¿había mencionado Olaia la palabra «amigas»? ¡Si ella tenía muchísimas! O eso parecía en sus redes sociales. Siempre hacía planes con distintas famosas, esos *lunch* o *brunch* en sitios de lujo, fiestas, eventos, manicuras... Tenía una vida social muy repleta y documentada.

Y lo tercero, ¿quería quedar conmigo? No entendía nada.

Mi parte más cínica pensó que todo formaba parte de una estratagema. No sabía cuál, pero por ahí estaría. ¿Para recuperar a Eloy? ¿Para hacerme quedar en ridículo a mí? ¿Grabaría nuestras conversaciones y las publicaría?

Volví a leer el mensaje: «No sabes lo difícil que es encontrar una amiga a la que no se pueda comprar». ¿Eso buscaba, una amiga? A esas alturas me iba a permitir dudarlo, y mucho.

Hice lo único que se me ocurrió: una captura de pantalla al mensaje y lo mandé al grupo de la Sociedad Secreta de las Solteras.

Abril: «¡Qué maja! Yo sí quedaría con ella».

Helena: «A mí no me queda claro qué quiere».

Abril: «Tiene pinta de que se siente sola en su fama».

María: «Eso me parece a mí, pero no sé, no me fío».

Teresa: «Yo no confiaría en ella. Puede tener intenciones ocultas».

María: «Eso también. Y, chicas... atentas hoy a la prensa, leeréis cosas, pero estoy bien, ¿sí?».

Dani: «Llego tarde a la conversación, pero era para decir que hagas lo que te apetezca, si quieres conocerla más, ve, si no, pasando. Y cuidado con lo que dices. Habla como si cualquier persona del mundo lo fuese a oír».

Abril: «También le puedes poner a prueba, como ella a ti. Dile alguna mentira».

No pude seguir contestando a mis amigas porque llamaron a la puerta de casa, y no me refiero al telefonillo, sino directamente. Anduve de puntillas y con desconfianza. Podía ser algún periodista saltándose el decoro. Por la mirilla vi a un niño que llevaba papeles en la mano.

—¿Quién es? —pregunté sin abrir.

—¡Hola! Vivo en el primero. Estoy buscando a mi mascota.

El corazón me dio un vuelco. Mi primer impulso fue hacer como que no estaba en casa, aunque acababa de hablar con él y sería un tanto difícil. Suspiré y abrí la puerta. «Por favor, que

no sea una cobaya, que no sea una cobaya lo que busca».

—¿Qué animal has perdido? —le pregunté directamente.

El niño debía estar cerca de los ocho años. Me sonaba de vista, lo había visto muchas veces en la comunidad. Pelo rubio y revuelto, ojos vivaces.

—Mi cobaya. Es un chico. Se llama Pikachu y tiene tres colores. Mira, es este.

Me pasó uno de los carteles que llevaba. Había una foto de Rodolfo, que salía muy guapo. Se me encogió el corazón.

—Eh... —debía decírselo. Debía hacerlo—. Pasa.

—No puedo entrar en casa de desconocidos.

—Somos vecinos, nos hemos visto mil veces.

—Pero no sé cómo te llamas.

—Soy María.

—¡Ah! Tú eres la que dice mi mamá que está con su cantante favorito, el de... —El niño se arrancó a cantar unos versos de Raúl y Eloy—. Mi mamá dice que su favorito es el tuyo, porque es así misterioso. A mí me gusta más el otro porque es alegre. Mi papá dice que los dos son unos gili... bueno, una palabra fea.

—¿Quieres ver a tu cobaya o no? —le interrumpí.

«Muy bien, María, siendo borde con un niño de ocho años del cual tienes su cobaya secuestrada hace meses».

—¿Tienes a Pikachu?!

—Sí, aunque lo he estado llamando Rodolfo.

—¿Rodolfo?! ¡Qué nombre más feo! Es de señor mayor.

—Esa es la gracia —dije con ganas de cerrarle la puerta en la cara.

El niño entró y buscó a la cobaya, algo que no tardó en hacer porque mi apartamento alquilado era minúsculo y tenía a Rodolfo suelto correteando por la sala, debidamente asegurada. El niño saltó la valla y entró con la cobaya.

Ocurrió una escena como las que se veían en Internet de soldados que han estado mucho tiempo fuera y regresan a casa con sus perros. La cobaya fue hacia el niño y empezó a hacer sus chillidos, se subió a él. El niño le hizo una seña y trepó hasta su hombro, donde él le abrazó.

—Te he echado de menos, Pikachu.

—¡Cui, cui, cui, cui, cui!

El niño empezó a llorar de la emoción. Me di cuenta de que yo también lo estaba haciendo. Recogí del suelo los carteles que el niño había dejado caer por la emoción del reencuentro. Los coloqué con lentitud en la encimera de la cocina y me senté en el sofá.

El niño hablaba con la cobaya con emoción. Le estaba contando cosas de su colegio y sus amigos. Rodolfo no paraba de hacer sus chillidos, estaba muy excitado. Un rato después, el niño localizó los premios que yo tenía para la cobaya y le hizo hacer varios trucos.

—¡Todavía se acuerda!

El niño le había enseñado a hacer muchas cosas, guiado por gestos y golpecitos de dedos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al niño.

—Soy Juan, pero en Internet me conocen como Pikachu Máster.

—Te llamaré Juan. ¿Quieres algo de comer? ¿Unas galletas?

—No debo aceptar comida de desconocidos.

—Pero a mí ya me conoces, y supongo que querrás conocer la historia de cómo encontré a Rod... Pikachu —cambié el nombre con mucho dolor.

—¡Vale!

Preparé un almuerzo sencillo para el niño, asegurándome antes de que no tuviese alergias (algo que Abril nos insistía, a todo el mundo hay que preguntarle por si acaso antes de darle algo).

Le conté a Juan cómo encontré a la cobaya en un callejón, llena de suciedad. Cómo lo llevé al veterinario y decidí cuidarlo. Lo mucho que me gustaba estar con él.

A cambio, Juan me contó cosas que me sorprendieron mucho. Resulta que tenía un canal en Internet donde ponía vídeos de Pikachu. En ellos exponía el proceso de enseñar trucos a las cobayas, mostrando los inicios del aprendizaje, el proceso y el resultado final. Pusimos algún vídeo. La edición era buena para haberla hecho un niño.

—Lo edita mi padre cuando me toca semana con él.

El niño me contó con naturalidad que sus padres estaban separados y hacía una semana en casa de cada uno. Pikachu era su constante, siempre iba con él a ambas casas. Hasta el día que se escapó.

—Le compramos una nueva jaula para la noche, porque la otra hacía mucho ruido.

—Me parece que el culpable del ruido es él, no las jaulas —dije acariciando al animal.

En ese momento estábamos los dos sentados en el suelo, dejando que la cobaya pasase de uno a otro.

—¡Sí! Pikachu es muy hablador. El caso, que como es tan listo, y esto me pasa por enseñarle tantos trucos, la primera noche en la jaula nueva se escapó. ¡La abrió desde dentro!

Un rato después de anécdotas sobre la cobaya, el niño se la llevó. Le regalé todo lo que había ido comprando para el animal. La jaula, juguetes, comida. Tantas cosas, que lo tuve que acompañar a su casa para ayudarle a cargar.

Al llegar ahí, su padre nos abrió la puerta. Pelo rubio alborotado, ojos vivaces. Era la versión adulta del niño, no había dudas.

—Hola —dijo el padre, algo cortado.

—¡Hola! Soy María, la vecina de...

—Sí, se quién eres.

—Ah. Esto, es que yo tenía la cobaya.

—¿Cómo?

El padre parecía no estar entendiendo nada. Su expresión era algo como: «¿Qué hace la chica esa que está con el famoso en mi puerta?».

—¡María tenía la cobaya! —exclamó Juan—. ¡La voy a llevar al cuarto!

El niño entró contento. Yo dejé los bartulos en la entrada de la casa.

—Qué curioso. Qué casualidades más raras —dijo el padre, todavía procesando—. Lo digo porque justo ahora he leído vuestro comunicado, lo de la ruptura. Lo siento. Parecía un buen tipo, pero no era para ti. Lo que has tenido que aguantar por su culpa.

Yo, que no esperaba comentarios de ningún tipo sobre mi ruptura por parte de un vecino, decidí hablar de otra cosa.

—La cobaya es muy maja.

Bravo, María. La reina de la conversación del rellano.

—¡¿Maja?! —El padre se me acercó y susurró—. Un monstruo del infierno, eso es lo que es. Se pasa todo el día chillando. Por las noches rascando. Es una cosa... me alegré tanto cuando se escapó. ¿No te la quieres quedar?

«Sí, por supuesto que sí. La cuidaré y protegeré siempre. ¡Con mi vida!». En vez de eso:

—No, con Juan es feliz. Y Juan con la cobaya.

Un nudo se instaló en mi estómago, lo identifiqué como el inicio de ponerme a llorar.

Carraspeé y me despedí.

—Nos vemos por... los pasillos.

—¡Espera! Si algún día quieres tomar algo...

Desaparecí por las escaleras y subí a mi apartamento veloz, antes de que el vecino me pidiese una cita. Me acordé de Abril y la nueva regla que tuvimos que poner por su culpa «Regla nº 2: No te lías con el vecino». No me costaría cumplirla.

Llegué a mi casa y encendí deprisa el ordenador. Entré a la web de El Contemporáneo. Ahí estaba: nuestra entrevista en exclusiva sobre la ruptura. La leí y pareció real, lo que era bueno de cara a la galería. Mi contrato llegaba a su fin. Un nudo se instaló en mi estómago.

Miré el móvil por si Eloy me había escrito. Quizá me había enviado una imagen de un rosal y un mensaje gracioso. O una broma con supervillanas. Nada. No tenía nada suyo.

Lo que sí tenía eran muchísimos mensajes y llamadas. Empecé a borrar y hacer criba. Tranquilicé a mis amigas y les insistí en que estaba bien, no necesitaba una reunión. Respondí a las felicitaciones de mi jefe y de Matilde.

Ignoré el mensaje de Olaia: «¡¿Qué habéis roto?!!!! ¡No entiendo nada!!!! Quedamos y me cuentas».

Mi mirada quedó fija en un correo electrónico. Era de hacía tres días. Con todas las notificaciones que tenía a diario, pasó desapercibido. Era de la revista Mujeres Poderosas.

—Mira, Rodolfo...

Me callé al darme cuenta de que la cobaya ya no estaba conmigo. Y que se llamaba Pikachu. Pensé en Juan y lo buenos amigos que eran. Me sentí culpable por haber retenido tanto a la mascota. Ni siquiera llegué a colgar los carteles.

Leí el mensaje de la revista. Me proponían quedar el lunes en su oficina a primera hora. Les respondí enseguida que sí. Esperaba que no se echasen atrás al leer la ruptura con Eloy. ¿Y si solo me querían por eso?

A pesar de que contesté al mensaje de felicitaciones de mi jefe, el teléfono vibró mostrando su nombre. Suspiré y descolgué.

—¿Sí?

—¡María! ¡Qué éxito! ¡La web se ha caído unos minutos y todo! Los informáticos han tenido que hacer no sé qué.

—Qué bien —dije, de forma mecánica.

—Lo has hecho muy bien.

Escuchar a mi jefe decir eso me debería hacer sentir bien. Era un cumplido, un reconocimiento al trabajo bien hecho. Sin embargo, no lo sentí así. Era la primera vez que me decía algo parecido y era por haber fingido una relación con un cantante, no por el trabajo que llevaba años desempeñando para ellos.

—Gracias —respondí, demasiados segundos más tarde.

Genaro se puso a hablarme de números de visitas en la web, de varias empresas que ahora querían anunciarse, incluso de marcas que querían hacer tratos conmigo.

—Con que te pongas la ropa que te manden, ¡conseguirías dinero! ¿No es genial?

Negué con la cabeza sin que él me pudiese observar. ¿No ponía en el contrato que intentarían quitar el foco de mí? Tener patrocinadores era justo lo contrario. ¿Y desde cuándo se había convertido este señor en mi representante?

—Además, lo de la ruptura con Eloy, podría deshacerse en unos meses. Fíjate la de dinero que se movería si volviéseis. ¿No crees?

Mi corazón latió con fuerza, retumbando en mis oídos. Mi respiración era superficial y rápida.

¿Iba a tener un ataque de ansiedad en mi propia casa?

—No —dije, lo único que me salió.

No podía respirar bien. Estaba hiperventilando y lo sabía.

—Te... cuelgo.

Sin esperar a una respuesta, corté la llamada y grité. Me di cuenta de que no solo estaba en pleno ataque de ansiedad, también estaba llorando desconsolada.

Corrí a mi habitación y saqué mi cuaderno de terapia. Pasé las hojas con rapidez, en busca de mis estrategias. Tenía la mente en blanco y no recordaba nada de lo trabajado. Mi mente solo pensaba: «No puedes respirar, te ahogas».

—Sí puedo —me contradije en alto.

Encontré una página con dos números apuntados en grande: 3-6. ¡Eso era! La respiración inversa a la hiperventilación. Tenía que coger poco aire (tres segundos), y soltar mucho (seis segundos o más). Al inicio no lograba regularme, pero poco a poco lo fui consiguiendo. La ansiedad fue manejable, aunque no el llanto. No paraba de llorar sin saber muy bien por qué. Quizá por todo. Había perdido demasiadas cosas.

Llamaron a la puerta, directamente. Pensé que sería Juan.

—¡Un momento!

Me sequé las lágrimas y corrí al baño a echarme agua en la cara. Me miré en el espejo. Perfecto, estaba horrible.

Abrí la puerta. No era el niño. Era Eloy.

Capítulo 25: Quizás sí

Eloy, en mi puerta, con el pelo mojado y peinado hacia atrás. Llevaba unos vaqueros y una camiseta negra ajustada. Su respiración era agitada, como si hubiera subido todos los pisos corriendo.

Su mirada recorrió mi cuerpo; en ropa de estar por casa, pelo revuelto, ojos hinchados por llorar. Se quedó fijado en mi rostro, con preocupación.

Sin decir nada, cortó la distancia que nos separaba y me besó. Con habilidad, cerró la puerta tras de sí y me empujó hasta que toqué la pared con la espalda.

Mis manos no se quedaron quietas ni un momento, ansiosas por sentirle. Pasaron por su rostro, su cuello, su torso y ahora estaban bajo su camiseta, acariciando su espalda.

Él me fue desvistiendo y cubriendo cada zona desnuda con sus besos. La pared estaba fría, en contraste con su cuerpo que emanaba un delicioso calor.

Se deshizo de su ropa, sacando antes un preservativo de la cartera. Le ayude a colocárselo, sacándole algunos gemidos en el proceso.

—Súbete —me susurró.

Era lo primero que nos decíamos en esa situación acelerada. Su voz estaba ronca, llena de deseo. No hizo falta que me explicase qué tenía que hacer. Di un salto y él me aupó a su cintura. Entrelacé las piernas.

—¿Puedes cargar conmigo? —le pregunté, aunque ya lo estaba haciendo.

—Por supuesto que sí —dijo, dándole un tono engreído a propósito.

Nos reímos, haciendo que ese momento fuese aún más de nosotros. Negué con la cabeza, divertida. Apoyé bien mis brazos en sus hombros para mantener el equilibrio. Decidí ir hacia su oreja, mordisquearla, entretenerme con ella. Él se dejó hacer. Cuando me dirigía de nuevo a su boca, él paró un segundo. Solo se escuchaban nuestras respiraciones agitadas. Me apretó más contra la pared, entrando por completo dentro de mí.

—Y ya lo sé, no hace falta que me lo digas, no te gusto.

—Quizás sí —se me escapó contestar.

Eloy me miró a los ojos. Su gesto ya no era divertido o de vacile, era serio e intenso, con los ojos brillantes.

—¿Lo dices de verdad?

Me mordí el labio y asentí. Él me estampó un beso y reanudó el ritmo, ahora sí, hasta llegar al final. Estuvimos pegados el uno al otro un rato, unidos y dejando que nuestras respiraciones se fuesen acompasando.

Después me llevó hasta la cama y permanecimos tumbados, acariciándonos y con los cuerpos enlazados sin atrever a mirarnos.

Mi cabeza se puso en marcha y empezó el proceso de rayarse de forma profesional. ¿De verdad me gustaba Eloy? ¿O era solo fruto de esa atracción sumada a la situación excepcional que habíamos vivido juntos? ¿Quería yo tener novio y dejar de ser una integrante activa de la Sociedad Secreta de las Solteras?

¿Quería acaso él tener novia? Me lo dijo muy al inicio cuando yo mencioné que no quería una relación con él: «No te lo he pedido».

—¿Puedes dejar de rayarte?

—Tú qué sabes lo que estoy haciendo.

—Lo noto —dijo él.

Se separó lo justo para darme un beso. Suave, cálido, cariñoso. Después me observó.

—Habla conmigo.

—Pues... que se supone que hoy hemos roto, ¿no?

—El contrato acaba hoy. Los siguientes pasos los escribimos nosotros.

—Pero tú me dijiste que no querías una relación.

—¿Cuándo?

Le recreé esa conversación que tantas veces estaba en mi cabeza, sin contarle cómo reactivó en mí el sufrimiento de una relación pasada, dos años tirados a la basura. El sentimiento de no ser suficiente. De abandono.

—¿Te acuerdas? —le pregunté con ansiedad al terminar.

—Sí. Pero es algo que dije para que no te agobiases, nada más.

—No lo entiendo.

—Parecía que te agobiaba pensar en una relación y por eso dije eso, para que estuvieses más tranquila y no te sintieses presionada por mis sentimientos.

—¿Qué sentimientos? —pregunté horrorizada.

Él se rio al ver mi cara de susto.

—¿Ves? Por eso tengo que ir con cuidado.

—¿Desde cuándo sientes algo?

—Desde ese día que te caíste en mis rosales y pasamos la tarde juntos.

—Pero eso es desde el primer día.

Él se encogió de hombros y sonrió travieso. Yo puse cara de enfado y le di un golpe amistoso en el hombro.

—¡Pero ya nos hemos liado tres veces!

—¿Y?

No podía explicarle la de reglas de la Sociedad Secreta de las Solteras que me había saltado. ¿Me había saltado la n°8 (No llevarás a un ligue a tu casa), si era él el que había venido? ¿Me salté la n° 22 (No vayas a su sitio de trabajo) cuando fui a sus conciertos?

—No te lo puedo explicar. Es... demasiado para mí —dije señalándonos.

—Iremos al ritmo que tú necesites.

—Pero...

—Sin peros. ¿Y sabes qué tendríamos que hacer ahora?

—¿Qué?

—Comer.

Me reí y asentí.

—La verdad es que estoy hambrienta.

Capítulo 26: La entrevista

Estábamos en una cafetería del centro. Mis amigas habían madrugado para poder desayunar juntas y aconsejarme antes de la entrevista que tenía en Mujeres Poderosas.

—Va a ir genial —dijo Abril, que llevaba un moño descuidado y cara de sueño, había venido directa de la guardia, sin pasar por casa.

—No tenías que venir —le dije.

—Claro que sí, es un día importante. ¡El día que consigues un trabajo que te encanta!

—Solo es una entrevista.

—En realidad —dijo Teresa, que venía perfectamente aseada y preparada para luego impartir clases—, todo señala a que están muy interesadas en ti. Te han contactado en numerosas ocasiones, y no les ha importado el tema del famoso y los líos del corazón.

—Además, estás más que preparada. Tendrían suerte de tenerte —dijo Dani, que empezaba su turno en la comisaría en cuarenta y cinco minutos y aun así había venido.

—Yo solo decir que te echaré de menos —dijo Helena—. Verte por la redacción, aunque vengas poco, pillina, es un gusto. ¿Qué haré en la próxima EAPEC?

—Jarabe de ipecacuana —dijo Abril y nos reímos.

—Estamos Aburridas de Padecer Estúpidos Compañeros —dijo Teresa.

La miramos con sorpresa.

—¿Ha sido eso una broma? —pregunté y reventamos a reír.

—Es que lo que hay que aguantar. Porque ahora estamos concentradas en tu entrevista, pero entre tu jefe Genaro, y mi colega Borja, vaya cuadro.

Nos reímos más. El buen humor fluyó, al igual que las tostadas y los bollos. Estuvimos una hora escasa juntas, pero me sirvió mucho. Llegué a la entrevista con una sonrisa y sintiéndome segura.

Llevaba un conjunto con una blusa clásica y una falda de cintura alta. Zapatos tipo bailarinas. Mis gafas de pasta rojas, y la melena parcialmente recogida.

La sala de espera era amplia, con sofás cómodos. Después de saludar a la recepcionista, me senté y esperé con una sonrisa. «Yo puedo, yo puedo, yo puedo», me repetí como un mantra.

—¿María Pérez?

—Sí, soy yo.

Me levanté y seguí a la que reconocí como la dueña de Mujeres Poderosas, Leticia Loyola.

Yo iba con los deberes hechos y me sabía el organigrama de la empresa. También llevaba preparadas respuestas para todo tipo de preguntas, tanto si tenían que ver con mi carrera, como con Eloy. Estaba lista.

—Hoy hace bueno, ¿verdad?

Me alegré de que la mujer hiciese conversación conmigo. Llegamos a su despacho hablando del tiempo y del tráfico.

—Toma asiento.

—Gracias.

—Nos interesó mucho tu portafolio cuando lo enviaste, pero no teníamos hueco. Ahora estamos ampliando, y necesitamos contratar a más profesionales.

Mientras decía esto, ojeaba mi portafolio; una selección cuidadosa que hice hace tiempo.

Incluía fotografías en blanco y negro, paisajes, retratos, y un último apartado con las correspondientes a mi trabajo de fotógrafa de prensa del corazón, esto es, *paparazzi*. En esas últimas imágenes no se detuvo, pero sí en las de retratos.

—Nos gusta mucho cómo captas la esencia de las personas.

Me hizo algunas preguntas técnicas y luego me empezó a hablar de cómo sería el trabajo.

—Te unirías al equipo de fotografía que tenemos en la revista. No estáis asignadas a una sola sección, sino a trabajos específicos. Si considero que tu punto fuerte son los retratos, es probable que estés haciendo muchas fotos para las mujeres que entrevistamos en cada número. Es imprescindible hacerlas sentir cómodas y que se sientan a gusto con el resultado.

Leticia Loyola hablaba como si ya me hubiese dado el trabajo. Yo asentía a todo y no dejaba de sonreír.

—Esto que te comento, ¿sería algo que te podría interesar?

—¡Sí! —exclamé con demasiado entusiasmo—. Quiero decir, que estaría encantada de formar parte de esta revista. Me gusta mucho vuestra filosofía de empresa y...

Llegó mi momento de lucirme, de hacerle ver que las había investigado a fondo y que sabía dónde me metía. En menos de una hora, el puesto era mío. Parecía que Teresa tenía razón y ya lo era incluso antes de entrar por esa puerta.

—Bienvenida. —Leticia se levantó y me estrechó la mano—. Ven que te presente al resto del equipo.

Muchos nombres en poco tiempo, todo caras sonrientes. Había distintas oficinas (¡con paredes!), donde se reunían por categoría profesional. Había un despacho solo para las fotógrafas. Saludé a las que serían mis compañeras directas. Encajé enseguida con ellas, compartíamos la misma pasión por la fotografía.

Nadie, absolutamente nadie me preguntó por Eloy Santana.

Cuando salí de allí, escribí un mensaje a mis amigas: «¡Lo he conseguido!». Llamé a Eloy del tirón:

—¿María?

—¡Eloy! ¡Lo he conseguido!

—¡Enhorabuena! Cuéntame, cómo ha sido.

Mientras andaba por la calle, le fui contando con emoción el proceso.

—Y todas son muy simpáticas, y las fotógrafas son increíbles y la verdad es que no me lo puedo creer.

Seguí hablando con él incluso en el taxi, y cuando llegué a mi casa. Incluso cuando lo vi en mi portal, esperando.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Celebrarlo.

Me envolvió en un abrazo y me besó. Me separé y lo miré con alegría.

—¡Que lo he conseguido!

—Yo estaba seguro de que lo conseguirías. Te he traído un regalo.

—¿Y si no me hubiesen dado el trabajo?

—Sería un regalo de consolación —dijo y se rio. De repente se puso serio—. Mejor si entramos.

Me giré y, en efecto, había varias personas mirándonos. Dos de ellas, dos chicas jóvenes que nos estaban haciendo fotos. Eloy me observaba con preocupación, temiendo mi reacción.

—Ya me imagino los titulares: ¡la reconciliación más rápida de la historia! —intenté bromear, reírme de la situación. No me iban a robar mi buen humor.

Abrí el portal y entramos. Solo entonces me di cuenta de que Eloy lo hacía con una gran caja.
 —¿Y esto?
 —El regalo.
 —Pero es gigante. Ahí cabe... no sé, una lavadora.
 —Me has pillado —dijo él riéndose a pleno pulmón.
 Subimos en ascensor y entramos en mi apartamento.
 —Te iba a decir que igual no entra en el apartamento, pero como planeo mudarme pronto —
 dije con tono de señora digna.
 —Ya te he hecho hueco en mi armario.
 Le di un golpe amistoso en el brazo.
 —Mudarme a mi propia casa. Con el dinero del contrato, que tanto sudor y lágrimas me ha
 costado. ¿Sabes que he tenido que fingir que salía con un tipo insufrible?
 —Seguro que era muy guapo y atractivo. No te podías resistir a él.
 Iba a volver a darle otro golpe amistoso cuando escuché algo que me dejó petrificada. *Cui.*
 Aparté a Eloy de un empujón y abrí la caja. Vi que tenía muchos agujeros para ventilación.
 Dentro había una jaula con dos cobayas. Miré a Eloy, a las cobayas, de nuevo a Eloy.
 —Dijiste que como son sociables es mejor adoptarlas en parejas —se excusó y sonrió
 inseguro.
 —Pero... este es... ¡el mejor regalo de la historia! Ayúdame a sacar la jaula.
 Saqué la jaula (mansión) que le había comprado a las cobayas. Tenía cuatro pisos. Una de
 ellas era negra y con una mota blanca cerca del hocico. La otra de pelo alborotado y pelirroja y
 blanca.
 —Son preciosas.
 En un segundo preparé el salón como lo hacía para Rodolfo (Pikachu) y abrí la jaula. Las
 cobayas eran tímidas y no se atrevían a salir. Eloy y yo nos sentamos en el suelo, con paciencia,
 y mientras charlamos.
 —¿Sabes si son machos o hembras?
 —Son chicas y son hermanas.
 —Tenemos que buscarles nombre.
 —Yo tengo uno perfecto. Rosa.
 —¡Ja, ja! Muy gracioso.
 —Lo digo en serio, piénsalo. El origen de todo.
 —Si una es Rosa, la otra sería Pinchos en el culo.
 Nos reímos buscando nombres y, mientras, las cobayas fueron atreviéndose a investigar un
 poco. Les dimos comida y algunos de los premios que había traído Eloy.
 Al final se quedaron con Annie y Rosa. Annie por la fotógrafa Annie Leibovitz, especialista
 en retratos, y Rosa por lo evidente.
 —Al final me has convencido —le dije.
 —Es que soy irresistible.
 —No te va a salir barato.
 —Ah, ¿no?
 De improviso, me senté a horcajadas encima de él y lo besé.
 —Nada barato.

¡PILLADOS! Dos fans cazan a Eloy entrando al apartamento de María.

¡NOTICIÓN!! ¡Eloy y María HAN VUELTO!

*La reconciliación más rápida: el cantante y la fotógrafa han sido avistados en actitudes
cariñosas*

¿Fingieron Eloy y María una ruptura? Te contamos los indicadores que así lo afirman

Capítulo 27: Satisfacción

¿Sabes esas películas de policías donde el tipo va a la comisaría y deja la placa en la mesa del jefe, con mucha actitud?

Así me sentí al dejar mi cámara fotográfica (una de segunda mano) y mi tarjeta de empleada en la mesa de Genaro.

Como estaba dentro de los dos meses de vacaciones que tenía por el contrato, ocurriría la maravilla de que ellos me seguirían pagando de manera normal hasta que finalizase dicho tiempo, y yo ya podía despedirme.

—Esa revista a la que vas es de mucho menos impacto que nuestro periódico —dijo el jefe.

Si pensaba que hablando mal de Mujeres Poderosas me iba a ganar, lo llevaba claro.

—Ya está decidido.

—Al menos respóndeme a esto... ¿Cómo se os ocurre volver sin avisar?!

Por supuesto que a Genaro le interesaba más perderme como máquina generadora de exclusivas que como fotógrafa.

—No le debemos nada a nadie —dije digna, personificando a mi Teresa interior.

—Aunque te vayas a esa revista, puedes seguir sacando exclusivas con nosotros. Sí, eso eso.

—Se convenció a sí mismo de lo buena idea que era—. De hecho, nos genera menos conflicto de intereses que ya no seas nuestra empleada y los contratos pueden ser más estándares. El público nos tiene como referentes en lo referente a lo vuestro, así que no perderíamos nada.

—No voy a vender más exclusivas. Quiero dedicarme a mi trabajo y mi vida normal.

—¡No va a ser normal si estás con un famoso!

No respondí porque sabía que ahí tenía razón. Me causaba mucha inseguridad no saber cómo sería mi día a día. Esperaba que la gente se fuese olvidando de nosotros, aunque en ese instante volvíamos a estar en la ola. La gente creía que nos habíamos reconciliado, cuando en realidad estábamos empezando a salir.

Logré terminar la conversación y salir del bucle en el que Genaro me intentaba convencer de manera infructuosa. Dejé su despacho y fui a despedirme de los compañeros. Coloqué una bandeja de bollos a la que acudieron en masa. Matilde me dio un abrazo lateral breve.

—Me alegro mucho por ti —me susurró.

—Gracias. Estoy muy contenta con la oportunidad que me dan en Mujeres Poderosas.

—Ah, eso también, pero me refería a Eloy y tú. Se os veía tan enamorados. ¡Yo sabía que era real! ¡Lo sabía!

—Ya. —No supe que contestar—. ¡Bueno! Me tengo que marchar.

—Pero si estás de vacaciones, quédate un rato con nosotros —dijo uno de los fotógrafos.

—He quedado —dije en el tono más neutro posible.

Matilde sonrió con fuerza y me guiñó un ojo. Se me acercó más.

—¿Y no nos quieres decir dónde? Ya sabes que aquí publicaremos siempre todo con gusto.

—Os agradecería si no me fotografiáseis en absoluto.

—Sabes que no podemos hacer eso, no mientras sigas en los medios. No podemos ser los únicos que no lo hagamos.

—Ya.

No quise discutir ese tema. Me despedí y salí del edificio con paranoia. Me pareció que dos

compañeros fotógrafos cogían sus cosas a la vez que yo. Callejeé un poco para perderlos de vista por si acaso y luego cogí un taxi a la dirección que me había dado Eloy.

Iba un tanto asustada porque me pedía que llevase ropa de hacer deporte. ¿No pretendía que nos pusiéramos a correr? Le dejé claro desde el inicio que eso no era lo mío.

Llegué a la calle indicada. Me bajé del taxi y miré en derredor buscando algún gimnasio. No vi ninguno. Un hombre se me acercó. Me puse a la defensiva enseguida.

—¿María?

—No voy a responder preguntas.

—Me manda Eloy.

—Ah —susurré, cortada.

—¿Y por qué no ha salido él a buscarme?

—Porque ya está listo. Ahora verás.

Acompañé al hombre unos metros calle arriba hasta un local. Sonreí. Ya sabía qué deporte estaba haciendo Eloy. Entramos.

—¿Necesitas cambiarte?

—No —dije. Ya llevaba unas mallas y una camiseta publicitaria, el estilo más adecuado para hacer deporte.

—Puedes dejar tus cosas tranquila en las taquillas. El dojo está cerrado para vosotros, como siempre.

—Ah.

Me quité la riñonera, la chaqueta y la mochila, y lo metí en una taquilla. Cogí una goma y me hice una coleta alta, con varios mechones escapándose del agarre.

Se escuchaban voces al fondo y ajeteo, junto con golpes secos. Mientras seguía a ese hombre por el pasillo me sentí nerviosa. Lo primero, ¿y si de repente estaba en una película de terror y había seguido a un señor al azar? Lo segundo, ¿qué estaban haciendo al otro lado para provocar esos ruidos?

Llegamos a una sala amplia con el suelo cubierto de tatami y espejos en las paredes. Había unas diez personas retozando por el suelo. Seguramente «retozando» no sea la mejor descripción de personas haciendo artes marciales, pero eso fue lo que me pareció.

Localicé a Eloy, con un kimono blanco y cinturón verde. Estaba con Raúl, ambos en el suelo, intentando dominarse el uno al otro.

—Uf —se me escapó un suspiro.

Qué calor me estaba dando verlos así. Me abaniqué con mi propia mano. El hombre que me había acompañado hasta ahí entró al tatami (primero le hizo una reverencia) y fue hasta Eloy. Le avisó de mi llegada. Eloy levantó la vista y sonrió. Se levantó y dio la mano a Raúl para levantarse. Se hicieron una reverencia.

Pronto me daría cuenta de que las artes marciales son tremendamente respetuosas y educadas, tienen una filosofía increíble que deberíamos aplicar al mundo.

—¡María! ¿Qué tal ha ido en el periódico?

No me dio tiempo a responder porque me estampó un buen beso. Le correspondí sujetándome a sus hombros y apretando. Le susurré:

—Qué ganas te tengo.

—¿Qué? —preguntó él, no me había escuchado y se lo veía demasiado alegre de que hubiese ido como para pararse a pensar en lo que estaba diciendo.

—Que te haría de todo ahora mismo.

Su cara se transformó en sorpresa y miró alrededor.

—¡María! —exclamó en un susurro—. No me digas eso que estoy en medio de una clase.
Me encogí de hombros, traviesa.

—Vas a hacer que pierda la cabeza. Anda, ven que te presento al resto.

El profesor que llevaba la clase, un hombre de anchas espaldas y cinturón negro, dio el alto a las luchas que estaban realizándose en el suelo con una palabra japonesa.

Eloy me presentó y los integrantes de la clase me hicieron un saludo respetuoso con la cabeza. Nadie se acercó a darme dos besos ni mucho menos. Estaban en una clase y era evidente que había unas normas de etiqueta no escritas (o quizá escritas en la pared en japonés) que ellos seguían.

Entonces me di cuenta de una cosa. Todos eran famosos. Había otros dos cantantes, varios actores, un par de futbolistas y uno que me sonaba que era jugador de baloncesto (por su altura era lo más probable).

El profesor era el único desconocido, junto con el hombre que me llevó hasta allí, que era un trabajador del sitio.

El *sensei* (maestro en japonés, que aquí se aprendía de todo) mandó un ejercicio a los demás, y se acercó a Eloy y a mí.

—Bienvenida. ¿Es tu primera vez en una clase de artes marciales?

—Sí —asentí muy cohibida.

—Vale, sin problema. —Se dirigió al cantante—. Eloy, enséñale *ushiro-ukemi*.

—Enseguida.

Mientras los demás practicaban un tipo de llave en el que se tiraban al suelo desde la cintura, Eloy y yo fuimos a un extremo del tatami.

Empecé a emocionarme. ¿Qué tipo de llave mortal me enseñaría?

—Te voy a enseñar a caer.

—¿A caer? Eso ya lo sé hacer, lo hago mucho —bromeé. Después señalé a los compañeros—. ¿No puedes enseñarme eso?

—Si te das cuenta, después de la llave, ¿dónde acaban todos?

—En el suelo.

—Ahora fíjate en cómo caen.

Las artes marciales para mí antes eran una amalgama, como cuando escuchas un idioma nuevo por primera vez, no puedes distinguir dónde acaba ni empieza una palabra. Al observar a los otros me di cuenta de que hacían algo similar al caer. Caían con elegancia, daban un golpe con el brazo, jamás tocaban con la cabeza en el suelo.

—Qué interesante, nunca me había fijado.

—Vamos a hacer la caída para atrás, mira, así.

Eloy se tiró al suelo con elegancia y fuerza. Su espalda recorrió el tatami algo abombada y con el cuello encorvado para proteger la cabeza. Dio un golpe con ambos brazos en el tatami. Con el mismo impulso se levantó.

Cuando intenté replicar lo visto, no me salió muy bien al inicio. Yo caía como una tabla de madera, mi cuerpo no fluía como el suyo. Poco a poco fui mejorando y sintiéndome más confiada.

El *sensei* paró el ejercicio e hizo una demostración con el jugador de baloncesto. Los demás alumnos practicaron ese movimiento, Eloy y yo seguimos con la caída.

Para los últimos minutos de la clase el profesor nos dijo que nosotros también hiciésemos lo último: *randori*, esto es, libertad a la hora de luchar.

Los alumnos parecían emocionados por esto. Algunos cambiaron de pareja. Eloy se puso

frente a mí, recto y tranquilo. Toda pareja se hizo una reverencia, así que yo imité y se la hice a Eloy, que me la devolvió con solemnidad.

—*Hajime!* —exclamó el profesor.

Eso debía ser «¡Empezad!» porque se pusieron en marcha. Vi como empezaban a intentar tirarse los unos a los otros al suelo, algunos ya en el tatami luchaban por mantener la posición de dominación, o daban volteretas sobre sí mismos.

—Venga —dijo Eloy para llamar mi atención—, intenta tirarme al suelo.

—¿Cómo?

—Por ejemplo, así.

Eloy dio un paso con rapidez, se puso a mi lado y barrió mi pierna con la suya. Empecé a caer, y él me acompañó para que lo hiciese de la manera correcta. Acabamos los dos en el suelo, él sobre mí.

Lo miré seductora.

—Vaya posturas que se hacen en artes marciales.

—No seas malpensada, tienes que...

En realidad había sido una estratagema para distraerlo, enlacé mis piernas a su cintura e intenté girar con él, como había visto hacer a un compañero. Eloy se dio cuenta y no se dejó, aplastándome con su cuerpo, inmovilizándome.

—Intenta escapar, saca este brazo por aquí.

Eloy me fue dando indicaciones y luego dejó que lo quitase de encima. Ahora estábamos de rodillas.

—Coge mi kimono por las solapas, así. Ahora intenta desequilibrarme para este lado.

Me ayudó a hacerle una llave, y se tiró hacia atrás como si lo hubiera conseguido. Ahora era yo la que estaba encima.

—Intenta que no me escape.

Cuando finalizó el tiempo de *randori*, estaba sudando y muy orgullosa de mí misma. Estaba muy sorprendida. ¡Resultaba que me gustaban las artes marciales!

Fuimos a las duchas (cada uno a la suya). En el vestuario femenino estaba sola. Canturreé mientras me lavaba el pelo. Qué bien me lo había pasado. Me vestí con vaqueros cortos y una camiseta suelta y salí.

La mayoría de alumnos se había ido, quedaban Eloy y Raúl, que charlaban con el profesor y el otro trabajador.

—¿Qué tal, María, has disfrutado de la clase? —me preguntó el *sensei*.

—Sí, mucho —dije algo tímida. No sabía por qué me imponía un poco el profesor, tenía un aura mística.

—Lo has hecho genial —dijo Eloy.

—Para ser tu primer día te has desenvuelto bien —apoyó Raúl.

—¡Bueno! —exclamé con las mejillas sonrosadas por tanto halago—. ¿Nos vamos a tomar algo?

—Yo no puedo, he quedado —dijo Raúl. Después se dirigió a Eloy—. Y mañana tenemos ensayo, ¿eh?

—Que sí, pesado.

Nos despedimos del *sensei* y del otro trabajador y salimos del local. Una vez fuera, Raúl dio una palmada fuerte en la espalda de Eloy.

—Venga, que te den.

—A ti también —respondió Eloy devolviéndole la palmada.

—¡Adiós, María! —se dirigió a mí Raúl.

—¡Adiós!

Eloy y yo subimos a su coche, que estaba aparcado en la puerta. Antes de que arrancase le pregunté con extrañeza:

—¿Por qué siempre os andáis diciendo «que te den» e insultos varios?

—No sé, es nuestra manera de despedirnos. Y eso cuando hay gente delante, cuando no, nos podemos decir cosas peores.

—¿Por ejemplo?

—Te vas a escandalizar.

—Pruébame.

—Por ejemplo, el otro día Raúl me dijo que a ver si me atropellaba un camión de bicicletas y así nos daban unas gratis. —Eloy se rio al mencionarlo.

—Eso no tiene sentido.

Eloy se encogió de hombros, pero vi su mirada reflexiva.

—Supongo que es nuestra manera de hacernos saber que estamos el uno para el otro.

—Eso ya tiene mas sentido.

—¿Entonces te ha gustado la clase?

—Sí, no me lo esperaba así. Se me ha pasado el tiempo volando. Me quedaría horas practicando más.

—¿Quieres hacer más?

—Sí, pero el profesor ha dicho que ahora abriría al público.

—Podemos practicar en mi casa. Tengo una sala que es casi todo tatami, y al fondo unas máquinas de gimnasio.

—Por supuesto —dije poniendo los ojos en blanco—. Se me olvidaba el poder que te gastas.

—De hecho —añadió con tono chulo a propósito—, mi tatami es más grande que este.

—Pues ya ves tú, ni que fueses a hacer fiestas de artes marciales en casa.

—Oye, pues no es mala idea.

Cuando llegamos al chalet, había periodistas apostados en la puerta. Entramos con el coche directos al garaje. Nos hicieron fotos igualmente. Yo hice como si fuera Olaia y puse una cara neutra.

—Bienvenida, María. Me alegro de verte —me dijo Segismundo cuando entramos en la casa.

—¡Hola, Segis! ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias por su preocupación. ¿Querrán algo de comer? —se dirigió también a Eloy.

—Quizá luego —dijo Eloy, primero vamos a bajar al tatami.

—Como deseen.

—Por cierto, Segis, quería agradecerte el día ese que me sacaste de la prensa. Me quedé paralizada y no supe cómo actuar.

El asistente se puso colorado y negó con la cabeza.

—Oh, faltaría más. Lo hice con gusto.

—Gracias igualmente.

Segismundo hizo una pequeña reverencia y se fue hacia la cocina.

—Que majo es tu mayordomo —le dije a Eloy.

—Que no es mi mayordomo. Venga, que te hago un tour en condiciones por la casa.

Era más grande de lo que parecía, y ya parecía. Numerosas habitaciones, baños, salas. Nos quedamos en el gimnasio, donde yo me volví a poner las mallas.

—Deberías comprarte un kimono. Con esas mallas ajustadas no me puedo concentrar.

—Es mi táctica especial —le dije—. ¿Hacemos lo de la lucha libre?

—Primero mejor caídas, es lo básico.

—Lo otro es más divertido.

Eloy me miró con calma y me hizo un gesto para que me sentase. Nos pusimos el uno frente al otro en el tatami, con nuestras rodillas haciendo contacto.

—El *ukemi*, las caídas, no solo es saber caerte sin hacerte daño, va más allá. Es una filosofía de vida. Es... ¿cómo explicarlo? Saber adaptarte a la vida. Entender que va a haber caídas, malos momentos. Aprender incluso a anticiparlos. Prevenirlos si puedes, prepararte si no. Para que cuando caigas, ruedes, rebotes, te recuperes.

Me explicó cómo veía él la vida a través de esa metáfora del saber caer. Me pareció que me estaba mostrando algo íntimo y personal, algo que no enseñaba a cualquiera.

—Me gusta tu filosofía —dije asintiendo y tratando de integrar sus explicaciones—. ¿Me puedes ayudar luego a escribirlo? Quiero meterlo en mi cuaderno de terapia, y también se lo quiero enseñar a mi psicóloga.

—¿Sabes qué fue lo primero que me llamó la atención de ti? Ese momento en el que hablaste de la importancia de la salud mental. Se veía que estabas nerviosísima, pero, aun así, era genuino lo que decías. Yo no voy al psicólogo ahora mismo, aunque he ido antes. Y fue gracias a que me animaron a probar nuevas cosas que encontré las artes marciales. Ahí tengo un hogar.

No sabía qué responder a ese chorro de sinceridad. Estaba conmovida y sentía una presión en el pecho.

—Eres increíble —le dije—. Siento no haberme dado cuenta antes.

—¿Qué dices? Anda, ven aquí. —Eloy se acercó y me abrazó—. Gracias por pararte a conocerme.

—A ti por ser paciente conmigo.

—Lo que sea por mi villana.

*Eloy invita a María a su chalet, ¡y no salen
hasta el día siguiente!*

La relación se consolida: ¿estarán planeando vivir juntos?

*Analizamos los conjuntos de María y te decimos cuál te puede quedar bien a ti #MaEl
#BodyPositive*

Capítulo 28: Black

Cosas que no imaginaba que iba a estar haciendo a esas alturas de mi vida:

1. Correr por la calle como una loca para dar esquinazo a unos *paparazzis*.
2. Estar saliendo con un famoso cantante.
3. Quedar con la exnovia de dicho cantante para hablar y ¿hacernos amigas?

Olaia me esperaba en el spa de un hotel. Estaba cerrado para nosotras. Recordé la conversación que tuve con Eloy al respecto. Ahora estaba en otra fase y, después de tener a periodistas todos los días en la puerta de mi casa, lo entendía y agradecía.

La modelo estaba en una tumbona de piedras calientes que ayudaban a la circulación. Llevaba un trikini. Yo pensaba que estaban pasados de moda, y ahora volvían. Yo vestía un bañador de natación normal, negro y con líneas rojas en un lateral.

—¡Hola, guapa! —exclamó Olaia—. Perdona que no me levante, pero justo tengo el calor donde necesito. Tengo un tirón en la espalda tremendo. Luego he contratado masajes.

—Hola —dije cauta.

Tomé asiento en la otra tumbona con cuidado. Empecé a notar el culo caliente. Era muy raro.

—Me sorprendiste mucho en el concierto —dijo ella.

—¿Para bien o para mal?

—¡Para bien! —exclamó y se rio—. Me daba la vibra de que se podía confiar en ti, y ya veo que sí.

—Claro. Tú también me sorprendiste, no sabía que estarías ahí después de todo lo de Eloy.

—¿Qué sabes tú de nuestra ruptura? ¿Qué te ha contado Eloy de mí?

—Eh... —dudé—, en realidad no mucho. La mayoría lo sé por la prensa.

—¿En serio? ¿No te ha contado cómo rompimos?

—No.

Olaia sonrió con añoranza.

—Qué idiota, cómo le quiero.

La tripa me dio un vuelco. ¿Acababa de decir que le quería?

—No me voy a poner en medio —aclaró, quizá me vio la cara de susto—, pero me parece justo que sepas que no le dejé yo. Fue él.

—Ah. Pero... —no me cuadraban las cosas— ¿no estaba él fatal porque tú lo habías dejado?

—A ver, Eloy tampoco lo pasó bien con la ruptura. Yo sé que él también me quiere a su manera —zas, otra puñalada en el estómago—, pero no somos compatibles. Él es... ¿cómo decirlo? No es el cantante.

—No te sigo.

—No es como su personaje público.

—Esperabas otra cosa.

—Sí, y creo que él también. Por eso no funcionó. —Ella negó con la cabeza, con tristeza—. Y yo... ¡qué mal me estoy portando!

—¿Por?

—¡Por lo de Black! No hago más que retenerlo. Te parecerá una tontería, pero pensaba que si Eloy empezaba a venir a mi casa a recogerlo, no sé, quizá las cosas podían arreglarse.

—Ya —dije con el estómago encogido, sin saber qué responder.

—En realidad el perro está más tiempo con la cuidadora que conmigo. A ver, no me mal entiendas, amo a Black y mataría por él. Te lo juro —dijo girándose hacia mí con repentina intensidad.

—Sí, sí, te creo.

—Pero quizá es mejor que viva con Eloy. Yo lo veré algunos findes, o lo tendré cuando él esté de gira.

—Es buen plan —dije con una mezcla de emociones dentro. Al menos parecía que algo bueno iba a salir de ese monólogo desorganizado.

—¡En fin! Que solo quería limpiar un poco el aire antes de que pudiésemos ser amigas.

—Ah, pues gracias.

—Bueno, cuéntame, ¿tienes hermanos o hermanas?

Con cautela, empecé a hablar con Olaia. Intenté mantenerme en cosas superficiales, por si acaso era una estratagema. Mientras estábamos en las piscinas de spa, en los masajes, en las mascarillas faciales, fuimos hablando y me pude hacer una mejor idea de quién era Olaia: una chica que estaba muy sola.

Sus amigas eran *influencers*, modelos y otras famosas que andaban más pendientes de hacerse fotos y ponerlas en Internet que de otra cosa. Su mejor (y probablemente única) amiga real era una modelo rusa con la que coincidía muy poco.

Cuando acabamos en el spa, y esperaba no estar siendo una tonta al decirlo, confiaba en ella. Antes de despedirnos, me pidió un favor.

—Creo que es lo mas adecuado, lo poético, lo que realmente he de hacer. También para que sepa Eloy que lo siento. Y para que sepas tú que te acepto.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

Estaba a dos calles del chalet de Eloy tal y como me pidió Olaia el día anterior. El tiempo cambió mucho de un día a otro, el calorcito de ayer fue sustituido por una tremenda tormenta. Estaba intentando resguardarme bajo un árbol con poco éxito. Ya estaba calada. Miré el reloj. Faltaban un par de minutos para la hora. Una furgoneta grande apareció en la calle y frenó junto a mí. De esta bajó una chica joven y animada.

—¡María!

—¡Sí, soy yo!

—¡Lo sé! —Gritábamos porque la lluvia hacía bastante ruido—. ¡Olaia te manda un abrazo grande!

—¡Igualmente!

—¡Aquí tienes al invitado de honor!

De la furgoneta salió un tremendo perro negro y peludo, que se me acercó enseguida.

—¿Te acuerdas de mí, guapo?

El perro se frotó contra mis piernas.

—Aquí tienes la correa, agárrala fuerte, aunque no se te escapará. A no ser que vea una paloma.

Me alegré de la lluvia torrencial. Nada de palomas a la vista.

—¡Gracias!

Me observó antes de marcharse.

—¿Necesitas ayuda?

—¡No, no, me apaño!

La chica, no muy segura de mis habilidades, se subió a la furgoneta y se marchó. Era la cuidadora oficial de Black, esa de la que me habló Olaia. Mi novio (sí, novio, qué pasa) no sabía

que en ese momento me dirigía a su chalet con Black y que se iba a quedar con él para siempre.

Corrí con el perro bajo la lluvia hasta llegar al chalet. En la entrada había varios periodistas. Qué insistentes somos en este trabajo. Me abordaron enseguida.

—¡María! ¿Traes a Black?

«Capitán Obvio», pensé.

—¡María! ¿Cómo van las cosas con Eloy?

«Estupendamente, gracias. Tenemos sexo como si fuera a acabarse el mundo».

—¿Es cierto que vais a vivir juntos?

«No. Estoy en busca de mi casa». Sonreí. Me hice mucha gracia a mí misma contestándoles en mi cabeza. Recordé a mi psicóloga hablando de usar el humor como estrategia. Me salió de manera natural, e intenté hacer una nota mental para volver a usarlo de nuevo.

Utilicé mis llaves para abrir la puerta exterior y entré. Cerré y seguí escuchando sus incesantes preguntas mientras me fotografiaban. Pensé que debía ser una imagen épica. La luz de la tormenta favorecía una ambientación melancólica, más la imagen del gran perro paseando a mi lado. Iba a ser una buena foto. Además, en el mismo sitio en el que empezó todo, esa foto de Eloy y «la rubia», tocándole el (casi) culo, y Olaia saliendo del chalet con cara de consecuencia. Ahora entraba yo con Black, triunfal.

Llamé al timbre antes de entrar con mis llaves en la casa. El primero al que vi fue a Segismundo. Le hice un gesto de silencio sobre mis labios para que se callase.

—¡Eloy!

—¡Voy!

El cantante bajó las escaleras y se quedó un segundo paralizado. Black y yo, completamente empapados, mojando la (seguro carísima) alfombra de su entrada.

—¿Lo... lo has secuestrado por mí?

—Anda que eres dramático, ¡me lo ha dado Olaia!

—¿Cómo?

—Ya sabes que estuve ayer con ella en un spa.

—Todavía no entiendo para qué quedasteis, pero sí.

—Me dijo que estaba arrepentida y que te puedes quedar a Black. Que ella lo ama mucho, y la creo, pero que no tiene tiempo para hacerle caso, que sobre todo está con la cuidadora. Que lo quiere ver algún finde o cuidarlo cuando tú estés de gira, pero que la «custodia» —hice comillas en el aire— es para ti.

—¿En serio?

—Completamente.

Eloy bajó corriendo las escaleras y se tiró al suelo para abrazar a Black. El perro lo recibió con potentes lametazos y latigándole con su cola.

—Te he echado mucho de menos —le dijo al perro.

—Solo hemos estado dos días sin vernos, pero yo también te he echado de menos —contesté yo, recordando esa noche que pasamos en el hotel (y no hicimos nada, ojo).

Eloy, sin dejar de abrazar y acariciar a Black, giró su rostro hacia mí y pude ver que estaba empapado en lágrimas.

—Gracias, María, gracias. Gracias. No sabes lo que has hecho por mí.

—No ha sido cosa mía.

—Estoy seguro de que sí... Olaia... ella no entraba en razón, intentaba utilizarlo...

Entonces caí en la cuenta de algo. Me sentí transportada de nuevo a ese primer día. A ese en el que le hice una foto llorando a través de las cortinas.

—Ese día... las fotos que te hice... No llorabas por Olaia. Era por Black, ¿verdad?

Eloy asintió y enterró su cabeza en el gran perro, disfrutando de él.

—No me lo puedo creer. Se acabaron los abogados y la espera.

Me di cuenta de que mis ojos estaban empañados. El maldito me estaba emocionando con ese despliegue de amor por su perro gigante. Podía empatizar con él a la perfección, la angustia que sentí con el tema de Rodolfo. Ahora tenía a Annie y Rosa y, aunque las quería muchísimo, sabía que estaba haciendo un vínculo más normal con ellas, no uno dependiente. Al igual que con Eloy. Muchas personas me preguntaban que por qué no nos mudábamos ya juntos, si tan bien estábamos.

Y precisamente por eso, porque estábamos tan bien, no nos teníamos que mudar. Debía poder seguir siendo yo, incluso en una relación.

Eloy se levantó, se secó las lágrimas con la manga y vino hacia mí. Me dio un sentido abrazo que hizo que al final yo también rompiese a llorar.

—¿Estás bien? —me preguntó él, preocupado.

—Sí, estoy feliz. Eres tú el que me ha emocionado con tanto abrazo con Black.

El mencionado no se quedó quieto y se frotó contra nuestras piernas. Nuestras risas llenaron la entrada del chalet, con la alfombra mojada y mi ropa empapada. Mis ojos conectaron con los suyos y nos besamos, suave, lento, augurando el inicio de esa tarde tormentosa y nuestra. Sus manos recorrieron mi cuerpo sin pudor alguno colándose bajo mi camiseta.

—Estás empapada —me susurró.

—Más de lo que tu piensas.

—Deberías quitarte esta ropa.

—Encantada. Solo que preferiría algo de intimidad. Entre tu perro y que el mayordomo puede aparecer en cualquier momento con una bandeja de comida...

Eloy se rio y cogió mi mano. Subimos las escaleras juntos, seguidos del perro. Black se quedó triste en la puerta cuando Eloy le hizo quedarse fuera.

—Luego te lo compensaré —le dijo al perro—, ahora tengo algo muy importante que hacer.

Entramos en la habitación y, para cuando llegamos a la cama, nuestra ropa estaba por el suelo y nuestros cuerpos se habían hecho uno.

Con la tormenta fuera, con la iluminación perfecta para una fotografía y sin ninguna cámara a la vista, fuimos solo él y yo.

—Te quiero, mi villana.

Epílogo

«¿Qué se siente al salir con un famoso?». Me lo han preguntado en numerosas ocasiones y todavía me cuesta responder a esa pregunta porque yo salgo con Eloy, ese chico que es divertido; frágil en ocasiones cuando le da el síndrome del impostor o le entra la inseguridad; fuerte cuando me ayuda a estar en el lado optimista de la vida; pasional, cuando me aúpa en su cintura y me estampa contra la pared de mi nueva casa.

Para mí no es Eloy Santana, el cantante (aunque me deleite cuando canta en la ducha o voy a sus conciertos), para mí es él, con su personalidad traviesa, sus más y sus menos, y su gran empeño en salir a correr casi todos los días. Ese con el que comparto la pasión por comer. Ese que me enseñó la importancia de saber caer bien y que me apoyó en el tránsito de El Contemporáneo (con pataleta de Genaro incluida), a la revista Mujeres Poderosas, donde era feliz fotografiando a diosas y el ambiente en el trabajo era una sororidad.

En todo caso, el tema de salir con un famoso, lo único que hace es estorbar. Tener que pensar mucho a dónde vamos. Tener que pagar por la privacidad, como él ya me intentó explicar en su momento y que ahora comprendía a la perfección.

En ese instante, por ejemplo, me hallaba cubriendo la Feria del Libro de la ciudad. Dos semanas seguidas de eventos y firmas. Sabía que, mientras yo fotografiaba, alguien haría lo mismo conmigo. Aprendes a ignorarlo. Aprendes, como Olaia, a poner un rostro y dejarlo puesto en modo automático. Olaia, que se empeñó en ser mi amiga, y no me quedó otra.

Desde que entré en la vida de Eloy, otras personas lo hicieron en la mía. Aparte de Olaia, me encantaba hablar con su representante Marta, o con Segis. Eloy hizo lo propio con mi mundo, hacíamos cenas con Abril y Lucas a menudo; los chicos conectaron y se hicieron irritablemente muy amigos.

Con la que tuve problemas fue con Teresa. Con mi salida de la Sociedad Secreta de las Solteras solo quedaban dos integrantes: Helena y ella.

Sin embargo, mi excompañera de El Contemporáneo tenía una idea, una que cambiaría el grupo para siempre.

Eso sí, nunca romperíamos la regla número nº 26: «Siempre nos apoyaremos. Pase lo que pase».

Agradecimientos

Me gustaría agradecerte a ti que lees estas líneas, que has entrado en la historia de María y Eloy. Quizás vengas de conocer a las otras chicas de la Sociedad, Dani la inspectora de policía, o Abril la cardiocirujana; o quizás sea tu primer contacto con la Sociedad Secreta de las Solteras. Sea como sea, ¡ya formas parte! Son tus lecturas, tus comentarios y tu apoyo el que hace que esta serie siga adelante.

Agradecer a Karu Kiburedo por la ilustración de cubierta; es un privilegio ver cómo das vida a los personajes. Si ya sabía que una se podía enamorar de un personaje de un libro, ahora ya sabemos que también de una ilustración. María ha quedado exactamente como la imaginaba, ese corte de pelo, las gafas, la cámara, ¡es ella! Y Eloy en el escenario transmite tanto como si estuviésemos en uno de sus conciertos.

Gracias a mi lectora cero oficial, Rosi Ortega, que me ayuda a pulir las historias. Que sigamos juntándonos en ferias de libros.

Gracias a la comunidad de escritores y lectores de las redes, donde podemos compartir nuestras alegrías y dificultades del mundo literario.

No puedo marcharme sin agradecer a mi familia y amigos. No dejo de sacar libros (¡lo siento!), y ellos no dejan de apoyarme. Gracias por todo, me ayudáis a que el trayecto sea más amable. Apoyémonos juntos, pase lo que pase.

Laura Mars

Escritora de romántica, fantasía, ciencia ficción y terror. Sus historias tienen en común un estilo narrativo ágil, personajes bien definidos y argumentos que atrapan. En suma, **libros que se viven**.

Romántica:

«Regla nº1: No beses al sospechoso». Amazon
«Regla nº2: No te lées con el vecino». Amazon
«Regla nº3: Nada de sexo con el famoso». Amazon
«La enfermera del enemigo». Selecta - Penguin RH
«El chico sin encanto». Selecta – Penguin RH

Fantasía:

«Nazaryann Escuela de Vampiros». NOU editorial
«De orígenes y estallar en llamas» (Academia de Élite para Brujas Extraordinarias). Akane editorial

Ciencia-ficción:

«El especialista en viajes en el tiempo». Amazon
«La Primera colonia» (Distopía). Amazon

Terror:

«Oli y el tentáculo». Dorna ediciones
«Los impostores sangran poco». Amazon

Web: <https://lauramars.home.blog>

Twitter/X: @LauraMarsAutora

MÁS DE LA AUTORA

La Primera colonia

Distopía + Romántica

En el año 2042 la sociedad ha avanzado con pasos agigantados para intentar frenar la decadencia del planeta Tierra. Este progreso fue impuesto décadas atrás a través de medidas drásticas y obligatorias para toda la población. Las revueltas iniciales se acallaron y ahora la humanidad rema en la misma dirección.

Alaia ha crecido en ese periodo de estabilidad y las medidas no le resultan opresivas, incluso espera con ilusión sus días obligados de limpiar el océano. Es como cualquier adolescente de la época, tiene su familia, sus amigas y está a punto de saber si entrará en la Universidad de Educación; proceso harto difícil ya que el profesorado ha recuperado el honor y renombre de épocas pasadas.

Conocer a Iker desencadenará una serie de sucesos que los hará descubrir el mayor secreto jamás ocultado a la humanidad. Se verán envueltos en un sistema peor del que vivían, donde todo vale con el objetivo de alcanzar la perfección.

«Sin sacrificio, no hay innovación».